

Dilemas de una izquierda democrática / Sobre Menem y el menemismo /

Derecho de huelga y papel del estado / La Perestroika en crisis /

La guerra del Golfo / Democracia versus ajuste económico /

Psicoanálisis y cultura comunista / Novelas argentinas del '90

Macchi, Franzé, Portantiero, Echegaray, Raimondo, Moreno, Gadano,
P. Semán, Bodei, Afanassiev, Ortiz, Gargarella, Vezzetti, Marimón, Terán,
Leiras, Gali Moreno, E. Semán, Bosoer, Tula

La Ciudad Futura

Revista de Cultura Socialista

Directores: José Aricó, Juan C. Portantiero y Jorge Tula

Nº 27, Bs. As., febrero-marzo '91 A 40.000.-

CORREO
ARGENTINO
CENTRAL (B)
Tirada especial 4.000
Periodico número 5.147





Las fábulas del mito

Carlos Macchi



A l norte de la Acrópolis, oficiando aún como reloj de sol, se levanta la llamada Torre de los Vientos. Allí el tiempo labró con negligencia circulares las figuras mitológicas de los ocho vientos clásicos que presiden la fachada de la torre, uno cada una de las caras. Notos, Bóreas, Eurus, Apelites, Euros, Notos, Lips, Céfiro y Eskiron, vigías por entonces de una *ciccia de las cosas de lo alto*. Observación y anticipación a la vez, la metacritología dionínea mucho más tarde en una moral ecológica del artefacto, transfigurando esa particular relación entre naturaleza y mito en una serie de inciertas fórmulas predictivas y predicativas.

Un viajero desprevenido puede todavía contemplar, en la cara norte de la torre, la figura de un anciano abrigado. Apariciones, quien arranca de su carcasa los tonos caídos del frío. Apeleites lleva en su mano frutos y mieses. Notos, que generalmente venía acompañado de un tiempo húmedo y cálido, se presenta en la figura de un joven derramando el agua de su jarro. El clima agradable de junio lo trajo Céfiro, efecto que transporta flores entre los pliegues de su ligero ropaje.

Quien observe estas representaciones encontrará en su retórica las claves de la alegría. Y aunque en rigor se trata, en un sentido moderno, de la "petrificación del mito".

Las figuras de los vientos descubren el propósito organizador de la mitología. Un saber, en tanto convenio de relaciones entre naturaleza y su representación, opacado cándidamente por las filosofías postcristianas. Una voluntad organizadora, tanto como recordar la materialidad —y por ende lo "sobrenatural"— ha sido hecha, *in illo tempore*, por alguien.

La corroboración de este orden natural (*kosmós*) se constituye así en prueba de la factura divina del mundo, y el hombre, mediante este proceso, es atravesado por aquél orden (*kosmós*) a imagen del universo. Los mitos del origen, la cosmología, la astronomía, la geometría, todos se encuentran en una matriz de correspondencias subordinadas a este espíritu confiado, integrándose en un cuerpo de creencias y saberes.

Pero esta distinción es típicamente moderna, como la acuñación del término "prelógico" para designar prácticas de la imaginación todavía no administradas por las reglas del buen razonar. Y aunque la geometría que nosotros conocemos ha pasado por la cámara de esterilización del positivismo, sería injusto acusar a éste de haber despojado de todo contenido mágico. Más bien, se ha fracturado en conjunto en otros tiempos solidario y las piezas sueltas son ignoradas por el hombre moderno con las herramientas que tiene a mano. (las mismas

que permitieron a Delambre trozar al mundo como si se tratara de una sandía).

Pero, si esta movilidad de las prácticas culturales posterga en nosotros el reconocimiento como parte de continuidad, no debiera, en principio, excluirnos ese equivocados sentimientos. En efecto, cuando se habla de la presencia del mito en la sociedad contemporánea, se despierta su muerte como actividad inherente a la construcción humana, pero también en su extensión vulgar ha pasado a confundirse con el de la fábula, esto es, una construcción artificiosa sobre virtudes dudosamente verificables.

Para M. Eliade el mito se sintetiza en dos indicadores estructurales: la ruptura del tiempo profano y la repetición de un modelo ejemplar, parte, a su vez, de una *historia sagrada*. Esta caracterización restringe la ligeraza con la que adjudicamos el calificativo de mito a fenómenos de la cultura contemporánea. Así es, fácil encontrar múltiples ejemplos entre nosotros que, a pesar de no traerlos en un sistema como sucede en la antigüedad, merecen ser considerados como auténticos mitos.

Tal vez la actualidad del *mythos* no se cuestione si consideramos que el término, entre los griegos, aludía a la "palabra" para el relato antiguo, primordial, el de los orígenes del mundo. *Epos* significaba, en can-

bio, la palabra como narración humana y *logos* la palabra como construcción racional. Estos repliques no clausuran una verdadera topología de lo imaginario en la obra de G. Durand. Desde aquí, ya no se trata de reconocer la mitología en singularidades de la modernidad, sino de entender las transformaciones en los sistemas de la cultura, en los cuales la mitología se reserva siempre un lugar.



El material gráfico utilizado fue tomado de J. G. Heck, *The Complete Encyclopedia of Illustration*, Nueva York, 1979. Esta obra contiene las ilustraciones originales de la edición de 1851 de *The Iconographic Encyclopedia of Science, Literature and Art*.

Sumario

- 2 Carlos Macchi: Las fábulas del mito
- 3 La Ciudad Futura: Pensando en septiembre
- 4 Javier Franzé: Una obra en busca de sus actores
- 6 Juan Carlos Portantiero: Los dilemas de una izquierda democrática
- 8 Fabián Echegaray y Ezequiel Raimondo: ¿Puede la democracia sobrevivir al ajuste?
- 10 Omar Moreno: A propósito del derechos de huelga y el papel del estado
- 12 Julián Gardano y Pablo Seman: Gobernar es ganar
- 14 Bruno Gravagnuolo: La au-
- 16 Yuri Afanassiev: Marchamos hacia la dictadura
- 18 Guillermo Ortiz: La amenaza migratoria, clave de la "posguerra fría"
- 19 Roberto Gargarella: Bases mínimas para una política distributiva igualitaria
- 21 Hugo Vezzetti: Psicoanálisis y cultura comunista
- 23 Antonio Marimón: La sociedad no deja de escribirse
- Libros
- 29 Oscar Terán: Intelectuales y política en "Pasado y Presente"
- 25 Marcelo Leiras, Doscientos años después
- Gali Moreno: Una mirada hacia atrás (Asalto a la ilusión, de Joaquín Morales Solá)

La Ciudad Futura

B. Mitre 2094 - 10th (109) Tel. 953-1581

- Ernesto Semán: Una reflexión que aún perdura (Los patios interiores de la democracia, de Norbert Lechner)
- Fabián Bosco: Durkheim, Pinochet y la irrepetible vía chilena a la democracia (Autoritarismo, modernización y marginalidad. El caso de Chile 1973-1989, de Eugenio Tironi)
- Juan Carlos Portantiero: Suecia: ¿Modelo o experiencia? (Democracia, desarrollo y equidad, de José Góñi (ed.)
- Ensayo
- Nº de Registro de la Propiedad intelectual: 192675.
- Suscripción en el exterior (seis números) que incluye flete aéreo: u\$s 40.- Cheques y giros a la orden de Arnaldo Martín Jáuregui.
- 32 Jorge Tula: Otra vez la guerra.

La necesidad de un compromiso de sistema

Pensando en septiembre



L as palabras reiteradas del presidente Menem manifestando una impavida confianza frente al resultado electoral de septiembre próximo suenan rigurosamente a hueco. Utilizando una expresión empleada por él mismo para referirse a que la titularidad del poder radica en su persona, la sostenida jactancia sólo es cartón pintado. En verdad, el menemismo —ese híbrido conservador que nos gobierna— mira con aprensión no disimulada a los futuros comicios y ha puesto en la búsqueda de todos los recursos que permitan alejar la sombra de un fracaso sus esfuerzos más decisivos. Todo lo que se hace y lo que se hará tiene como horizonte a septiembre.

Se trata, sin embargo, de una renovación parcial y habrá otra todavía dentro de dos años antes de que esté en juego la sucesión presidencial. En épocas normales no habría razón para tanta inquietud como la que se muestra, mientras se discuten trucos como la ley de lemas o cambios de fechas o adelantamiento de las elecciones en las provincias "seguras". Pero no transitamos épocas normales y esto vale, al menos, en dos sentidos.

El primero alude a algo que no nos hemos cansado de repetir en estas páginas: desde 1983 (o mejor desde un poco antes, cuando el fracaso de Malvinas obligó al repliegue de los militares) vivimos una transición que todavía no ha llegado a consolidar institucionalmente a una democracia que carga, además, con las responsabilidades del "ajuste". En esas condiciones y pese a que la amenaza golpista no se cierra como tormenta sobre el horizonte, resulta claro que el funcionamiento del sistema no es todavía adulto, que sus mecanismos tienen fisuras frente a los embates de la crisis, centrados como lo están en un presidentialismo obsoleto y escasamente flexible. En estas condiciones cada manifestación de la larga decadencia que nos devora parece poner en peligro toda la estructura sin que la misma democracia afine a procesar racionalmente los problemas que la trahían.

Si la anterior es una dimensión de época con la que hay que contar como dato de larga duración, es verdad también que las maneras gubernamentales con que la coyuntura se maneja pueden potenciar las dificultades o ayudar a superarlas. El oficialismo lo ha mostrado como un verdadero experto en lo primero: la ministricería de enero y febrero lo ha expresado puntualmente. Los sucesos que se precipitan a partir de la denuncia de corrupción formulada por el embajador Todman generaron, en una población ya fuertemente sensibilizada por el tema de los indultos, un clima peligrosamente similar al que campaba en los tiempos de Isabel Perón y el deterioro del gobierno llegó a su punto más bajo, del que todavía no se recuperó. La convicción colectiva acerca de que la podredumbre merecía los despachos del oficialismo alcanzó el carácter de un saber del sentido común y la bronca se centró sobre la presunción de frivolidad que acompañaba a las acitudines del presidente y de su entorno más inmediato, portavoces de una concepción de la política como espectáculo para la cual los me-

dios —la televisión en particular, con su tono farandalero— eran propuestos como principal y casi única instancia de mediación entre el pueblo y los círculos cortesanos.

Ranotando desde la trivialidad al escándalo la propuesta que bajaba desde el poder se asemejaba más a la de una república que a la del invocado "Primer Mundo" en el que habíamos de desembocar desde las dos fragatas. Así también dejó traslucir que lo entendía el embajador norteamericano, a quienes los funcionarios menemistas suelen llamar "el Virrey". A partir de ese momento el tema de la corrupción, que había sobrevolado sobre el gobierno en varias oportunidades de manera fugaz y que hacía fines de año venía muy cargado desde Catamarca, se condense como una mancha que ya será muy difícil borrar. En este clima la bronca de la Ferri Testarossa dejó de ser tal y las "transgresiones" propias del estilo del presidente no causaron más gracia, lo que seguramente incidió en una inocultable crisis de identidad personal difícilmente conjurable con los cambios de imagen sugeridos por algunos asesores. Pero la ministrería no terminó allí.

Restaba una segunda etapa que no iba a transitar por esas desgracias políticas y/o morales sino por un punto que todavía parecía quedar firme y no sometido a graves cuestionamientos. En un primer momento, en efecto, la opaca gestión del contador Erman González resultó con su aurea mediática a la oída de descrédito y mantuvo su cargo tras la primera restructuración. Pero basó otro "golpe de mercado" para que su autoridad se desnudara subitamente, con lo que a la sospecha de corrupción generalizada se sumó la de inefficiencia: a casi un año del rebrote hiperinflacionario, su amenaza volvió a erguirse con lo que la economía del menemismo —melillada por privatizaciones deficitarias—.

Este gabinete, que debió ser el primero que suerte a una alianza con los grandes grupos económicos, suponiendo que la presencia de Bunge y Born en el estado iba a garantizar ese compromiso, la hiperinflación de fines del '89 trastornó ese esquema simplista sobre la complejidad de la sociedad argentina vista, aunque sea, en la exclusiva dimensión de sus clases dominantes. A partir de estos dilemas Javier Franzé desarrolla en este número una interesante reflexión sobre la viabilidad del proyecto noconservador en la Argentina, al que nos remitimos como punto de partida para un posible debate.

Tras el fracaso de la aventura con Jorge Born III —que decía jactanciosamente que

había comprado al estado argentino y que jamás había fracasado en un negocio; estas cosas hay que recordarlas— intentó el experimento médico y contable de los sucesos Erman que implicaban el acuerdo con la banca acreedora. Ahora intenta la alternativa Cavallo, seguramente la más creativa pero con la condición de tener, en altas dosis, de lo que ahora carece: de poder político.

Es en este cuadro que el presidente piensa, obsesivamente, en septiembre. Si quiere reforzar la capacidad reguladora del estado, necesita acuerdos políticos, pero eso va a contrapelo de todo lo que hizo, en su soberbia, hasta ahora. Y a contrapelo, también, de un suelo electoral en el que la suma de la tradición populista de peronismo más el conservadurismo de distintas escuelas lo lleva a transformar en inabordable freno al único enemigo que, de corazón, intenta decapitar: lo que él llama a veces alfonsoísmo y otras socialdemocracia. Es ese el drama que le incrementa las ojeras y que lo avejenta pese a los esfuerzos de poliqueros y maquinillados. Quizás, el que lo lleva a la paz de las abadías a buscar inspiración.

A si las cosas, tanto los posibles esfuerzos de Cavallo, cuando las sucesiones presidenciales pendientes que sucedieron al desplazamiento de figura nefasta como Arrias y Granillo Octavio —el llamado precedente— celeste renovador sobre los restos del puro menemismo originario, una palabra, es posible que lleguen tarde. Si la democracia debe asentarse sobre una compromiso de gobernabilidad y, a las condiciones actuales, es impensable ese compromiso sin participación de peronistas y de radicales (como se lo intentó sin éxito entre renovadores y alfonsinistas hace algunos años), esa perspectiva, que nos parece impresindible, arde agonía. Porque, aunque al presidente le duele, a esta altura dicho acuerdo supone una redefinición de la política económica y, a las condiciones actuales, es impensable ese compromiso sin participación de peronistas y de radicales (como se lo intentó sin éxito entre renovadores y alfonsinistas hace algunos años), esa perspectiva, que nos parece impresindible, arde agonía. Porque,

as recetas a que ha recurrido para tratar de superar su deterioro cada vez tienen menor efecto público. Cuanto los asesores intentan a cambio la imagen incurren en la ridiculez de cambiar el "jet set" por el monasterio, transformando a este gesto en una olla de revisión. Cuando busca con Cavallo, pone distancia estatal entre a los bautos y los acreedores, se encuentra con que carece de poder para ese desafío, que obligaría a soñar, con suerte dudosamente, con sucesoras palmeadas.

E s cierto que no se puede retornar al pasado cuyo resultado es la crisis actual de la estructura productiva argentina, la política económica y social; supone que la modernización conservadora se reemplaza por una modernización demócrata. Supone un debate serio en el que se elimina el falso a priori de que "esto es lo único que se puede hacer" por una discusión seria en la que distintas alternativas sean examinadas.

E s cierto que no se puede retornar al pasado cuyo resultado es la crisis actual de la estructura productiva argentina, la política económica y social; supone que la modernización conservadora se reemplaza por una modernización demócrata. Supone un debate serio en el que se elimina el falso a priori de que "esto es lo único que se puede hacer" por una discusión seria en la que distintas alternativas sean examinadas.

La Ciudad Futura

Viability del proyecto neoconservador en la Argentina

Una obra en busca de sus actores

Por Javier Franzé

También el Titanic fue un gesto conjunto de élites y pioneros privados. Su inédita fastuosidad inalcanzable sólo podía acoger la fiesta. Iba a ser un largo viaje, que no podía no llegar a buen puerto. Por eso, la travesía era, para el pasaje, un dato confirmatorio de su carácter selecto.

En la noche del 14 al 15 de abril de 1912, al sur de Terranova, el paquebote transatlántico de la White Star Line se dio de brases contra un iceberg. Es decir, contra lo que era apenas un símbolo de algo más profundo. Habían tenido todo en sus manos, pero no pudieron prever. El pasaje, dichoso, danzaba.

El discurso crítico de la oposición

Transcurrido un año y medio de la administración Menem, los sectores democráticos y progresistas ha centrado su discurso opositor en enfatizar que lo que el oficialismo vive como su triunfo, esto es, la implantación de un modelo neoconservador, para la sociedad entraría una perdida en términos de debilitamiento/destrucción de la democracia política.

De esta manera, la oposición privilegia el análisis que critica que el modelo neoconservador tiene sobre el régimen político, y alerta sobre lo negativo de esa respuesta. La problemática principal que incuba el modelo es la tiranía, entonces, pedidora de la cuestión democrática. Al ser éste su punto de partida, el análisis opositor se centra en la primera e inclusiva tarea para la oposición si ésta le tocará en el próximo turno del relevo presidencial. Se trataría de la futura restauración de las libertades públicas difundidas en el presente.

En fin, los sectores democráticos y progresistas producen un examen del modelo neoconservador desde lo político, esto es, auscultando el impacto que la relación entre estado y mercado construida por el neoconservadurismo tiene sobre el vínculo entre estado y sociedad civil característico de la democracia política. Brevemente, para la oposición el problema central del diseño neoconservador es que restringe la democracia, y desleí allo lo cuestiona.

Este enfoque opositor genera algunos supuestos tales como la indispensable dualidad (entendida como capacidad de adaptarse) del modelo neoconservador. La oposición, en efecto, no pone en duda la fuerza del diseño neoconservador que es restringir la democracia, y desleí allo lo cuestiona.

Al no dudar de que el gobierno logrará finalmente hacer realidad su proyecto, y la acrecer de armas propias (ideológico-políticas) para combatirlo, la oposición queda forzosamente encampada en cuestionarlo desde lo político. Lo critica apostada en otro ámbito, en otro lugar, diferente del terreno central donde se despliega tal proyecto: la oposición se sitúa en el campo de la demo-

tria), presentes en el menemismo. En efecto, Menem es peronista. Pero hay sólo un punto de ruptura (curiosamente no señalado por aquellos que sostienen el neoperonismo del presidente, seguramente por la incomodidad que esto les acarrearía a la hora de reivindicar el peronismo histórico): la tendencia menemista a mantener un régimen de democracia política, más allá de las restricciones e inconsecuencias con que lo haga.

Si Menem continúa a Perón al sostener el corporativismo y el globalismo movimentista, no lo hace al preferir la democracia política como encrucijada institucional. Allí radica lo que Giussani señala como contradicción inherente al menemismo: la no correspondencia entre formas (democráticas) y contenidos (corporativos). En síntesis: donde Menem coloca en estadio democrático, debería haber uno autoritario (como el peronismo clásico); si no, el modelo corporativo no cierra.

Lo central del ensayo de Giussani se apoya en plantear las contradicciones del menemismo en el orden del régimen político; esto es, si la administración actual está en condiciones de sostener con éxito una relación democrática entre estado y sociedad civil. En este sentido, y con las salvedades que hemos hecho, la reflexión comienza las preocupaciones centrales de la crítica progresista al menemismo: la cuestión democrática.

contracara de su dificultad para pensar la especificidad de lo económico en general, y del modelo neoconservador en particular. En este sentido, los límites ideológicos de la oposición se engarzan ajustadamente a los caracteres distintivos del menemismo.

La reflexión de Giussani

El ensayo *Menem: su lógica secreta*, de Pablo Giussani, quiebra parcialmente este lineamiento político del discurso opositor respecto de la gestión oficialista. Y aquí vale una aclaración: no se tomará en estas líneas el trabajo de Giussani estrictamente en tanto obra, esto es, en sí mismo, sino más bien como referente y parte de una serie más amplia, la de las reflexiones que acerca del menemismo están formulando aquellos que no participan de ese proyecto político. Interesa ver las diferencias y similitudes que el ensayo de Giussani agrega al conjunto de reflexiones que permite caracterizar cómo la oposición (en sentido amplio) está pensando el menemismo en tanto que el estado como lugar de poder político es el estado empresarial. La consecuencia de esta indiferenciación es la imposibilidad de arbitrar, desde el estado, el juego corporativo que la propia alianza de gobierno montó y echó a andar.

Poder político, disciplina y actores

El dato de la incapacidad de dirección del menemismo sobre el juego corporativo que organizó, comienza a invertir el cuadro de supuestos que la oposición progresista construye acerca de la viabilidad del proyecto neoconservador en la Argentina.

En efecto, apuntábamos previamente que esa oposición no cuestiona la capacidad del menemismo para plasmar un vínculo de tipo neoconservador entre estado y mercado. Por lo tanto, la óptica de la oposición asigna, en este punto, una intrínseca fortaleza al menemismo, más allá de que valore negativamente el proyecto en curso. Pero lo que importa aquí es que la posición confiere viabilidad, en las condiciones actuales y con los actores (*lases* grupos económicos y corporaciones) existentes, al neoconservadurismo menemista.

Otra variante defensiva del discurso opositor consiste en imaginar que construye una alternativa al oficialismo a partir de la mera negación sistemática de los valores que éste pone en juego, quedando así atrapado en la lógica específica de edificar la propia identidad negando punto por punto la del adversario. El resultado de esta huída hacia adelante es que, en lugar de un discurso anacrónico (el oficial), ahora se cuenta con dos. Por otra parte, ese discurso, el negativo del oficial, no logra mover al neoconservadurismo del statu quo ideológico que ha elegido. Más aún, lo afirma en éste, pues desde allí encuentra las condiciones para aprofundar la vetustez de los otros.

En fin, el oficialismo que cruza el discurso opositor progresista no es otra cosa que la

ra salir de la crisis. Y porque lo cree viable es que no puede salir de esa posición defensiva —expresada en el politismo— de acusar a la alianza de gobierno de montar un proyecto económico que dañará los lazos que la democracia política establece entre estado y sociedad civil.

En fin, la oposición debatió con el menemismo la pretendida *inevitabilidad* que éste le deseaba conferir al modelo neoconservador, mas no su *vialidad*. Luego, la oposición se ha hecho cargo del supuesto más fuerte que el menemismo ha colocado en la discusión acerca de sí mismo.

Incluso los movimientos que desde el mercado (denominados por sus apologistas "golpes de mercado") generan los grupos económicos hegemónicos a fin de presionar sobre el estado para la obtención de privilegios y espectaculares ganancias a cortísimo plazo y sin riesgo, son vistos desde el progresismo como signos de la fortaleza de esos grupos y, por tanto, de la robustez de la alianza de gobierno. Esto es, Menem cuenta con socios fuertes.

Si bien es cierto que la impotencia del menemismo para gestar dentro de su proyecto un estadio con capacidad de dirección política sobre el juego corporativo se apoya en la indisciplina señalada por Giussani entre estado empresario y estado-poder político que formula la alianza gubernativa, cabe agregar otra fuente de indisciplina, no menos importante que aquella: la *particular conformación de los actores económicos hegemónicos en la Argentina*.

En este sentido, parece productivo apuntar un deslince, que no aparece en el discurso opositor, entre corporaciones y grupos hegemónicos. En efecto, otro rasgo de política que tife la visión opositora radica en englobar dentro de los comportamientos corporativos las conductas de los grupos económicos hegemónicos. Y este englobar comparte, por tanto, el riesgo. Poco efectivamente los móviles políticos de los grupos hegemónicos se plasman como movimientos corporativos, responden en lo profundo a intereses de clase, y en este punto no parecen asimilables sin más a las conductas de las restantes corporaciones tradicionales.

Habrá que interrogarse por qué la construcción de los intereses de estos grupos buscan realizarse en la vida corporativa, pero el peso específico que comporta la conformación de los grupos y fuerzas hegemónicas en la estructuración de toda sociedad, no puede ser equiparado al papel que desempeñan, por ejemplo, el poder militar o el poder eclesiástico.

Y precisamente porque el discurso opositor diluye en lo corporativo las conductas de las fuerzas económicas predominantes, es que no sospecha que el avasallante poder de presión y de *contraer* el estado que poseen esos grupos, tal vez esté encubriendo la incapacidad de éstos para garantizarse una relación estable y duradera con el estado. Esto es, que lo que parece forteza sea debilidad.

El poder económico en la Argentina aparenta más bien como un haz de diversas fracciones (contratistas del estado; exportadores; mercadointernistas; banca acreedora), cada una de las cuales posee poderío político como corporación (de presión y obstrucción) para golpear sobre el estado o tumbar a otra fracción mejor situada (así sucedió entre contratistas y exportadores cuando los primeros precipitaron a Rapanelli, y entre exportadores y banca acreedora con la salida de Erman González), pero ninguna de ellas cuenta con poder suficiente (*ni visión?*) para ponerse a la cabeza del conjunto y unicificar tras sus intereses. Las disputas entre estas fracciones se dirimen, mediante procedimientos corporativos, en el seno del mercado. Cada "golpe de mercado" no es otra cosa que un ajuste de cuentas entre diversas fracciones, un intento por



como el progresismo caracterizan los "golpes de mercado" contra el estado como signos de la fortaleza de los grupos hegemónicos en la Argentina. La única diferencia es que, mientras la derecha ve esos movimientos como la prueba de su deseo liberal, el progresismo los individualiza como puros movimientos corporativos.

Sigue lo que lo que el progresismo caracteriza correctamente como relación perversa entre estado y mercado o capitalismo de rapina, a regañadientes lo califica como síntoma de la fortaleza de los grupos económicos predominantes, y pide más estado. Pero no advierte que precisamente la perversidad de esa relación muestra la debilidad de quienes la han construido, y por lo tanto lo que se necesita no es más estado, sino lisa y llanamente la *reconstrucción* del poder estatal. El poder estatal no existe porque los grupos hegemónicos son débiles en tanto clase, su fraccionamiento interior en corporaciones autónomas es lo que ha restado unidad de acción al estado. Amen que se crea que las victorias pírricas del capitalismo privado en la Argentina implican su triunfo histórico. Sería por cierto la primera vez que una clase hegemónica que pulverizó su moneda nacional, el crédito y el poder estatal, lograra desarrollar con éxito sus tareas históricas.

Entonces, la debilidad intrínseca del menemismo, y por tanto del proyecto neoconservador en la Argentina, es que los sectores específicamente políticos que lo comandan (ya no hablamos de los grupos económicos) no perciben la necesidad de construir un estado poder político que, en primer lugar, discipline a los sectores fraccionados del capital. Si no los disciplina, como se comprueba en la historia reciente, no habrá relación neoconservadora posible entre estado y mercado, simplemente porque, en las condiciones actuales, no hay relación alguna posible entre estado y mercado.

Tampoco la oposición progresista parece ceer esta cuestión, lo cual tiene generalizado la crisis política argentina. Como se anotó previamente, estos sectores crean vías para establecer una relación estable, de complejidad y reciprocidad entre el aparente estatal y su entorno con la liberación del libre mercado. Su antecedente inmediato no es otro que la era de los subditos, en la cual el estado funcionó como un canal para la disciplina de la sociedad y transferirlo a los grupos predominantes, protegidos por el caos, de alta competencia externa. El disciplinamiento del poder estatal, consecuencia de esa relación prebendaria, continúa hoy por otros métodos, ajustados al mercado libre: extorsión a la hora de liquidar divisas, sofrafacturación y subfacturación, evasión impositiva, inflación en dólares, corridas cambiarias, cohecho (entendido como el soporte al estado para evitar la regulación sobre el negocio privado), etcétera.

La imposibilidad de producir acuerdos y, en consecuencia, las disputas salvajes inter-fracciones en la arena del mercado, evidencian la impotencia de estos sectores para constituir una unidad de clase, para reunirse en torno de intereses específicos y comunes de grupo. Las consecuencias de estos comportamientos, a corto y largo plazo, expresaan esta problemática.

En términos inmediatos, se provoca el acelerado desgaste de un gobierno con el cual esos grupos han tejido una alianza. Es decir, median una posición de poder propia que nunca antes habían logrado: contar con un gobierno aliado, de origen legítimo, que realiza el programa conservador.

En segundo lugar, en lo mediato, se crea otra posibilidad de generar una relación estable y duradera entre estado y mercado, y, en consecuencia, de construir una relación de hegemonía —basada en el contrapunto coacción-consenso— y no de dominación —apoyada en la pura coacción— con la sociedad civil. No parece azoroso que luego de cada "golpe de mercado" sobrevuelo el fantasma del estallido social.

En la Argentina, desde los '40, el debate ideológico-político es el contrapunto entre dos culturas y tradiciones, la populista y la conservadora. Allí se puede rastrear el origen de la hegemonía que se ha plasmado como lugar común en el debate político: el supuesto de que más estadio implica menos capitalismo. De este tipo se sirvió el populismo para ocupar el lugar del progresismo, de la misma manera que lo hizo el conservadurismo para liquidar el poder estatal. Hoy, es de la creencia compartida en ese histórico lugar común que tanto la derecha

El centroizquierdo en la Argentina

Los dilemas de una izquierda democrática*

Juan Carlos Portantiero

No hay posibilidad de imaginar alternativas sino desde el marco de la crisis. Una crisis que no es local sino planetaria. Hablar de crisis, como se sabe, no significa necesariamente hablar de catástrofe. Lo que implica es enfrentamiento de proyectos, por lo que carga sobre sí misma una dosis fuerte de productividad. En tal sentido, si la crisis tiene causas concurrentes de tipo económico y de tipo político, siempre se expresa, en su densidad final, como crisis de valores. Por lo tanto, convoca a la producción de nuevos modelos culturales, de acciones colectivas por la construcción de nuevos sentidos.

Repasemos poco. Hacía fines de los sesenta, luego de dos décadas de expansión, estallan en Europa y en los Estados Unidos movimientos de ruptura, mientras que en el apogeo de la idea terceramundista se dan, en el sur del mundo, episodios de lucha social y nacional que aparecen como contrapartida de la decadencia del modelo consumista y predatorio del norte.

Haciendo los señala los puntos de crisis se centran en problemas económicos que golpean sobre los países centrales y se expresan y condensan en la conocida literatura sobre la decadencia del Estado de Bienestar que aparece simultáneamente con la aceleración de transformaciones científicas y tecnológicas formidables que anuncian una mutación civilizatoria.

Hoy, el escenario ha variado. El capitalismo central ha retomado la iniciativa y la imagen del derribo se asocia con el desmoronamiento del llamado mundo socialista. Esta serie histórica de puntos críticos por su extensión, su densidad y su profundidad, nos indica, en primer lugar, la perspectiva mundial de los problemas y la ilusión hoy dudosa —que aparecía clara en los sesenta y aún en los setenta— de un mundo bipolar, en el que un sistema era alternativo del otro. ¿Cómo pensar que una sociedad semiperférica puede quedar al margen de ese proceso de internacionalización?

El impacto en América Latina

En ese marco hay que ubicar la visitudes de América Latina y de nuestro país. Tracémos también un cuadro de décadas. En los años cincuenta el valor ordenador era el desarrollo económico y la modernización social. Una década después, el tema era el de la relación de dependencia que se establecía con los centros en ese proceso de desarrollo y modernización y el surgimiento de movimientos sociales y políticos que la cuestionaban. En los setenta la respuesta fue el autoritarismo militar y el terrorismo de estado al que sucedió, ya en los ochenta, el proceso de transiciones de dictaduras hacia la democracia, en casi todo el continente.

Entretanto la crisis económica no fue reseña y los noventa, por fin, lo que plantean es el enorme desafío, para democracias débiles, de superar la crisis y resolver su integración en un mundo que se recompone. En ese plazo se coloca la cuestión decisiva para la imaginación de una izquierda demó-

crática que dejá muy poco margen para la autonomía de los mercados nacionales. Es ésta la versión ampliada de la ponencia presentada en el Coloquio sobre alternativas políticas para la crisis argentina, organizado por el Club de Cultura Socialista y el Institut Socialiste d'Etudes et de Recherches (ISER) dependiente del Partido Socialista Francés, en Buenos Aires, los días 22 y 23 de junio de 1990. Proseguimos así el intercambio de ideas sobre el centro-izquierdo en Argentina que iniciamos en *La Ciudad Futura/22* (Emilio de Ipola, Carlos Auyero, Carlos Raimundi y Héctor A. Bravo), y que continuamos en los números 23/24 (Isidoro Cheresky) y 25/26 (José Aricó).



critica que quiere postularse como alternativa entre la ofensiva victoriosa del liberalismo conservador y el desestrigo y la inviabilidad del socialismo estatal. El punto de partida enriquece a la izquierda argentina cada vez más: "latinoamericanizar" —se revela trágico. La CEPAL acuñó el término de "década perdida" para iluminar la gravedad de lo sucedido en los '80: el nivel del producto por habitante es igual (y en algunas sociedades menor) que el que se registraba 13 años atrás; el retroceso es, pues, monumental y todos los índices que hacen a la calidad de la vida han disminuido drásticamente y las sociedades latinoamericanas —todas— se hallan ya desilusionadas brutalmente. No vale aquí insistir sobre esos datos, por todos conocidos, que hablan del crecimiento de la pobreza. La Argentina ya no es más, como antes, la "excepción" a la regla.

CLACSO ha elaborado un documento, "Hacia un nuevo orden estatal en América Latina" que *La Ciudad Futura* publicará en su edición anterior, en el que se delinean escenarios posibles para el futuro del continente. La CEPAL, casi simultáneamente ha difundido una propuesta, bajo el sugestivo título de "Transformación productiva con equidad" en el que esboza las líneas marítmicas para una política que permite mantener y profundizar la democracia política, acometer las imprescindibles transformaciones económicas que adaptan a nuestro conti-

Crisis y reforma del estado

Si los populismos y los desarrollismos son inviables ello es así porque la crisis actual y las transformaciones que ella exige —a diferencia del escenario que se abrió con la crisis del 30— se condensan en los problemas y pérdidas relativas de productividad en un mercado mundial integrado y transna-

cionalizado, que deja muy poco margen para la autonomía de los mercados nacionales. La apertura y la reconversión productiva aparecen de tal modo como insoslayables y un punto nodal para destrabar esos objetivos es la modificación de las relaciones entre estado y sociedad tal cual ella había sido constituida en el ciclo anterior.

Ese es el caso que en los países centrales, sometidos a una crisis fiscal del estado, ha aparecido tematizado como "crisis del Estado de Bienestar", en toda la literatura liberal-conservadora vigente en el mundo. La hipótesis estadounidense es remplazada por la mercadocentrífuga que se mueve con la fuerza de un aluvión. Que en nuestros países también una crisis fiscal del estado, no es un tópico que merezca dudas. Pero si lo es que su solución actual sea el desmantelamiento de las políticas sociales, por otro lado mucho más precarias siempre que las que se aplicaron en los países del centro. Si la situación de pobreza es hoy similar o aún más grave que la que existía en los '70, parece evidente que ya no hay "Estado de Bienestar" para desmantelar: esa tarea ya fue cumplida por los "fascismos de mercado", como los bautizó Paul Samuelson, que asolaron al continente desde mediados de los '70, a veces en manos de dictaduras militares y a veces no.

No se trata entre nosotros de un exceso de bienestar desfinanciado; no está allí la raíz de la crisis estatal, aunque ella no puede ser negada. En verdad no hay un detonante más importante de las imprescindibles transformaciones que la reforma del estado. O dicho más claramente, sin modificar la forma en que estado y sociedad se han asociado entre nosotros no hay posibilidad de cambios profundos. Hasta allí hay una coincidencia con la modernización conservadora en este destino con la visión sobre el tema que fuera corriente en décadas pasadas, pero desde este punto inicial aparecen necesariamente las diferencias. Por lo pronto, como ha quedado dicho, el desfase entre recursos y gastos del estado no puede ser atribuido a una política asistencialista progresista que se lleva la mayoría de los ingresos sólo a otras formas de subsidios elevadas a cero por los gobernantes.

Es en el nudo de la cuestión no es la relación genérica estado y sociedad sino la más específica de estado y capitalismo. Como se ha dicho muchas veces, capitalismo asistido y estado prebendal son una misma cara de la crisis y esto está mostrando hasta el hartazgo en la experiencia argentina de un capitalismo sin riesgos que ha vivido (y vive aún) pese a la retórica vigente de la mano del privilegio, mientras todos los consumos sociales agonizan. Hay que reformar el estado, pero el camino de la modernización conservadora no es el único posible. Las ideologías no han muerto y esa otra ideología que debe confrontar a una propuesta de igualdad.

En este marco en que ciertas premisas válidas provistas por la realidad han sido monopolizadas en su manejo por la nueva derecha, el pensamiento democrático y de izquierda se encuentra hoy en una encrucijada difícil. Es que el discurso tradicional, que concedía al estado un rol central como

agente de cambio ya no se compadece con la realidad, entre otras cosas porque ese estado ya está ocupado por los intereses de las corporaciones privadas. Hacen falta fórmulas nuevas y más capaces de renovar esquemas que han quedado perimidos, sin caer en la tentación del liberalismo conservador. Tal el dilema que no puede ser resuelto de manera mágica: cómo remontar un espacio invadido política y culturalmente por la derecha sin caer en anacronismos ideológicos.

Algunas hipótesis sobre la Argentina

¿Cómo instalar entre nosotros un debate sobre las reformas que pueda apuntalar la constitución de una práctica política de masas para una probable izquierda democrática en la Argentina? Quiero formular al respecto algunas hipótesis generales y necesariamente esquemáticas que, en tanto tales, no agotan ni mucho menos los problemas cruciales que, desde distintas caras, nos planteamos, como miembros de partidos o como independientes, quienes aspiramos a una salida progresista para la crisis.

1) Reconocer que la crisis actual exige una reconversión y que no se soluciona con retornos al pasado o con fugas hacia adelante. El discurso clásico de la izquierda forma parte de la propia crisis y debe ser reformulado. Muchos valores, entre ellos el rol del estado como agente principal de las transformaciones, han perdido su sentido original y no responden a una época en la que la sociedad desea profundizar sus roles. También ha caducado, al menos en las virtualidades que se le concedía, el discurso "dependencia" que enfatizaba sobre la autarquía de la nación y los agentes productivistas y populistas tan comunes en la retórica política de los '60 y '70, coincidentes con una cultura del industrialismo hoy en crisis, tanto ideal como fáctica. Por cierto que esto no significa convalidar los modelos del ajuste neconservador, sino por el contrario mostrar que la reconversión supone una modificación de las relaciones entre estado y capitalismo en el sentido de desmantelar una perversa asociación que ha privatizado rentas extraordinarias y socializado pérdidas.

2) En esta dirección, de lo que se trata es de reorientar la relación estado-mercado de manera opuesta a como lo hace tanto el liberalismo conservador como el estatismo clásico del nacionalismo y la izquierda. Frente a la propuesta de privatizar el estado o de estatizar a la sociedad, habría que proponer políticas tendientes a democratizar tanto al estado cuanto a la sociedad, en el entendido de que des-estatalizar no significa necesariamente privatizar. Un pensador insospetado como Robert Dahl ha planteado, en un artículo publicado en el último número de *La Ciudad Futura* y en un libro de reciente aparición (*Prefacio a la democracia económica*, Grupo Editor Latinoamericano, Buenos Aires, 1980) ideas muy sugerentes sobre la posibilidad de una "izquierda democrática" como proyecto de recuperación avanzada de la democracia en la política, lo económico, lo social y lo cultural. La investigación sobre las fórmulas de "lo público", como diferente a "lo privado" y a "lo estatal", como espacio de organización autónoma de la sociedad, autogestionaria o cooperativa, en concurrencia con otras formas de propiedad y control, estatales o privadas "puras", debe seguir como tema básico para una propuesta de igualdad que debe confrontar a una propuesta de igualdad.

3) El estado regulador fuerte para una concepción de izquierda democrática supone la puesta en práctica de políticas activas y no el "dejar hacer" al mercado. La modernización, la reconversión en la que ella pude de expresarse no es una respuesta sólida a las exigencias de la racionalidad instrumental, sino sobre todo a la racionalidad económica y a su desarrollo. En consecuencia la modernización a que debe aspirar la izquierda democrática implica la creación de un nuevo modelo cultural, de un nuevo principio de intervención para la vida colectiva, más allá de la lógica de mercado y de la lógica de estado. No puede plantearse un proyecto de modernización que no esté en consonancia con la solidaridad y con la lucha contra la desigualdad.

4) Por fin, programar para una izquierda renovada deben plantearse la profundización de la democracia política. No para negar, como se suele hacer, a la democracia "formal" del derecho de defenderse, sino para ampliarla. El tema de la relación entre liberalismo político y democracia social —como recuperación que valga la pena si



ción— es clave para articular un discurso que supere a la cultura política vigente tanto en el populismo quanto en la izquierda clásica. La profundización democrática requiere, por cierto, reformas institucionales que acerquen a la sociedad a las decisiones del estado. Pero no se trata, lamentablemente, sólo de un problema de ingeniería constitucional. En la Argentina de hoy la crisis ha transformado también a la representación política en un acto de memoria y de identidad como forma de la representación de la sociedad. Hay una indudable demanda de la gente frente a las instituciones del estado de derecho, el parlamento, en primera linea. La descomposición económica genera desgajación social que se expresa en anomia, en privatización de la vida o formas de violencia desorganizada que queda abierta desde "explosiones" puntuales hasta la delincuencia o la droga. La política vive así, parafraseando a Hanna Arendt, en tiempos de oscuridad y su crisis es parte de la desolución del espacio público generado por el deterioro social y reforzado por la barbarie de una ideología que premia a todos los valores de la insolidaridad. El único espacio público es hoy el creado por la pantalla de televisión, que imaginariamente, refina a un agregado de individuos atomizados, sometidos a un "ersatz" de comunidad a la violencia de un mensaje que exalta la privatización de la vida.

En esta carencia de ámbitos sociales verdaderos da la idea misma de la representación pierde sentido, porque el sujeto a ser representado está desarticulado en fragmentos. La reconstrucción, difícil, de ese sujeto es la condición de posibilidad de un nuevo discurso político. La crisis de los partidos no es sino parte de esa crisis más global. La recuperación de la democracia política en 1983 fue el resultado del predominio de una demanda institucional en la sociedad. Pero, al no poder ser resueltos en el marco de la democracia los problemas que venían de la economía, el tipo de la demanda colectiva viró a la demanda social. Tampoco ella es satisfecha ahora, con lo cual la doble frustración no hace sino provocar un desdén aún mayor de los partidos y de la política en general. Está claro que los partidos no pueden ya interesar a las personas sólo en tanto "ciudadanos". Si ellos no son capaces de ampliar ese vínculo (y parece claro que les cuesta mucho hacerlo) su desgregación es sólo cuestión de tiempo, con los riesgos obvios que ese vacío puede generar. Esto vale para todos: para los grandes partidos populares como para las incipientes fuerzas de izquierda democrática que, dentro y fuera de ellos, se están desarrollando. Hay un rechazo ético de la sociedad al "narcisismo de los partidos"; si ellos no son capaces de ampliar ese vínculo (y parece claro que les cuesta mucho hacerlo) su desgregación es sólo cuestión de tiempo, con los riesgos obvios que ese vacío puede generar. Esto vale para todos: para los grandes partidos populares como para las incipientes fuerzas de izquierda democrática que, dentro y fuera de ellos, se están desarrollando. Hay un rechazo ético de la sociedad al "narcisismo de los partidos"; si ellos no son capaces de ampliar ese vínculo (y parece claro que les cuesta mucho hacerlo) su desgregación es sólo cuestión de tiempo, con los riesgos obvios que ese vacío puede generar. Esto vale para todos: para los grandes partidos populares como para las incipientes fuerzas de izquierda democrática que, dentro y fuera de ellos, se están desarrollando. Hay un rechazo ético de la sociedad al "narcisismo de los partidos"; si ellos no son capaces de ampliar ese vínculo (y parece claro que les cuesta mucho hacerlo) su desgregación es sólo cuestión de tiempo, con los riesgos obvios que ese vacío puede generar. Esto vale para todos: para los grandes partidos populares como para las incipientes fuerzas de izquierda democrática que, dentro y fuera de ellos, se están desarrollando. Hay un rechazo ético de la sociedad al "narcisismo de los partidos"; si ellos no son capaces de ampliar ese vínculo (y parece claro que les cuesta mucho hacerlo) su desgregación es sólo cuestión de tiempo, con los riesgos obvios que ese vacío puede generar. Esto vale para todos: para los grandes partidos populares como para las incipientes fuerzas de izquierda democrática que, dentro y fuera de ellos, se están desarrollando. Hay un rechazo ético de la sociedad al "narcisismo de los partidos"; si ellos no son capaces de ampliar ese vínculo (y parece claro que les cuesta mucho hacerlo) su desgregación es sólo cuestión de tiempo, con los riesgos obvios que ese vacío puede generar. Esto vale para todos: para los grandes partidos populares como para las incipientes fuerzas de izquierda democrática que, dentro y fuera de ellos, se están desarrollando. Hay un rechazo ético de la sociedad al "narcisismo de los partidos"; si ellos no son capaces de ampliar ese vínculo (y parece claro que les cuesta mucho hacerlo) su desgregación es sólo cuestión de tiempo, con los riesgos obvios que ese vacío puede generar. Esto vale para todos: para los grandes partidos populares como para las incipientes fuerzas de izquierda democrática que, dentro y fuera de ellos, se están desarrollando. Hay un rechazo ético de la sociedad al "narcisismo de los partidos"; si ellos no son capaces de ampliar ese vínculo (y parece claro que les cuesta mucho hacerlo) su desgregación es sólo cuestión de tiempo, con los riesgos obvios que ese vacío puede generar. Esto vale para todos: para los grandes partidos populares como para las incipientes fuerzas de izquierda democrática que, dentro y fuera de ellos, se están desarrollando. Hay un rechazo ético de la sociedad al "narcisismo de los partidos"; si ellos no son capaces de ampliar ese vínculo (y parece claro que les cuesta mucho hacerlo) su desgregación es sólo cuestión de tiempo, con los riesgos obvios que ese vacío puede generar. Esto vale para todos: para los grandes partidos populares como para las incipientes fuerzas de izquierda democrática que, dentro y fuera de ellos, se están desarrollando. Hay un rechazo ético de la sociedad al "narcisismo de los partidos"; si ellos no son capaces de ampliar ese vínculo (y parece claro que les cuesta mucho hacerlo) su desgregación es sólo cuestión de tiempo, con los riesgos obvios que ese vacío puede generar. Esto vale para todos: para los grandes partidos populares como para las incipientes fuerzas de izquierda democrática que, dentro y fuera de ellos, se están desarrollando. Hay un rechazo ético de la sociedad al "narcisismo de los partidos"; si ellos no son capaces de ampliar ese vínculo (y parece claro que les cuesta mucho hacerlo) su desgregación es sólo cuestión de tiempo, con los riesgos obvios que ese vacío puede generar. Esto vale para todos: para los grandes partidos populares como para las incipientes fuerzas de izquierda democrática que, dentro y fuera de ellos, se están desarrollando. Hay un rechazo ético de la sociedad al "narcisismo de los partidos"; si ellos no son capaces de ampliar ese vínculo (y parece claro que les cuesta mucho hacerlo) su desgregación es sólo cuestión de tiempo, con los riesgos obvios que ese vacío puede generar. Esto vale para todos: para los grandes partidos populares como para las incipientes fuerzas de izquierda democrática que, dentro y fuera de ellos, se están desarrollando. Hay un rechazo ético de la sociedad al "narcisismo de los partidos"; si ellos no son capaces de ampliar ese vínculo (y parece claro que les cuesta mucho hacerlo) su desgregación es sólo cuestión de tiempo, con los riesgos obvios que ese vacío puede generar. Esto vale para todos: para los grandes partidos populares como para las incipientes fuerzas de izquierda democrática que, dentro y fuera de ellos, se están desarrollando. Hay un rechazo ético de la sociedad al "narcisismo de los partidos"; si ellos no son capaces de ampliar ese vínculo (y parece claro que les cuesta mucho hacerlo) su desgregación es sólo cuestión de tiempo, con los riesgos obvios que ese vacío puede generar. Esto vale para todos: para los grandes partidos populares como para las incipientes fuerzas de izquierda democrática que, dentro y fuera de ellos, se están desarrollando. Hay un rechazo ético de la sociedad al "narcisismo de los partidos"; si ellos no son capaces de ampliar ese vínculo (y parece claro que les cuesta mucho hacerlo) su desgregación es sólo cuestión de tiempo, con los riesgos obvios que ese vacío puede generar. Esto vale para todos: para los grandes partidos populares como para las incipientes fuerzas de izquierda democrática que, dentro y fuera de ellos, se están desarrollando. Hay un rechazo ético de la sociedad al "narcisismo de los partidos"; si ellos no son capaces de ampliar ese vínculo (y parece claro que les cuesta mucho hacerlo) su desgregación es sólo cuestión de tiempo, con los riesgos obvios que ese vacío puede generar. Esto vale para todos: para los grandes partidos populares como para las incipientes fuerzas de izquierda democrática que, dentro y fuera de ellos, se están desarrollando. Hay un rechazo ético de la sociedad al "narcisismo de los partidos"; si ellos no son capaces de ampliar ese vínculo (y parece claro que les cuesta mucho hacerlo) su desgregación es sólo cuestión de tiempo, con los riesgos obvios que ese vacío puede generar. Esto vale para todos: para los grandes partidos populares como para las incipientes fuerzas de izquierda democrática que, dentro y fuera de ellos, se están desarrollando. Hay un rechazo ético de la sociedad al "narcisismo de los partidos"; si ellos no son capaces de ampliar ese vínculo (y parece claro que les cuesta mucho hacerlo) su desgregación es sólo cuestión de tiempo, con los riesgos obvios que ese vacío puede generar. Esto vale para todos: para los grandes partidos populares como para las incipientes fuerzas de izquierda democrática que, dentro y fuera de ellos, se están desarrollando. Hay un rechazo ético de la sociedad al "narcisismo de los partidos"; si ellos no son capaces de ampliar ese vínculo (y parece claro que les cuesta mucho hacerlo) su desgregación es sólo cuestión de tiempo, con los riesgos obvios que ese vacío puede generar. Esto vale para todos: para los grandes partidos populares como para las incipientes fuerzas de izquierda democrática que, dentro y fuera de ellos, se están desarrollando. Hay un rechazo ético de la sociedad al "narcisismo de los partidos"; si ellos no son capaces de ampliar ese vínculo (y parece claro que les cuesta mucho hacerlo) su desgregación es sólo cuestión de tiempo, con los riesgos obvios que ese vacío puede generar. Esto vale para todos: para los grandes partidos populares como para las incipientes fuerzas de izquierda democrática que, dentro y fuera de ellos, se están desarrollando. Hay un rechazo ético de la sociedad al "narcisismo de los partidos"; si ellos no son capaces de ampliar ese vínculo (y parece claro que les cuesta mucho hacerlo) su desgregación es sólo cuestión de tiempo, con los riesgos obvios que ese vacío puede generar. Esto vale para todos: para los grandes partidos populares como para las incipientes fuerzas de izquierda democrática que, dentro y fuera de ellos, se están desarrollando. Hay un rechazo ético de la sociedad al "narcisismo de los partidos"; si ellos no son capaces de ampliar ese vínculo (y parece claro que les cuesta mucho hacerlo) su desgregación es sólo cuestión de tiempo, con los riesgos obvios que ese vacío puede generar. Esto vale para todos: para los grandes partidos populares como para las incipientes fuerzas de izquierda democrática que, dentro y fuera de ellos, se están desarrollando. Hay un rechazo ético de la sociedad al "narcisismo de los partidos"; si ellos no son capaces de ampliar ese vínculo (y parece claro que les cuesta mucho hacerlo) su desgregación es sólo cuestión de tiempo, con los riesgos obvios que ese vacío puede generar. Esto vale para todos: para los grandes partidos populares como para las incipientes fuerzas de izquierda democrática que, dentro y fuera de ellos, se están desarrollando. Hay un rechazo ético de la sociedad al "narcisismo de los partidos"; si ellos no son capaces de ampliar ese vínculo (y parece claro que les cuesta mucho hacerlo) su desgregación es sólo cuestión de tiempo, con los riesgos obvios que ese vacío puede generar. Esto vale para todos: para los grandes partidos populares como para las incipientes fuerzas de izquierda democrática que, dentro y fuera de ellos, se están desarrollando. Hay un rechazo ético de la sociedad al "narcisismo de los partidos"; si ellos no son capaces de ampliar ese vínculo (y parece claro que les cuesta mucho hacerlo) su desgregación es sólo cuestión de tiempo, con los riesgos obvios que ese vacío puede generar. Esto vale para todos: para los grandes partidos populares como para las incipientes fuerzas de izquierda democrática que, dentro y fuera de ellos, se están desarrollando. Hay un rechazo ético de la sociedad al "narcisismo de los partidos"; si ellos no son capaces de ampliar ese vínculo (y parece claro que les cuesta mucho hacerlo) su desgregación es sólo cuestión de tiempo, con los riesgos obvios que ese vacío puede generar. Esto vale para todos: para los grandes partidos populares como para las incipientes fuerzas de izquierda democrática que, dentro y fuera de ellos, se están desarrollando. Hay un rechazo ético de la sociedad al "narcisismo de los partidos"; si ellos no son capaces de ampliar ese vínculo (y parece claro que les cuesta mucho hacerlo) su desgregación es sólo cuestión de tiempo, con los riesgos obvios que ese vacío puede generar. Esto vale para todos: para los grandes partidos populares como para las incipientes fuerzas de izquierda democrática que, dentro y fuera de ellos, se están desarrollando. Hay un rechazo ético de la sociedad al "narcisismo de los partidos"; si ellos no son capaces de ampliar ese vínculo (y parece claro que les cuesta mucho hacerlo) su desgregación es sólo cuestión de tiempo, con los riesgos obvios que ese vacío puede generar. Esto vale para todos: para los grandes partidos populares como para las incipientes fuerzas de izquierda democrática que, dentro y fuera de ellos, se están desarrollando. Hay un rechazo ético de la sociedad al "narcisismo de los partidos"; si ellos no son capaces de ampliar ese vínculo (y parece claro que les cuesta mucho hacerlo) su desgregación es sólo cuestión de tiempo, con los riesgos obvios que ese vacío puede generar. Esto vale para todos: para los grandes partidos populares como para las incipientes fuerzas de izquierda democrática que, dentro y fuera de ellos, se están desarrollando. Hay un rechazo ético de la sociedad al "narcisismo de los partidos"; si ellos no son capaces de ampliar ese vínculo (y parece claro que les cuesta mucho hacerlo) su desgregación es sólo cuestión de tiempo, con los riesgos obvios que ese vacío puede generar. Esto vale para todos: para los grandes partidos populares como para las incipientes fuerzas de izquierda democrática que, dentro y fuera de ellos, se están desarrollando. Hay un rechazo ético de la sociedad al "narcisismo de los partidos"; si ellos no son capaces de ampliar ese vínculo (y parece claro que les cuesta mucho hacerlo) su desgregación es sólo cuestión de tiempo, con los riesgos obvios que ese vacío puede generar. Esto vale para todos: para los grandes partidos populares como para las incipientes fuerzas de izquierda democrática que, dentro y fuera de ellos, se están desarrollando. Hay un rechazo ético de la sociedad al "narcisismo de los partidos"; si ellos no son capaces de ampliar ese vínculo (y parece claro que les cuesta mucho hacerlo) su desgregación es sólo cuestión de tiempo, con los riesgos obvios que ese vacío puede generar. Esto vale para todos: para los grandes partidos populares como para las incipientes fuerzas de izquierda democrática que, dentro y fuera de ellos, se están desarrollando. Hay un rechazo ético de la sociedad al "narcisismo de los partidos"; si ellos no son capaces de ampliar ese vínculo (y parece claro que les cuesta mucho hacerlo) su desgregación es sólo cuestión de tiempo, con los riesgos obvios que ese vacío puede generar. Esto vale para todos: para los grandes partidos populares como para las incipientes fuerzas de izquierda democrática que, dentro y fuera de ellos, se están desarrollando. Hay un rechazo ético de la sociedad al "narcisismo de los partidos"; si ellos no son capaces de ampliar ese vínculo (y parece claro que les cuesta mucho hacerlo) su desgregación es sólo cuestión de tiempo, con los riesgos obvios que ese vacío puede generar. Esto vale para todos: para los grandes partidos populares como para las incipientes fuerzas de izquierda democrática que, dentro y fuera de ellos, se están desarrollando. Hay un rechazo ético de la sociedad al "narcisismo de los partidos"; si ellos no son capaces de ampliar ese vínculo (y parece claro que les cuesta mucho hacerlo) su desgregación es sólo cuestión de tiempo, con los riesgos obvios que ese vacío puede generar. Esto vale para todos: para los grandes partidos populares como para las incipientes fuerzas de izquierda democrática que, dentro y fuera de ellos, se están desarrollando. Hay un rechazo ético de la sociedad al "narcisismo de los partidos"; si ellos no son capaces de ampliar ese vínculo (y parece claro que les cuesta mucho hacerlo) su desgregación es sólo cuestión de tiempo, con los riesgos obvios que ese vacío puede generar. Esto vale para todos: para los grandes partidos populares como para las incipientes fuerzas de izquierda democrática que, dentro y fuera de ellos, se están desarrollando. Hay un rechazo ético de la sociedad al "narcisismo de los partidos"; si ellos no son capaces de ampliar ese vínculo (y parece claro que les cuesta mucho hacerlo) su desgregación es sólo cuestión de tiempo, con los riesgos obvios que ese vacío puede generar. Esto vale para todos: para los grandes partidos populares como para las incipientes fuerzas de izquierda democrática que, dentro y fuera de ellos, se están desarrollando. Hay un rechazo ético de la sociedad al "narcisismo de los partidos"; si ellos no son capaces de ampliar ese vínculo (y parece claro que les cuesta mucho hacerlo) su desgregación es sólo cuestión de tiempo, con los riesgos obvios que ese vacío puede generar. Esto vale para todos: para los grandes partidos populares como para las incipientes fuerzas de izquierda democrática que, dentro y fuera de ellos, se están desarrollando. Hay un rechazo ético de la sociedad al "narcisismo de los partidos"; si ellos no son capaces de ampliar ese vínculo (y parece claro que les cuesta mucho hacerlo) su desgregación es sólo cuestión de tiempo, con los riesgos obvios que ese vacío puede generar. Esto vale para todos: para los grandes partidos populares como para las incipientes fuerzas de izquierda democrática que, dentro y fuera de ellos, se están desarrollando. Hay un rechazo ético de la sociedad al "narcisismo de los partidos"; si ellos no son capaces de ampliar ese vínculo (y parece claro que les cuesta mucho hacerlo) su desgregación es sólo cuestión de tiempo, con los riesgos obvios que ese vacío puede generar. Esto vale para todos: para los grandes partidos populares como para las incipientes fuerzas de izquierda democrática que, dentro y fuera de ellos, se están desarrollando. Hay un rechazo ético de la sociedad al "narcisismo de los partidos"; si ellos no son capaces de ampliar ese vínculo (y parece claro que les cuesta mucho hacerlo) su desgregación es sólo cuestión de tiempo, con los riesgos obvios que ese vacío puede generar. Esto vale para todos: para los grandes partidos populares como para las incipientes fuerzas de izquierda democrática que, dentro y fuera de ellos, se están desarrollando. Hay un rechazo ético de la sociedad al "narcisismo de los partidos"; si ellos no son capaces de ampliar ese vínculo (y parece claro que les cuesta mucho hacerlo) su desgregación es sólo cuestión de tiempo, con los riesgos obvios que ese vacío puede generar. Esto vale para todos: para los grandes partidos populares como para las incipientes fuerzas de izquierda democrática que, dentro y fuera de ellos, se están desarrollando. Hay un rechazo ético de la sociedad al "narcisismo de los partidos"; si ellos no son capaces de ampliar ese vínculo (y parece claro que les cuesta mucho hacerlo) su desgregación es sólo cuestión de tiempo, con los riesgos obvios que ese vacío puede generar. Esto vale para todos: para los grandes partidos populares como para las incipientes fuerzas de izquierda democrática que, dentro y fuera de ellos, se están desarrollando. Hay un rechazo ético de la sociedad al "narcisismo de los partidos"; si ellos no son capaces de ampliar ese vínculo (y parece claro que les cuesta mucho hacerlo) su desgregación es sólo cuestión de tiempo, con los riesgos obvios que ese vacío puede generar. Esto vale para todos: para los grandes partidos populares como para las incipientes fuerzas de izquierda democrática que, dentro y fuera de ellos, se están desarrollando. Hay un rechazo ético de la sociedad al "narcisismo de los partidos"; si ellos no son capaces de ampliar ese vínculo (y parece claro que les cuesta mucho hacerlo) su desgregación es sólo cuestión de tiempo, con los riesgos obvios que ese vacío puede generar. Esto vale para todos: para los grandes partidos populares como para las incipientes fuerzas de izquierda democrática que, dentro y fuera de ellos, se están desarrollando. Hay un rechazo ético de la sociedad al "narcisismo de los partidos"; si ellos no son capaces de ampliar ese vínculo (y parece claro que les cuesta mucho hacerlo) su desgregación es sólo cuestión de tiempo, con los riesgos obvios que ese vacío puede generar. Esto vale para todos: para los grandes partidos populares como para las incipientes fuerzas de izquierda democrática que, dentro y fuera de ellos, se están desarrollando. Hay un rechazo ético de la sociedad al "narcisismo de los partidos"; si ellos no son capaces de ampliar ese vínculo (y parece claro que les cuesta mucho hacerlo) su desgregación es sólo cuestión de tiempo, con los riesgos obvios que ese vacío puede generar. Esto vale para todos: para los grandes partidos populares como para las incipientes fuerzas de izquierda democrática que, dentro y fuera de ellos, se están desarrollando. Hay un rechazo ético de la sociedad al "narcisismo de los partidos"; si ellos no son capaces de ampliar ese vínculo (y parece claro que les cuesta mucho hacerlo) su desgregación es sólo cuestión de tiempo, con los riesgos obvios que ese vacío puede generar. Esto vale para todos: para los grandes partidos populares como para las incipientes fuerzas de izquierda democrática que, dentro y fuera de ellos, se están desarrollando. Hay un rechazo ético de la sociedad al "narcisismo de los partidos"; si ellos no son capaces de ampliar ese vínculo (y parece claro que les cuesta mucho hacerlo) su desgregación es sólo cuestión de tiempo, con los riesgos obvios que ese vacío puede generar. Esto vale para todos: para los grandes partidos populares como para las incipientes fuerzas de izquierda democrática que, dentro y fuera de ellos, se están desarrollando. Hay un rechazo ético de la sociedad al "narcisismo de los partidos"; si ellos no son capaces de ampliar ese vínculo (y parece claro que les cuesta mucho hacerlo) su desgregación es sólo cuestión de tiempo, con los riesgos obvios que ese vacío puede generar. Esto vale para todos: para los grandes partidos populares como para las incipientes fuerzas de izquierda democrática que, dentro y fuera de ellos, se están desarrollando. Hay un rechazo ético de la sociedad al "narcisismo de los partidos"; si ellos no son capaces de ampliar ese vínculo (y parece claro que les cuesta mucho hacerlo) su desgregación es sólo cuestión de tiempo, con los riesgos obvios que ese vacío puede generar. Esto vale para todos: para los grandes partidos populares como para las incipientes fuerzas de izquierda democrática que, dentro y fuera de ellos, se están desarrollando. Hay un rechazo ético de la sociedad al "narcisismo de los partidos"; si ellos no son capaces de ampliar ese vínculo (y parece claro que les cuesta mucho hacerlo) su desgregación es sólo cuestión de tiempo, con los riesgos obvios que ese vacío puede generar. Esto vale para todos: para los grandes partidos populares como para las incipientes fuerzas de izquierda democrática que, dentro y fuera de ellos, se están desarrollando. Hay un rechazo ético de la sociedad al "narcisismo de los partidos"; si ellos no son capaces de ampliar ese vínculo (y parece claro que les cuesta mucho hacerlo) su desgregación es sólo cuestión de tiempo, con los riesgos obvios que ese vacío puede generar. Esto vale para todos: para los grandes partidos populares como para las incipientes fuerzas de izquierda democrática que, dentro y fuera de ellos, se están desarrollando. Hay un rechazo ético de la sociedad al "narcisismo de los partidos"; si ellos no son capaces de ampliar ese vínculo (y parece claro que les cuesta mucho hacerlo) su desgregación es sólo cuestión de tiempo, con los riesgos obvios que ese vacío puede generar. Esto vale para todos: para los grandes partidos populares como para las incipientes fuerzas de izquierda democrática que, dentro y fuera de ellos, se están desarrollando. Hay un rechazo ético de la sociedad al "narcisismo de los partidos"; si ellos no son capaces de ampliar ese vínculo (y parece claro que les cuesta mucho hacerlo) su desgregación es sólo cuestión de tiempo, con los riesgos obvios que ese vacío puede generar. Esto vale para todos: para los grandes partidos populares como para las incipientes fuerzas de izquierda democrática que, dentro y fuera de ellos, se están desarrollando. Hay un rechazo ético de la sociedad al "narcisismo de los partidos"; si ellos no son capaces de ampliar ese vínculo (y parece claro que les cuesta mucho hacerlo) su desgregación es sólo cuestión de tiempo, con los riesgos obvios que ese vacío puede generar. Esto vale para todos: para los grandes partidos populares como para las incipientes fuerzas de izquierda democrática que, dentro y fuera de ellos, se están desarrollando. Hay un rechazo ético de la sociedad al "narcisismo de los partidos"; si ellos no son capaces de ampliar ese vínculo (y parece claro que les cuesta mucho hacerlo) su desgregación es sólo cuestión de tiempo, con los riesgos obvios que ese vacío puede generar. Esto vale para todos: para los grandes partidos populares como para las incipientes fuerzas de izquierda democrática que, dentro y fuera de ellos, se están desarrollando. Hay un rechazo ético de la sociedad al "narcisismo de los partidos"; si ellos no son capaces de ampliar ese vínculo (y parece claro que les cuesta mucho hacerlo) su desgregación es sólo cuestión de tiempo, con los riesgos obvios que ese vacío puede generar. Esto vale para todos: para los grandes partidos populares como para las incipientes fuerzas de izquierda democrática que, dentro y fuera de ellos, se están desarrollando. Hay un rechazo ético de la sociedad al "narcisismo de los partidos"; si ellos no son capaces de ampliar ese vínculo (y parece claro que les cuesta mucho hacerlo) su desgregación es sólo cuestión de tiempo, con los riesgos obvios que ese vacío puede generar. Esto vale para todos: para los grandes partidos populares como para las incipientes fuerzas de izquierda democrática que, dentro y fuera de ellos, se están desarrollando. Hay un rechazo ético de la sociedad al "narcisismo de los partidos"; si ellos no son capaces de ampliar ese vínculo (y parece claro que les cuesta mucho hacerlo) su desgregación es sólo cuestión de tiempo, con los riesgos obvios que ese vacío puede generar. Esto vale para todos: para los grandes partidos populares como para las incipientes fuerzas de izquierda democrática que, dentro y fuera de ellos, se están desarrollando. Hay un rechazo ético de la sociedad al "narcisismo de los partidos"; si ellos no son capaces de ampliar ese vínculo (y parece claro que les cuesta mucho hacerlo) su desgregación es sólo cuestión de tiempo, con los riesgos obvios que ese vacío puede generar. Esto vale para todos: para los grandes partidos populares como para las incipientes fuerzas de izquierda democrática que, dentro y fuera de ellos, se están desarrollando. Hay un rechazo ético de la sociedad al "narcisismo de los partidos"; si ellos no son capaces de ampliar ese vínculo (y parece claro que les cuesta mucho hacerlo) su desgregación es sólo cuestión de tiempo, con los riesgos obvios que ese vacío puede generar. Esto vale para todos: para los grandes partidos populares como para las incipientes fuerzas de izquierda democrática que, dentro y fuera de ellos, se están desarrollando. Hay un rechazo ético de la sociedad al "narcisismo de los partidos"; si ellos no son capaces de ampliar ese vínculo (y parece claro que les cuesta mucho hacerlo) su desgregación es sólo cuestión de tiempo, con los riesgos obvios que ese vacío puede generar. Esto vale para todos: para los grandes partidos populares como para las incipientes fuerzas de izquierda democrática que, dentro y fuera de ellos, se están desarrollando. Hay un rechazo ético de la sociedad al "narcisismo de los partidos"; si ellos no son capaces de ampliar ese vínculo (y parece claro que les cuesta mucho hacerlo) su desgregación es sólo cuestión de tiempo, con los riesgos obvios que ese vacío puede generar. Esto vale para todos: para los grandes partidos populares como para las incipientes fuerzas de izquierda democrática que, dentro y fuera de ellos, se están desarrollando. Hay un rechazo ético de la sociedad al "narcisismo de los partidos"; si ellos no son capaces de ampliar ese vínculo (y parece claro que les cuesta mucho hacerlo) su desgregación es sólo cuestión de tiempo, con los riesgos obvios que ese vacío puede generar. Esto vale para todos: para los grandes partidos populares como para las incipientes fuerzas de izquierda democrática que, dentro y fuera de ellos, se están desarrollando. Hay un rechazo ético de la sociedad al "narcisismo de los partidos"; si ellos no son capaces de ampliar ese vínculo (y parece claro que les cuesta mucho hacerlo) su desgregación es sólo cuestión de tiempo, con los riesgos obvios que ese vacío puede generar. Esto vale para todos: para los grandes partidos populares como para las incipientes fuerzas de izquierda democrática que, dentro y fuera de ellos, se están desarrollando. Hay un rechazo ético de la sociedad al "narcisismo de los partidos"; si ellos no son capaces de ampliar ese vínculo (y parece claro que les cuesta mucho hacerlo) su desgregación es sólo cuestión de tiempo, con los riesgos obvios que ese vacío puede generar. Esto vale para todos: para los grandes partidos populares como para las incipientes fuerzas de izquierda democrática que, dentro y fuera de ellos, se están desarrollando. Hay un rechazo ético de la sociedad al "narcisismo de los partidos"; si ellos no son capaces de ampliar ese

La trampa del "modelo de salida único"

Fabián Echegaray y Ezequiel Raimundo

¿Puede la democracia sobrevivir al ajuste?

La necesidad del ajuste ha logrado un consenso alarmante en la clase política de nuestros países como vío unívoca para la salida de la crisis.

Más sorprendente es su consistencia, tanto más cuanto que dichos círculos valóres cuidadosamente cultivados durante décadas contra la legislación, el cooperativismo y el libre asociacionamiento los pescados caprichos, como opciones no estando de consideración. Pero la principal sorpresa viene de lo contrario: arida en la conflictiva queja que encierran sus promesas, recostadas sobre el insolito cálculo de sus lucros políticos para un día que parece destinado a no llegar nunca en el calendario.

Las promesas del ajuste

Lo que nos asombra, en definitiva, es este salvajaje de la política por la economía a la cual apuestan nuestros gobernantes. Junto al ajuste, suele augurarse un porvenir de prosperidad, un estado que nos fija las metas y nos da la certeza de la posibilidad de generar un clima que nos permita alcanzar la felicidad económica. Pero principalmente y casi siempre, el ajuste es presentado como la condición sin la cual nuestras democracias no tendrán futuro, ni las sociedades paz.

Sin ajuste, sobreviene el caos inflacionario, la violencia social y la guerra larvada entre los sectores más y menos organizados de la población; y es claro que, en este escenario, sobran los políticos, quedando el centro de la escena a merced de sus históricos y desleales competidores: los militares y/o las guerrillas.

Sin ajuste, es decir en un contexto hiperinflacionario, la democracia se esfuma de las prioridades de la mayoría, y el poder del gobierno se transforma en el blanco preferido. De aquí al anteponer la ruptura económica a la política, la violencia del ajuste se proyecte como positiva.

Sabemos que la inflación no sólo carcome el poder del dinero, sino también el poder de los gobiernos. Junto con la depreciación de los recursos económicos, rueda la depreciación de los recursos políticos; particularmente los de quienes se les confió la tarea de ejecutar decisiones. Al aumentar los precios, se estrechan su presigio, su consenso, su margen de actuación y su capacidad de anticipar políticas.¹ El ajuste brota entonces como un freno constante y necesario para salir de la inflación.

Visto de este modo, el ajuste garante garantizar en lo inmediato que cada sector ocupará el territorio institucional que le corresponde, o sea: los políticos en el gobierno y no allí los golpistas; los militares en los cuarteles y no allí los guerrilleros; los consumidores en los supermercados y no allí los saqueadores. Pero fundamentalmente asignará y encuadrará las funciones prescriptivas que a cada uno le toca en una democracia débil: a los políticos decidir, a los empresarios producir, a los trabajadores trabajar y a los ciudadanos votar gobiernos,

En las últimas décadas, las ciencias sociales centraron su dedicación en definir si la relación desarrollo-democracia resultaba compatible. Hoy esa discusión parece lejana y fuera de contexto. El ajuste económico y sus efectos recessivos son el tema número uno de la agenda política de los 90. Pero poco es lo que se ha reflexionado en relación con su impacto sobre la democracia.



luego obedecerlos y, por último, poder cambiárselos.

De lo expuesto podríamos concluir que la democracia estaría resguardada. Pero ¿qué tipo de democracia es la que emerge del ajuste?

Lo mejor de negar la capacidad disruptiva de la hiperinflación, que lo arrasta todo hacia el desorden social y político (ingobernabilidad), sostendremos que no es menos cierto que ella también auspicia la utilización progresiva de medidas drásticas, de excepción, cuya vocación se apoya sobre la voluntad política de reordenarlo todo radicalmente. En tal caso la hiperinflación pude ser tanto un factor que corre el poder del gobierno y lo pone contra la pared, como una oportunidad abierta para el ejercicio de la autoridad imperial. La agenda pública de la democracia queda pionera de los dictámenes que la dureza económica del ajuste impone; y todo esto es factible gracias al pretexto de asegurar la propia continuidad de esa agenda.

De lo antedicho se desprende que el ajuste devuelve al gobierno más poder del que tenía, pero a costas de una democracia más débil, predecible y acotada. Por eso la democracia del ajuste no puede tolerar un congreso incisivo, ni un Poder Judicial independiente, ni una ciudadanía activa, esto pretendo de que el descalabro hiperinflacionario rebrote.

El ajuste, desde esta perspectiva, no sólo le devuelve al gobierno el control de la co-

munidad, sino que adiciona el control sobre todos los otros actores económicos y políticos de una democracia. Con ello, es el gobierno quien pasa a reasignar los papeles económicos y políticos, no el mercado ni las reglas de la democracia.

yuntura, sino que adiciona el control sobre los demás agentes económicos y políticos de una democracia. Con ello, es el gober-

nino quien pasa a reasignar los papeles económicos y políticos, no el mercado ni las reglas de la democracia.

Lo que a primera vista parece intervenir exclusivamente sobre la economía, acaba trastocando la vida política; y todo por el efecto de la excepcionalidad de la situación que ayuda a calificar al debate parlamentario como superficial, vuélvele excentrica por su juicio, y como posibilidad de desarrollar un argumento alternativo al férreo ajuste. La agenda pública de la democracia queda pionera de los dictámenes que la dureza económica del ajuste impone; y todo esto es factible gracias al pretexto de asegurar la propia continuidad de esa agenda.

De lo antedicho se desprende que el ajuste devuelve al gobierno más poder del que tenía, pero a costas de una democracia más débil, predecible y acotada. Por eso la democracia del ajuste no puede tolerar un congreso incisivo, ni un Poder Judicial independiente, ni una ciudadanía activa, esto pretendo de que el descalabro hiperinflacionario rebrote.

La traducción empírica del ajuste político sigue los pasos de su par de naturaleza económica: la política entra en recesión y para sanear la democracia se apela a la asfixia de toda actividad que no esté dentro de los planes gubernamentales.

El ajuste devuelve al gobierno el control de la co-

munidad, sino que adiciona el control sobre todos los demás agentes económicos y políticos de una democracia. Con ello, es el gober-

nino quien pasa a reasignar los papeles económicos y políticos, no el mercado ni las reglas de la democracia.

La política bajo el ajuste se torna un bien superfluo, y a esto apuestan los gobiernos. Si existe un pedido de informes del Poder Legislativo, si se quiere interesar a un ministro, si la población manifiesta a través de encuestas, huelgas o actos públicos su disconformidad, lo que el presidente interpreta es vida democrática sino interferencias de la política. Lo político, desde el discurso del ajuste, toma, pues, un carácter negativo. No extrañará entonces leer declaraciones o ver en la televisión a políticos profesionales de tiempo completo (presidentes de la nación incluidos) hacer gala de una esquizofrenia sin límites, descalificando a los políticos y a la actividad política propiamente dicha con una vivienda preocupante.

Para que este momento, al que las democ

racias sometidas al ajuste han llegado, no se transforme de nuevo en caos, parecen haber dos salidas: si la eficacia creciente de las acciones del gobierno, de modo tal que asegure su centralidad sin tener que continuar con el ajuste; o la persistencia de una inflación letal, nerviosa, que mantenga al gobierno como único eje de la atención pública, consolidando sus facultades extraordinarias y garantizando un umbral mínimo de apoyo popular difuso.

Ajuste con inflación

Lo que puede observarse a la luz de los últimos meses es el claro predominio de la segunda opción, que se patentiza en la aplicación de choques económicos que dejan a la inflación en pie. Así se establece una suerte de "chantage inflacionario" que pone por delante en las manos del gobierno la eventual sanción del ajuste siguiente, reteniendo en el tiempo la estabilidad económica.

Si las promesas oficiales han focalizado en el control de la hiperinflación que estaban sujeta a poder, pero a cambio de lo que luego un mayor control sobre la dinámica de la democracia, entonces el ajuste ha resultado ser una pieza ideal. Así, para continuar acaparando la atención de los espacios públicos, para resultar más conveniente que el mantenimiento de una política que ajusta todo, menos a la inflación.

Puntar un discurso de la poscrisis, en medio de la inflación, es una apuesta parecida al coctelero: pero lo cierto es que se constituiría en un verdadero desafío cultural para muchos políticos acostumbrados a responder en la inflación y en la crisis provocadas por esta época de crisis, la mayoría de los partidos políticos demócratas de estos países están atorados por la lógica del ajuste.

De esta manera la cohabitación de ajustes e inflación cumple una función que recompensa a las reglas políticas, que es la de disciplinar (por acotar) el margen de acción de todos los actores de una democracia, con el ceñido del gobierno.

Por eso nos engañamos si pensamos a la inflación que sobrevive al ajuste como un fenómeno puramente económico o que resulta apenas connotaciones culturales. La inflación llega a ser un fenómeno cultural si es primero estructural y endémica. Ciertamente la inflación lleva al coroplacismo, al consumo inmediatista y desafortunado, y al imperio del egoísmo más descarnado; en síntesis, a una cultura inflacionaria; pero esto es el efecto, el resultado de un ejercicio inflacionario dilatado; el día después de mu-

chos años de inflación.

La inflación poshyperinflacionaria, es decir la inflación del ajuste, es un fenómeno estructural y político porque ella sólo puede persistir si antes se conforma una alianza inflacionaria. Una alianza explícita o implícita entre los sectores de la economía que buscan asediarlos de despolitización progresiva.

Sin inflación, el gobierno no podrá justificar procedimientos abiertamente autoritarios como los choques económicos, como los decretos, y como el cultivo de un personalismo que arrasa con las instituciones. Sin inflación, habría que sujetarse al diálogo con el congreso y con la población, y a lo que las normas de la democracia imponen, porque la excepcionalidad y la emergencia dejarían de existir como excusas. Pero además de acabar con estos privilegios, sin inflación, el gobierno deberá demostrar su eficiencia y su moralidad, de manera mucho menos cómoda que aumentando tarifas, multiplicando impuestos y recordando inversiones.

La alianza inflacionaria existe. Y existe porque, hoy por hoy, conviene más. Convive más frente a la incertidumbre y a las exigencias que impone una situación no inflacionaria; y porque es "preferible" frente a las exigencias que el capitalismo social



En definitiva: su lucro no excederá su capacidad competitiva, ya que no se beneficiará de la confusión de los precios ni de la legitimidad latente que tienen los reajustes en épocas inflacionarias.

Sin inflación, muchos políticos y el propio gobierno se quedarían sin argumentos. Los primeros deberían hacer el imaginario esfuerzo por persuadir a la gente con algo diferente a la protesta permanente por la crisis o aceptar la inevitabilidad del ajuste. Los obligaría a proponer cosas, a salir de su trinchera defensiva y a recatar resultados no tan anorados.

Puntar un discurso de la poscrisis, en medio de la inflación, es una apuesta parecida al coctelero: pero lo cierto es que se constituiría en un verdadero desafío cultural para muchos políticos acostumbrados a responder en la inflación y en la crisis provocadas por esta época de crisis.

En esta época de crisis, la mayoría de los partidos políticos demócratas de estos países están atorados por la lógica del ajuste. Lo que parecen no adverir es que la democracia que sigue al ajuste no los tendrá más como principales sujetos en la tarea de producción política.

Lo que sobrevive ya no es la democracia de la corporación de los políticos, tantas veces mencionada. No sólo porque el ajuste político los pone en la periferia de la democracia "real" y muelas un discurso contraria a la descomunalización en contraposición al "modelo de salida única" que hace del ajuste un camino excluyente que no admite discusión.

ción política de aquellos actores que concentran los principales recursos materiales de la sociedad.

En este sentido el discurso del ajuste se vuelve particularmente engañoso. Si la medida de sincerar el mercado político aparece como orientada por un modelo económico de democracia, donde las políticas del gobierno pasen a explicarse por las preferencias de los individuos (la soberanía del consumidor reflejada casi exclusivamente en sondeos de opinión pública), a lo mejor de cuentas el ajuste abre el camino es a una creciente retrogradación política de la democracia, es decir: a una vuelta a los patrones liberal-oligárquicos de organización y funcionamiento del estado democrático.

El drástico sinceramiento político que propone el ajuste da espacio para una democracia de oligarquías competitivas, basada en la libre competencia entre grupos de alianzas económicas plenas de recursos materiales, pero cuyo componente político-patrimonial irá paulatinamente desapareciendo.

La democracia posajuste tiende a desecar, pues, toda organización cuyos recursos no excedan el plano simbólico y que sólidamente contribuyan a la esfera pública y a hacerla más importante que la privada. En consecuencia, los partidos están de más en este esquema. A los políticos les queda como alternativas volverse más eficientes hacia sus públicos específicos o practicar un fisiología abierto y acomodaticio, sin lealtades fijas.

Sin embargo ante podrían comenzar por elevar propuestas alternativas a la consolidación del ajuste, por cierto viables e inintuitivamente más compatibles con la democracia, como aquella basadas en el cooperativismo, en el mutualismo, en el fomento de la autogestión, etc. En este sentido las propuestas superadoras, por supuesto mucho más trabajosas e imaginativas, deberían orientarse a explorar el espacio público no estatal.

El impulso de conductas solidarias, la organización de redes que aglutinen a los consumidores para la defensa de sus derechos y la rejerarización de los emprendimientos económicos regionalizados o de alcance internacional, de alguna manera, pilares inaugurales de una concepción más sustancial de democracia en contraposición al "modelo de salida única" que hace del ajuste un camino excluyente que no admite discusión.

Notas

¹ A lo largo del último lustro de paquetes económicos antinflacionarios, se ha podido comprobar más claramente la diferencia inversamente proporcional entre la tasa de inflación y nivel de popularidad del gobierno.

² Véase el informe "Los Partidos Porteños", "Argentina: la descomunalización en la crisis" y "Argentina: la transición a la democracia en el Tercer Mundo", UBA, Buenos Aires, 27 al 29 de agosto de 1985; y F. Echeverría, "El Régimen de la Crisis: la transición, la democracia y el capitalismo", CEAL, Colección Biblioteca Política Argentina, nº 177, Buenos Aires, 1987.

³ De algún modo, el elevadísimo porcentaje de abstenciones, junto a los votos en blanco y los nulos en las elecciones presidenciales de Brasil (03/10/90), respaldan una tasa de 60% de abstención. Esto es, casi el doble así en los casos de gobernador de Estado, 49,5% para senadores nacionales, y 65% para diputados no-nacionales.

Referencias bibliográficas

- Fernando Calderón, Mario Dos Santos. "Hacia un Nuevo Capitalismo en América Latina. Veinte Tesis Socio-Políticas y su Ejecución de Cierre", publicado en *La Ciudad Futura*, núm. 23/24, Buenos Aires, junio/septiembre de 1986.
- Christopher Lasch, *O Mínimo Eu Sobreviveu nas Crises nos Tempos Duros*, São Paulo, Editora Brasiliense, 1981.
- C. B. Macpherson, *La Democracia liberal y su época*, Madrid, Alianza Editorial, 1981.

A propósito del derecho de huelga y el papel del estado

Omar Moreno

"El hombre rechaza el mundo tal como es sin aceptar taparla. En los hechos, los hombres están muy apagados al mundo y, en su gran mayoría, no desean abandonarlo. Lejos de querer olvidarlo, sufren por él, temen por él, quieren que sea recordado."

Albert Camus, *El hombre rebeldé*

La huelga constituye una forma de acción directa de los trabajadores mediante la cual éstos a la vez expresan su rebeldía contra las situaciones que consideran injustas y ejercen presión para modificarla. Su práctica, desde los albores de la revolución industrial, fue una necesidad para los asalariados que no era aceptada ni por los patrones ni por el estado, pues vulneraba la esencia del modelo económico vigente.

Sin embargo, con el tiempo el derecho de huelga fue tomando carta de ciudadanía en la mayoría de legislaciones democráticas del mundo, aunque más como una forma de controlarlas que de permitirlas. ¿Qué encierra el fenómeno de su regulación: una vocación democrática o el miedo a no poder controlar la reacción de los trabajadores?

I

Las relaciones jurídicas, más que la institucionalización de una determinada concepción de las relaciones sociales, expresan la necesidad de otorgarles certeza.

Más aún, tanto la necesidad de cristalizar relaciones de poder o de dominación¹ en normas jurídicas, como la angustia o el miedo de quienes lo ejercen de no contar con un aval social, aunque sea simbólico, constituyen el verdadero fundamento o razón de ser del derecho.

No es soportable, para quienes controlan el poder o benefician de un privilegio, la inseguridad, y menos aun no contar con justificativos capaces de arietear o sobrelevar su juzgamiento por parte de quienes pudieran reaccionar ante sus decisiones. Es necesario para ello la norma jurídica, que expresa o supone esa aval social. Ella representa precisamente, en su manifestación formal, la voluntad general. Así vemos ejemplos de gobiernos dictatoriales que aun beneficiados por un poder absoluto y arbitrario consideraron necesario limitar la huelga mediante normas legales.²

Pero la norma jurídica, en cada caso concreto, ¿es realmente representativa de esa voluntad general? No es nuestra intención elucidar aquí este problema sino servirnos de este razonamiento para mostrar que el miedo a la rebelión y a ser juzgado que acaban de las fuerzas conducen a la necesidad de regular todos los aspectos de la vida social. El representante la angustia por establecer un marco de control sobre eso incomprendible que es "el devenir" de la sociedad y el mundo.

En ese afán regulador se busca regular aquellos campos de acción o conductas que expresan precisamente la inconveniencia del derecho vigente. Así, el derecho a la革命和 el derecho de huelga, verdaderas formas de cuestionamiento del orden que los rige, han sido inscriptos en la mayoría de



las constituciones democráticas del mundo. ¿Supone ello un afianzamiento de la democracia o de la libertad? ¿Permite creer que de esta forma se controla todo proceso de cambio hacia lo desconocido? Por el contrario, ¿no constituye un intento ilusorio de pretender controlar conductas que en sí mismas implican el cuestionamiento del orden que las reconocen? ¿No debemos entender este derecho según los intereses y las ideologías de las fuerzas que se enfrentan en nuestras sociedades?

El derecho forma parte de la estructura misma de la sociedad.³ En este sentido, cual si se tratase de un vital elemento de un motor actuía sobre el todo interrelacionado. y

atado a su suerte, él a su vez forma parte y contribuye al desarrollo de un determinado modelo de acumulación. Él, conforme al decir de Robert Boyer, una combinación de fuerzas del mercado y formas institucionales que constituyen regularidades en base a las cuales se desarrolla el modelo de crecimiento.⁴

El derecho del trabajo, en el esquema de las economías de mercado libre o capitalista, viene como vocación un equilibrio entre partes desiguales, actuando así como regulador de la relación salarial y contribuyendo a la permanencia del orden social.

En su desarrollo el modelo de acumulación genera problemas nuevos que no

pueden ser interiorizados en el seno de la configuración existente. A partir de ese momento —sostiene Robert Boyer— los actores o grupos sociales se ven invitados a buscar medios para superarlos, ya sea a través de nuevas formas privadas o públicas, o bien por la transformación de la práctica.⁵

El derecho dejó así de corresponderse cada vez más con las necesidades del modelo de acumulación como así también con los de las o algunas de las partes. Al modificarse el contexto al cual se aplica, como si se tratase de una misma ropa que debe vestir un cuerpo que ha cambiado, ésta deja de cumplir el mismo fin y produce efectos diferentes. Esta situación que se produce a nivel de la sociedad, como de la empresa, el taller, etc., es preludio de "crisis".

La crisis del orden implica su cuestionamiento, implica todo intento de reformular las bases que permitían el equilibrio hasta entonces existente, supone que ese equilibrio ha desaparecido y debe conformarse otro nuevo, en fin, constituye una relación de confrontación de alternativas posibles desde la lógica de cada una de las partes que intervienen en la regulación del orden. Ésta se expresa por medio de acciones directas, tradicionalmente, durante la huelga.

Ella viene a ser un instrumento de presión, una situación que preluda un nuevo orden, que pretende ser producto o síntesis del juego de esas presiones, y que no es posible que se materialice conforme al mismo orden que la reconoce sin violar su objetivo. La huelga nunca puede estar canalizada por el propio orden que ella cuestiona. Si el derecho es una situación de seguridad y de certeza, la huelga es la no seguridad, la incertidumbre, es, al decir de P. Buscemi, una situación "crítica".

De esa forma comprendemos que la huelga no es una anomalia en el sistema jurídico del estado sino de un orden jurídico subordinado que puede definirse como sociojurídico. Dice Gerard Lyon-Caen: "el estado no tiene nada por ganar mezclándose mucho en esto, en esa relación sólo el daño causado podría ser objeto de una intervención de los jueces".⁶

¿Cuáles son entonces las verdaderas razones que fundamentan el debate sobre el derecho de huelga?

Saber si el derecho es fundamental o no exige plantearse, en primer lugar, si en su esencia lo es o no lo es. Esta aparente discusión teóricacede sin embargo ante la dura realidad del derecho positivo, esto es, frente a lo que la ley permite o no permite, reconoce o no. Pareciera intuitivo dilatar la vigencia de algo no reconocido o que está limitado: "yo defiendo el derecho a la libertad porque sé la necesidad de él y no porque es prescripto en una ley fundamental u otra".

Esta manera de situar el debate, insistimos, no es sin consecuencias, máximas cuando el derecho objeta del mismo modo constituye en su esencia el cuestionamiento de un orden que afecta determinados intereses, y por ende que afecta el cuestionamiento de las bases esenciales que justifican ese orden.

Ahora bien, ¿cuál es el objetivo que per-

sigue esta aparente nueva necesidad de progresar en la configuración existente. La respuesta es que la huelga es un medio para reclamar la protección de los trabajadores y sus derechos, para exigir que se cumplan las normas laborales y que se respete la dignidad humana.

La diferencia entre los trabajadores y los propietarios, entre los medios de producción, es tanto de dimensiones y beneficiarios del modelo de acumulación.

Hoy el debate sobre las relaciones de trabajo, en Argentina y en el mundo, gira en torno de dos valores esenciales que se verían menoscabados por el uso abusivo del derecho de huelga: el bien general y el derecho de propiedad.

De este análisis, que parece ampararse de una única noción de democracia, eficiencia y el derecho de huelga, resultan los progresivos intentos de los estados, aun de aquello, pretendidamente más democráticos, de avanzar sobre el ejercicio irrestricto de ese derecho por parte de los trabajadores.

En Francia, por ejemplo, habiéndose consagrado en la Constitución de 1946 el derecho de huelga de cada trabajador, progresivamente,

a través de leyes referidas a cierto

personal primero, y posteriormente

durante la ley del 31 de julio de 1963, se lo ha ido limitando en el sector público, y después

respecto del personal de empresas privadas encargadas de servicios públicos; más aún, en los últimos años, los jueces se han arreglado, de manera inédita, la potestad de analizar el carácter razonable o no de la revisión que motiva la huelga, y aun en el caso de simple amenaza podría ser objeto de una intervención de los jueces".⁷

De esa forma comprendemos que la

huelga no es una anomalia en el sistema

jurídico del estado sino de un orden jurídico subordinado que puede definirse como sociojurídico. Dice Gerard Lyon-Caen: "el estado no tiene nada por ganar mezclándose mucho en esto, en esa relación sólo el daño causado podría ser objeto de una intervención de los jueces".⁸

¿Cuáles son entonces las verdaderas razones que fundamentan el debate sobre el derecho de huelga?

Saber si el derecho es fundamental o no

exige plantearse, en primer lugar, si en su esencia lo es o no lo es. Esta aparente discusión teóricacede sin embargo ante la dura realidad del derecho positivo, esto es, frente a lo que la ley permite o no permite, reconoce o no. Pareciera intuitivo dilatar la vigencia de algo no reconocido o que está limitado: "yo defiendo el derecho a la libertad porque sé la necesidad de él y no porque es prescripto en una ley fundamental u otra".

Este análisis de la situación de la huelga

en el orden jurídico, nos lleva a la cuestión

de la legitimidad y el derecho de huelga.

En este marco, las legislaciones restric-

tivas de la huelga tienden a especificar las

necesiones de huelga ilegítima, de sindicato

reconocido, como consecuencia, a estabi-

lizarse de fuertes sanciones disuadoras con-

istentes en despidos, multas o quite de per-

sonería.⁹

Desde el comienzo de la crisis econó-

mica, los esfuerzos por limitar el derecho de



teger la sociedad contra el derecho de huelga o progresivamente fue siendo reconocida hasta el límite del derecho constitucional?

Todo derecho, como toda obligación, corresponde a un interés protegido, esto es, a un interés que parcialmente, o en su totalidad, corresponde a una equación de organización y funcionamiento de la sociedad, y en el plano de las relaciones de trabajo, a una noción o lógica del modelo de acu-

mulación.

El desarrollo y reconocimiento del dere-

cho de huelga en el tiempo, sin lugar a dudas constituye un producto de la interacción entre la progresión del sindicalismo y los éxitos del modelo "fordista" de relaciones de trabajo.

Pero este modelo entró en crisis, y las huelgas, hasta ayer inofensivas o bajo control se convirtieron en el motivo de crisis o al menos, al decir de Boyer, en una dificultad para adaptarse al nuevo contexto que provoca el desarrollo del nuevo modelo.

Pero ningún modelo económico, ni la

idea de eficiencia que lo gobierna, implican un camino único, sino alternativas diversas

en función de la lógica u objetivos de las dife-

rentes partes o actores. Por lo tanto el tra-

mitamiento y consideración del derecho de

huelga variará de función de la lógica o al-

ternativa que predominá.

Desde el comienzo de la crisis econó-

mica, los esfuerzos por limitar el derecho de

huelga, en particular en el sector público, se

realizó en la medida en que se fortalecía el

sector público, y se fortalecía la fuerza

trabajadora, y se fortalecía la fuerza sindi-

calista en el sector público.¹⁰

Al igual que el pretender regular el dere-

cho a la revolución, causa noble y justa, pero

que ya no es más que un derecho sectorial. La consecuencia visible más importante es la restricción (regulación) del derecho de huelga en los servicios públicos.

Prohibir la huelga protegería la eficien-

cia y la provisión de servicios, por lo que se

tiene que limitar las huelgas salvajes o re-

sentistas como así también las huelgas de fábricas. Paralelo se buscan impedir las huel-

gas salvajes o repentina y las tomas de fá-

bricas, instituyéndose toda serie de obstruc-

tivos o procesos engorrosos de negociacio-

nés o fórmulas arbitrales obligatorias.

En fin, el estado necesita cada vez más

de la institucionalización de los sindicatos para facilitar la "gobernabilidad" de lo so-

cial. En este sentido se tiende a consolidar un sindicalismo fuerte, lo malajeado de los

centros de trabajo¹¹ que le permite firmar y

garantizar pactos o treguas sociales, desa-

llentando sindicatos descontrolados que

sean elementos perturbadores, fuente de

conflicto y disturbio.

En este marco, las legislaciones restric-

tivas de la huelga tienden a especificar las

necesiones de huelga ilegítima, de sindicato

reconocido, como consecuencia, a estabi-

lizarse de fuertes sanciones disuadoras con-

istentes en despidos, multas o quite de per-

sonería.¹²

Al igual que el pretender regular el dere-

cho de huelga, causa noble y justa, pero

que ya no es más que un derecho sectorial

o opprimido y que va más allá de los textos escritos que lo permitan: el derecho a la rebellió-

En ese derecho en el mundo del trabajo se ejerce mediante la huelga y éste, en cualquier sistema democrático que se prece de tal, solo podrá ser reconocido y consagrado pero nunca regulado. Lo contrario,

pero no obstante, se impone inevitablemente en función de una legislación o encarcelamiento de la huelga, lo sorprendentemente

es que se portadora, en su esencia de conflictos superados. ¿Puede entonces regularse desde una lógica o interés determinado la acción humana que se opone, sin vacilar?

Notas

¹ La expresión "relaciones de poder o dominación" expresa la preeminencia de una determinada concepción sobre otra para reglar una determinada si-

tuación o la comprensión tanto de situaciones de poder como de las que se consideran subordinadas.

² En Italia el Código penal fascista penala art. 214 la huelga en el sector público y en el 502 al sector privado; España la legislación fascista consideraba la huelga delito de sedición. Tras la reforma del Código (art. 222), la huelga es legal, pero sigue siendo un delito de sedición.

³ En Francia el Código penal establece art. 306-307.

⁴ Michel Betram, *Droit du travail, op. cit.*

⁵ Michel Betram, *Droit du travail, cit. n. 3.*

⁶ Michel Betram, *Droit du travail, op. cit.*

⁷ Michel Betram, *Droit du travail, op. cit.*

⁸ Lyon-Caen y A. Jeannaud, *Droit du travail, démocratique et révolution*, Actes Sud, Grenoble, 1986, p. 9.

⁹ R. Boyer, *La relation salariale entre théorie et réalité* INSEE Économie, 1986, p. 306-307.

¹⁰ Lyon-Caen, *op. cit.*

¹¹ Michel Betram, *Droit du travail, op. cit.*

¹² Michel Betram, *Droit du travail, op. cit.*

¹³ John T. Dunlop y François Sellier, entre otros, han sostenido que el interés máximo del trabajador es dado por su cercanía o proximidad al factor de producción en la medida en que la calidad constituye la base de un sindicato.

¹⁴ Lyon-Caen, *op. cit.*

¹⁵ L. Garza Macea y F. Gaudí, "La greve en questão", en *Le Monde des Droits*, octubre de 1980.

¹⁶ John T. Dunlop y François Sellier, entre otros, han sostenido que el interés máximo del trabajador es dado por su cercanía o proximidad al factor de producción en la medida en que la calidad constituye la base de un sindicato.

¹⁷ Lyon-Caen, *op. cit.*



Elecciones UBA 1990

Gobernar es Ganar

El balance pos-electoral confirma la agudización de algunas tendencias presentes en los últimos años. Por un lado language la mayoría de las agrupaciones independientes mientras que algunas, que otrora reivindicaban ese carácter, (las más importantes, por otra parte), han declarado sus compromisos partidarios¹. Por otro lado más del 70% de los votos emitidos se concentra en agrupaciones estrechamente ligadas a fuerzas políticas nacionales.²

La afirmación de una singular vida política estudiantil y la consolidación de expresiones político-partidarias como canales privilegiados de la misma, parecen ser el principal saldo del proceso electoral 1990 en los centros de estudiantes de la U.B.A.

CUADRO A (Clarín, 3/12/90)
COMPORTAMIENTO ELECTORAL DE 1983 A 1990
(Tres fuerzas principales)

AÑO	PRIMERO	SEGUNDO	TERCERO	TOTAL VOTANTES
1983	Franja (39,29%)	Indep. (der.) (19,18%)	Indep. (izq) (9,21%)	44.784
1984	Franja (32,03%)	JUI (20,92%)	Indep. (der.) (13,52%)	50.024
1985	Franja (32,52%)	JUI (19,72%)	UPAU (15,68%)	51.066
1986	Franja (34,63%)	UPAU (20,02%)	JUI (11,46%)	64.960
1987	Franja (32,86%)	UPAU	FUNAP (18,96%)	110.801
1988	Franja (31,82%)	UPAU (27,99%)	FUNAP (14,25%)	72.245
1989	Franja (36,40%)	UPAU (27,05%)	FUNAP (15,57%)	95.112
1990	Franja (44,72%)	UPAU (19,74%)	JUP (aliados) (7,52%)	63.342

Observaciones: en 1987 y en 1989 ascendió el número porque en las facultades más grandes la elección de centros (voluntaria) se hizo junto a la de consejeros, que es obligatoria.

Quiere decir esto que a contrapelo de la tendencia nacional los estudiantes depositan su confianza en los partidos políticos? La respuesta, positiva, tiene importantes matizadas; los programas propuestos sostienen centralmente reivindicaciones "gratuitas" similares.³ Se agregan a ellas similares evaluaciones de la situación de la universidad, aunque haya a veces diferencias en las propuestas de solución. Sin embargo hacen planteos dirigidos a la situación política nacional. Si, por lo dicho, la adhesión no viene sencillamente a los partidos como tales, tampoco puede obviarse la singularidad que implica la consagración de sus expresiones estudiantiles como instrumento reivindicativo.

Otro dato ilustra la politización específica de la U.B.A.: la distribución de los votos estudiantiles no coincide con las tendencias presumibles en la sociedad en su conjunto o en los sectores medios en especial. El crecimiento de Franja Morada en la universidad

excede cualquier posibilidad de ascenso y recuperación del sector que nutre la población universitaria.

Gobernar es Ganar

Una segunda cuestión parece no haber sido registrada: dirigir, en los centros de estudiantes, no es causa de desgaste sino de mayores posibilidades de acumulación. (Véase el apartado B).

En doce de trece elecciones triunfó el oficialismo. En once de estos casos amplió el porcentaje que representa su caudal electoral. El fenómeno comprende agrupaciones situadas en diferentes puntos del arco político-ideológico. El proceso electoral no ha sido turbio y la participación no ha sido baja, más tratándose de elecciones no obligatorias. Parece legítimo, por lo tanto, suponer un voto de aprobación hacia los dirigentes y agrupaciones que ya el año pasado

habían sido llevados a la conducción de los centros de estudiantes.

Por qué?

La idílica relación se sustenta en un tipo especial de estudiante y en una particular orientación de las fuerzas estudiantiles.

compatibles con el compromiso y la excelencia. Tenemos, entonces, un estudiante "part-time" propenso a demandar más comodidad que exigencia en su tránsito por los claustros. Este perfil debe su afirmación a distintos factores; entre ellos el que constituye el segundo sustento de la relación que los resultados electorales evidencian. Ultimamente la mayor parte de las agru-

paciones estudiantiles convergen en dos cuestiones: la escisión entre un pleno "político" referido a la escena nacional y otro reivindicativo relacionado con temas gremiales y académicos. El segundo punto de convergencia es la prioridad por la acción reivindicativa especialmente en el aspecto "provisión de servicios que mejoran la calidad de vida en la universidad", (fotocopias, cursos extracurriculares, comedores, etc.).

Distintas premisas ideológicas y políticas llevaron a las distintas fuerzas a un terreno común. Hoy situados en él, resulta central un hecho: el privilegio por un modelo de acción política basado en la creación y satisfacción de demandas de servicios para universitarios y para universitarios. La predilección por este modelo se basa en su capacidad de realizar funciones importantes desde el punto de vista de las agrupaciones. Se trata en primer lugar de una opción redituable en el terreno electoral ya que fácilmente encuentra correspondencia en las propensiones estudiantiles. En segundo término se trata de una tarea más sencilla y menos conflictiva que la de concebir y consensuar estrategias de reforma académica. Por último, el tipo de actividad involucrada es funcional a la constitución de una organización capaz de competir exitosamente en el terreno electoral.⁴

Ahora bien, si la situación de los estudiantes y la orientación de las fuerzas políticas determinan un campo homogéneo de demandas es lógico que triunfe electoralmente aquel que mejor hace lo que todos creen conveniente. ¿Y quién mejor ubicado que el oficialismo para lograrlo? La legitimidad y los recursos que la posición habilita le permiten responder mejor que nadie a las demandas que entre todos instituyen. En estas condiciones las alternativas de la oposición tienden a reforzar las posibilidades del oficialismo. Compartiendo el programa



carece de los recursos que permiten implementarlo. Pero si tratar de obstruir la consecución se vería en el riesgo de cuestionar reclamos que ella misma ha instaurado.

Sin dejar de lado el razonamiento expuesto hay que dar explicaciones adicionales para comprender el ascenso de Franja Morada y el declive de UPAU.

La agrupación liberal, que nos da el caso del único oficialismo derrotado, perdió el recato que le impedía reconocerse adscrita a la Unión del Centro Democrático. La agrupación C. de B. (Compañeros de Base) que triunfó en Filosofía y Letras, ha emprendido desde su baptismo universitario la construcción de un agrupamiento político nacional: Democrazia Avanzada. Línea Agrupación Independiente es la única agrupación independiente, propiamente dicha, que ganó este año.

La agrupación liberal, que nos da el caso del único oficialismo derrotado, perdió el recato que le impedía reconocerse adscrita a la Unión del Centro Democrático. La agrupación C. de B. (Compañeros de Base) que triunfó en Filosofía y Letras, ha emprendido desde su baptismo universitario la construcción de un agrupamiento político nacional: Democrazia Avanzada. Línea Agrupación Independiente es la única agrupación independiente, propiamente dicha, que ganó este año.

1 Franja Morada, UPAU, distintas expresiones antiguas del gobierno, supo plantar las banderas que una tradición reformista le sobrepuso desde el fondo de su historia. Ocupó un espacio que otras agrupaciones defendieron con menor legitimidad o directamente ignoraron. Además logró capitalizar electoralmente cierta recuperación de la U.C.R. Por último es claro que su trabajo reivindicativo dio frutos electorales en el espacio que UPAU dejaba libre en su caída tras la UCEDE.

El modelo de acción política en vigencia parece válido si tenemos en cuenta que es la receta unánime de las agrupaciones exitosas. Tiene, sin embargo, carencias fundamentales. Es incapaz de promover un productivo aporte estudiantil en la solución de la crisis de la universidad. En primer lugar porque el tipo de relaciones políticas que se establecen tiende a convertir a los estudiantes en pasivos receptores de servicios que compensan los padecimientos que la universidad no puede evitar. En segundo lugar porque la dramática situación de la universidad es sólo un tema de campaña destinado a captar la atención de la izquierda.

2 Franja Morada, UPAU, distintas expresiones proletarias, los restos del Partido Intramuros, el Movimiento Nacional Reformista (igual al Partido Socialista Popular) concuerdan dicha proporción de votos, a los que deberían sumarse los de las distintas expresiones de la izquierda.

3 En la distinción entre "gremial" y "político" asumimos el que parece ser el punto de vista de las agrupaciones estudiantiles, que más adelante comentaremos.

4 La importancia que las mismas agrupaciones dan a este punto queda graficada en un episodio ejemplar: En el Centro de Estudiantes de Veterinaria la agrupación triunfadora codificó la presidencia para retener, en este contexto, la estratégica secretaría de apuntes. (Clarín 28/12/90).

Julian Gadano y Pablo Seman

CUADRO B (La Nación, 3/12/90)

Facultades	1989		1990			
	Agrupación	Votos	%	Agrupación	Votos	%
Agronomía	1º LAI	522	47,3	LAI	470	53,5
	2º FANA	265	28,8	FANA	203	23,3
Arquitectura	1º FM	2550	45,3	FM	2777	54,3
	2º UPAU	1641	29	UPAU	1216	23,8
C.Económicas	1º FM	8056	45,1	FM	6130	55,6
	2º UPAU	7005	39,3	UPAU	3362	30,5
C.Exactas	1º MNR	801	25	MNR	938	40
	2º FM	652	20	FM	669	28,7
C.Sociales	1º FM	975	26,5	FM	1243	34
	2º IU	912	25	JUP FAESP	909	24,7
Derecho	1º UPAU	7435	35,3	FM	5545	40,1
	2º FM	7174	34,2	UPAU	4671	33,7
Farm. y Bioq.	1º FM	2896	56	FM	2164	69,1
	2º UPAU	1345	26	UPAU	591	18,8
Fil. y Letras	1º CdeB	1552	28,8	CdeB	851	34,4
	2º FAESP	753	24	JUP-FAESP	439	17,7
Ingeniería	1º UPAU	2887	47	UPAU	1330	31,7
	2º FM	1530	25	FM	1227	29,2
Medicina	1º FM	6756	37,6	FM	4027	42
	2º JUP (M)	4593	24,4	UPAU	3678	38,4
Odontología	1º FM	878	66,3	FM	1892	84,1
	2º FUES	277	20,9	JUP (M)	286	12,7
Psicología	1º FM	1702	35,6	FM	2150	53,9
	2º IU	1467	30,7	MAS	922	23,1
Veterinaria	1º UPAU	442	29	UPAU	546	40
	2º FM	347	23	FM	419	30,7

FM, Franja Morada (radicales); UPAU, Unión Para la Apertura Universitaria (liberales); FANA, Frente Amplio Nueva Agronomía (Independientes de izquierda); LAI, Línea Agronomía Independiente (indep. de derecha); MNR, Movimiento Nacional Reformista (socialistas); JUP, Juventud Universitaria Peronista (menemistas); FUES, Frente Unido Estudiantil (peronistas y otros); IU, Izquierda Unida; MAS, Movimiento al Socialismo (izquierda trotskista).

que implican la consagración de sus expresiones estudiantiles como instrumento reivindicativo.

Otro dato ilustra la politización específica de la U.B.A.: la distribución de los votos estudiantiles no coincide con las tendencias presumibles en la sociedad en su conjunto o en los sectores medios en especial. El crecimiento de Franja Morada en la universidad

suscripción anual: 1.400 ptas.
Forma de pago: Talón bancario o giro postal.

Redacción y Administración:
Monte Esquinza 30, 2.º dcha. Tel.: 401 46 96. 28010 Madrid

tar el descontento básico con que todo estudiante se enfrenta a la UBA, y nunca un problema a resolver.

Recientemente se ha planteado la pregunta que corre la universidad: transformarse en una entidad limitada a la "transmisión de conocimiento" desvinculada de todo aquello que sea innovación y producción.

De ninguna manera son los estudiantes y sus dirigentes los principales responsables de la descomposición en marcha. Pero, manteniendo su modelo de acción política fuera de toda crítica tendrán garantizado su apoyo a la taiwanización de la universidad.

Notas

1 UPAU (Unión para la Apertura Universitaria) perdió el recato que le impidió reconocerse adscrita a la Unión del Centro Democrático. La agrupación C. de B. (Compañeros de Base) que triunfó en Filosofía y Letras, ha emprendido desde su baptismo universitario la construcción de un agrupamiento político nacional: Democrazia Avanzada. Línea Agrupación Independiente es la única agrupación independiente, propiamente dicha, que ganó este año.

2 Franja Morada, UPAU, distintas expresiones proletarias, los restos del Partido Intramuros, el Movimiento Nacional Reformista (igual al Partido Socialista Popular) concuerdan dicha proporción de votos, a los que deberían sumarse los de las distintas expresiones de la izquierda.

3 En la distinción entre "gremial" y "político" asumimos el que parece ser el punto de vista de las agrupaciones estudiantiles, que más adelante comentaremos.

4 La importancia que las mismas agrupaciones dan a este punto queda graficada en un episodio ejemplar:

En el Centro de Estudiantes de Veterinaria la agrupación triunfadora codificó la presidencia para retener, en este contexto, la estratégica secretaría de apuntes.

Leviatan

Revista de hechos e ideas

NUMERO 41 (Otoño 1990)

- Felipe González: Reflexiones sobre el proyecto socialista.
Alfonso Guerra: Julián Besteiro, hoy.
Alvaro Espina: Los sindicatos y la democracia.
Manuel Contreras: Besteiro y el ideal republicano.
Abdón Mateo: El PSOE frente a Franco.
Antoni Castells: Las grandes potencias en la guerra y revolución española.
Norbert Lechner: El desafío de la democracia latinoamericana.
Chantal Mouffe: La radicalización de la democracia.
Alicia Miyares: El discurso del poder: la igualdad.

Individualismo y solidaridad

La autorreforma de la democracia

Conversación con Remo Bodei

Bruno Gravagnuolo

"La originalidad de la utopía marxista consistía en haber introducido una dimensión advenediziaria: la liberación en una antíquima idea de comunidad. Pero a la noción de comunismo, registro de sugerencias y temas, se le debe dejar hoy en decadencia, entre paréntesis, tanto sea como consecuencia de sus traducciones prácticas, como por la irrupción de instancias y sensibilidades nuevas, imprevistas en el desarrollo de la sociedad democrática". Remo Bodei acepta de buen grado los requerimientos sobre el conocimiento que le plantean a quemarropa pero la línea de investigación que me propongo es otra, ahora directamente del registro del pensamiento y a la vez de un registro "clásico" de temas, en relación entre ética y política. Debemos recordar de Bodei –que actualmente está trabajando en una "Gramsci's *passione*"– al menos tres libros importantes: *Sistema et ética in Hegel* (Il Mulino, 1975), *Multiculturalismo* (ibidem, 1983) y *Scorciamenti, forme della cittadinanza moderna* (Einaudi, 1987), trabajos en los cuales una fina historiografía de las ideas se adhiere intensamente a los pliegues del "espíritu del tiempo", sin renunciar jamás a las sugerencias teóricas de lo posible. Lo hemos encontrado en oportunidad de una convención de la Fundación Gramsci, en el Instituto Palmito Togliatti de Roma, dedicada a *Democracia y filosofía práctica* (del 4 al 6 de junio de 1994). Allí han podido medirse estudiosos de distinta formación académica (además de Bodei: Badaloni, Racinero, Reale, Trinca, Adriana Cavarero, Cacciatori, Lecaldano y otros), en una estimulante controversia de tradiciones teóricas, frente al tema de la fundación filosófica del acción democrática.

Comencemos entonces por el panorama filosófico más reciente: si vamos pasando de la así llamada "rehabilitación de la filosofía práctica" hasta llegar al "contraculturalismo" y a la "teoría de la acción comunicativa", parecerá que el éxito de la ética no está destinado a declinar. Hasta la propia democracia parece haberse vuelto una "servidora" de la ética. A qué atribuye la perdurable de este fenómeno?

Es mi impresión, que la vigencia de la ética en relación al debate sobre la democracia tiene un carácter sintonizado pueril. La irrupción de la ética, tras el eclipse de los sistemas de valor finalísticos, viene a ocupar el vacío mal llenado por las reglas, por los modos procedimientos técnicos democráticos. La ética, en resumen, es la expresión de una necesidad nunca satisfecha. Entre la crisis del finalismo ideológico y una concepción más abierta, pero indefinida, como la democrática, hoy se abre el espacio de la reflexión ética. Ahora bien, si la acepción sin reservas del modelo democrático se da por descontada, como admisión de un horizonte parcial y no ya totalizante, no debemos descartar por eso la existencia de una versión puramente fechista de tal modelo. El riesgo por las reglas del juego, aun cuando deben respetarse, no basta.

En otras palabras, para usar la célebre ex-



presión freudiana, se corre el riesgo de "poner en agüedad al Aqueronte", o sea, en nuestro caso, el magma conflictual y subterráneo de los conflictos que agitan a la sociedad. Al nivelarse los valores se reúna el juego de los conflictos, que deben ser constantemente reelaborados, evocados, con el objeto preciso de promover una dinámica evolutiva de la democracia. El ocultar los conflictos puede ser útil para amansar las tensiones, pero produce opacidad, llegando incluso a negar los objetivos de la democracia, que llevan a la transparencia, al diálogo, al crecimiento propositivo. En conclusión: siempre está al acecho el riesgo de una desestabilización, de una osificación de la arena pública.

Estás atendiendo a algún tipo de "entropía" de la dimensión pública, al riesgo permanente de quedar bloquada internamente. Sin embargo, a diferencia de las concepciones totalitarias, la democracia puede redescubrir siempre su "deber ser" siempre y cuando permita que emerjan los "valores" detrás de las "técnicas". ¿No es así?

Las técnicas, en su sentido más amplio, como el mismo Bobbio estuvo dispuesto a reconocer, siempre encierran, históricamente, un reconocimiento de valores reciprocos y comparados entre los ciudadanos. Esto permite la evolución del conflicto prescindiendo del arbitrio, superando siempre la opacidad de lo irracional. Así un, los puntos nodales que propone la democracia son con frecuencia colonizados por una especie de estremismo que los dejó inactivos. Por una parte se mira hacia la *Realpolitik*, hacia lo cotidiano, por la otra hacia los valores abstractos, vividos con frecuencia como co-

trata de una descarga, de una compensación inerte que no conmueve nada y deja las cosas tal cual, que además suele reforzar en el individuo una percepción falaz, consumista, que lesiona sus propios intereses. La ética de la democracia, en las formas comunicativas suministradas desde el afuera, se constituye en una especie de gran escamoteo tras una apariencia de máxima transparencia.

¿Cuál es, entonces, el posicionamiento cultural que puede contribuir a revitalizar los elementos autocorrectivos de la democracia y en qué dirección pueden buscarse?

Partiría del hecho que la democracia posee sin duda dentro suyo unos propios anticuerpos, pero al mismo tiempo aparece expuesta a presiones muy fuertes e insidiosas. El mecanismo democrático es frágil por definición, demanda cuidados, vigilancia, un nivel constante de discernimiento. Esto es así, sobre todo en Italia donde la opacidad transformista y la lógica paternalista de la cooptación atenían fisiológicamente el conflicto. Nuestra particular contingencia histórica, en razón también del papel desempeñado por la Iglesia, ha favorecido la cuestionamiento del reparto de dividendos políticos, de los intereses, de las alianzas. Nunca se ha dado en Italia una representación política social sobre los cuales las élites nunca emergieron cabalgando la ola de las transformaciones profundas. Se fue así estatificando culturalmente el apego a lo traumático, al cambio neto, reflejo mental que hoy, en una fase crucial de nuestra modernización nacional, es posible superar, desramatizar. En resumen, ya no es necesario anatemizar la división neta, por el contrario, puede volverse lícita y productiva.

¿Cuál es el papel que les asigna a la política? De lo potencialmente griego-clásico de la "identidad clásica", para retomar un tema cercano a Paul Veyne y Christian Meier, o consideras que ciertas tendencias no perviven lo moderno debido al uso parcial que muchos hacen de la política, allegando aclaraciones a rechazar?

Hoy nos encontramos con el rechazo a la política porque ésta ha dejado de ser gratificante y a veces, también, con una adhesión a ella en términos de opinión. Cuando hablo de la política me refiero en todo caso a la idea aristotélica de "vida buena", en base a la cual entiendo que sólo por medio de la medida de cooperación, no necesariamente institucionalizadas, se pueden alcanzar objetivos comunes, incrementando junto con otros las propias chances de vida. Existe un modelo fuerte y un modelo débil de asociación, por ejemplo, a través de pequeños grupos. Tampoco se deben subestimar las formas de autorrelación social por medio de la religión. El rito y la religión, no sólo en Europa, sino sobre todo en las realidades euro-americanas, son un gran tonificante, un factor cohesionante que satisface una necesidad de sentido. La democracia puede tomar algunas de estas cosas, en especial ahora, a fin de volverse rígida. De ningún modo estoy pensando en la *polis*, ni en el ideal de la ciudadanía militante ampliado por la revolución francesa. Debe haber espacio para el apoliticismo. El problema específico que expongo es el del dinamismo democrático contra la esterilización institucional.

De todos modos, tal esterilización no depende de los procedimientos técnicos, no es culpa de las teorías de Kelsen, sino que deriva de una bifurcación recurrente entre forma y contenido dentro de la propia cobertura de la sociedad democrática. En cuanto a las reglas, éstas deben ser cambiadas por las mismas reglas, no por las manifestaciones multitudinarias o por el jacobinismo. Entonces, para repetir un eslogan, diría que se

trata de pasar, no tanto de la democracia al socialismo, como del socialismo a la democracia. Los contenidos de una ética solidaria, justamente para no perder de vista la relación entre la libertad y el desarrollo de los individuos, de ningún modo deben ser abandonados. También desde allí puede ser retomado el discurso sobre la democracia y sobre su eficacia.

El proyecto gramsciano tiene un carácter absorbente, tendiente a un compromiso colectivo, máximo y completo. Ello presupone condiciones históricas que han quedado tras nosotros y, en particular, una ética del sacrificio proyectada hacia el futuro, hacia las generaciones futuras. La apuesta de Gramsci vive suspendida entre dos polos: el individualismo responsable y el patos de la homologación. Son conocidas las asveraciones gramscianas a favor de la verdad, del diálogo que reconoce las razones del adversario y, al mismo tiempo, la defensa del conformismo militar, políticamente gregoriano y "progresista". Hoy vivimos en una sociedad radicalmente distinta de aquella de los tiempos de Gramsci y por eso ahora no pueden proponerse ciertas éticas políticas.

Detengámonos todavía en el tema de las reglas y en el de los valores. En concreto, ¿qué cuadro de reglas, qué valores y qué idea de la política debe asumir hoy la izquierda?

Estoy en contra, como ya he dicho, de volgar a las reglas, "quebrantándolas". Este es un camino que lleva a la derrota. Hay que recharzalo. Además, quisiera hacer notar que la izquierda está ahora sujetada a una doble limitación: por un lado la gestión, importante, de lo cotidiano, y por el otro las tentaciones salvacionistas y comunitarias, imbuidas del viejo *pathos* religioso de la *Gemeinschaft*. El altruismo colectivo que predican algunos ubicados a la izquierda es una dimensión en términos positivos "sin retorno" o, por el contrario, temes sobre todo a los riesgos involutivos?

Acerca de esto expresaría un juicio neutral. No hay duda que en la sociedad moderna conviven aspectos positivos y liberadores con aspectos involutivos. Pero al respecto quisiera tomar cierta distancia trayendo a escena algo que reaparece, sobre todo en la religión cristiana: la irrepetibilidad del individuo. Todo individuo es una pequeña totalidad de deseos originales e irreductibles. En consecuencia, los individuos pueden asarcirse a la política sólo si ella interrumpe el pleno de esos deseos, logrando satisfacerlos de algún modo, también por medio de la participación. En caso contrario los sujetos se dirigirán hacia otra parte.

Esto es válido, por ejemplo, tanto para la empresa ferroviaria italiana como para las finanzas indemnizadas.

La lucha por ciertas reglas referidas a tres o cuatro grandes problemas nacionales, al llevar a la lucha importantes formas de alianza o de *partnership* con diferentes sectores privados, podría ser realmente movilizadora, además sin necesidad de rematar o privatizar el patrimonio público para sanear las cuentas del estado. Están también las temáticas de la alternativa y de la reforma institucional de la alternativa y de la reforma institucional.

Perdona el cauce de la "problemática democrática", otra corriente ha reaparecido en

este años, y es la que afecta las relaciones entre el derecho de los ciudadanos, el papel de los productores y las formas posibles de participación industrial y cooperativa. En tu opinión, ¿qué es lo esencial en esta temática?

Se trata de una línea de investigación a profundizar y ampliar. Pero trataría de no mitificar al "productor" en el sentido marxista y simbólico. También los empleados y los encargados de los servicios tienen su propio papel decisivo en la economía terciarizada. Por una parte, privilegiar el afianzamiento de la cooperación económica y, por la otra, la ampliación de los derechos de garantía y de participación en el trabajo. Pero creo, ante todo, que se debe cuestionar la ratificación de la ganancia privada como un bien en sí mismo, que lleva sustancialmente a la "calidad total" como quisiera Romiti¹. La ganancia privada es sólo una de los criterios para medir la eficiencia. El verdadero principio básico continúa siendo la producción de un *surplus* que garanticé la ampliación equilibrada de las inversiones y del ciclo productivo. En consecuencia, bien puede ser legítimo restructuring, optimizar, evitando desplazos y despedidos, pero encaminados hacia un real y tangible beneficio para toda la comunidad.

Reaparece aquí la contradicción endémica, típica de la democracia, entre lo público y lo privado, entre fundamentación individualista y universalismo democrático...

Se trata de dos imperativos sistémicos divergentes, que dan vida a un doble vínculo. Pero es justamente esta bifurcación que hace a la democracia tan móvil. Existe una tendencia a la universalidad, a la expansión general de las prerrogativas individuales en la representación colectiva, al mismo tiempo que actúa el impulso a la autonomía individual, como la separación que luego debe volver a la esfera pública, públicamente, como consecuencia de la conciencia de los otros individuos. Por otra parte, el fundamento moderno de la democracia es individualista: el proceso de universalización del individuo, se apoya en la voluntad.

Es por eso que se debe partir de una ética diferente del individuo, para recuperar una base de mediación posible con el contexto social. La idea aristotélica de *filia*, o sea de un "amor propio" que incluya el vínculo intersubjetivo, podría prestarse bien para este fin.

Pero este "amor propio" aristotélico, que podríamos definir como "individualismo solidario", no corre el riesgo de transformarse luego en un equivalente del "amor a sí mismo" rousseauiano, propicio a ese amor por el género humano que en Rousseau termina en el despotismo político de la soberanía totalitaria? Y más aún, siempre con Aristóteles, ¿no se parece que la esencia de la democracia está constantemente haciendo equilibrio entre la anarquía, la oligarquía y la dictadura del demócrata?

Podría contestar con una expresión de Luigi Einaudi según la cual "la democracia es la anarquía de los espíritus bajo el gobierno de la ley". Se trata por cierto de una difícilísima ecuación histórica, por medio de la cual la anarquía debe ser conducida a autorregularse, para lograr una conciliación de la libertad pública y no alienante.

La solución no está ni en una ética coercitiva de la solidaridad, ni en la mano invisible de un liberalismo clásico y libre de problemas. Nao, más bien, de la capacidad de insertar las necesidades, los derechos y los objetivos, ampliamente comparados, en la trama de las instituciones, por medio de la fuerza de la participación política consciente en distintos niveles.

[Traducción: Hugo Farusi]

CONVERGENCIA
REVISTA DEL SOCIALISMO CHILENO Y LATINOAMERICANO

C 19-20

Número 4
Agosto de 1991
SANTIAGO DE CHILE

CONGRESO SOCIALISTA:
CUERDOS Y OTROS APROBADOS

Historia y Partido
A. ARANDELA • C. ALMEIDA • J. CAYUELA
A. GUARDI • S. JANS • R. NUÑEZ
M. SCHILLING • J.A. VIERA-GALLO

Políticas en persona:
JORGE ARRATE y ANTONIO ALMENDRAZ

Actualidad Nacional:
MANUEL A. GARRÓN

Tradición y FFAA:
AGUSTINO VARAS

REALIDAD INTERNACIONAL
TODOS LOS TEMAS ACTUALES DE LA POLÍTICA

Número doble: \$950 (IVA incluido). América Latina y Caribe US\$ 8. Otros países US\$ 8

El presidente soviético Leonid Brezhnev se dirige a la Asamblea General de las Naciones Unidas para denunciar la invasión soviética de Afganistán. El 24 de octubre de 1979, el secretario general de la ONU, Kurt Waldheim, convoca una reunión de urgencia para discutir la situación en Afganistán. La resolución adoptada por la ONU condena la invasión soviética y exige su retirada.

Perestroika y crisis del Golfo

La amenaza migratoria, clave de la "Posguerra fría"

Guillermo Ortíz

La llegada al poder en 1985 de un nuevo dirigente soviético como Mijaíl Gorbachov y la invasión y anexión de Kuwait por parte de las fuerzas de Irak al caer de un lustro que derivó en el primer conflicto a gran escala tras el fin de la "guerra fría", constituyeron dos acontecimientos que han trastocado la noción de Europa no sólo en cuanto a su política doméstica sino en relación a la posibilidad de gravitación en el escenario internacional de cara al establecimiento de lo que se ha dado en llamar en "nuevo orden mundial". La liberalización en cascada de los países del Este europeo, prólogo imprevisto del acelerado proceso que culminó con la unificación alemana, tras la debacle del régimen de Pankow, y el nuevo "despertar" de las sociedades árabes al influjo del resurgimiento de un "nuevo héroe", destinado a redimirlas de un vasto historial de frustraciones y de las que el Estado de Israel ha vuelto a comprobar que no es ajeno, son el signo inequívoco de las actuales tensiones que recorren a las democracias industriales del viejo continente.

Es evidente que la pérdida de autoridad comunitaria ante la necesidad de "actualizar" de sus estructuras, lejos de progresar por el camino del "pacto", dio lugar en la mayoría de los casos, a un alarmante descontrol social a la luz de la emergencia económica de los pliegos nacionales, lo que revela a la vez que la desaceleración del totalitarismo burocrático y su conversión complementaria en los países del Este, al resentirse la amenaza de intervención soviética, sólo produjo la reaparición de tensiones que se estimaban superadas. En este sentido el fracaso de los "comunistas" para cumplir con su papel secular, modificó el esquema de poder que perduró hasta nuestros días tras la caída de la Segunda Guerra Mundial. La disolución del Pacto de Varsavia, el golpe que busó autoseñarse la OTAN en la mejor expresión de que la era de los cambios afectó también los patrones de seguridad, desaparecidos ya los supuestos básicos de conflicto, esto es la expansión soviética y/o alemana.

Hoy, la era de coincidencias entre Estados Unidos y la Unión Soviética (la unanimidad del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas en ocasión del voto a las resoluciones de condena a Irak es un dato clave) sepultó el carácter marcadamente militar de las tensiones Este-Oeste, reorientando la tensión sobre la relación Norte-Sur, caracterizada en la década de los '90 por un reflejo explosivo: las migraciones masivas.

Según informaciones suministradas por el Alto Comisariado para Refugiados de la ONU, más de 15 millones de personas se encuentran huyendo actualmente de sus tierras natales en todo el mundo y el movimiento migratorio registrado en Europa, en dirección Este-Oeste en 1989 afectó a más de 1.300.000 personas, recordándose la fin de la Segunda Guerra Mundial de los cuales, 80 mil eran solicitantes de asilo, principalmente polacos y yugoslavos.

Y esto es un punto crucial ante el doble proceso que sufre Europa: la integración de su parte occidental a partir de la puesta en vigencia del Acta Unica de 1992, un proceso

ciertamente costoso pero que se mueve en planos de relativa certeza y la desintegración de su parte oriental de resultado incierto y que como primera medida ha llevado a la creación del Banco Europeo para la Reconstrucción de Europa oriental, una idea del presidente de Francia, François Mitterrand. Se prevé que más de tres millones de inmigrantes podrían llegar a la Comunidad Europea en el lapso de los próximos cinco años.

Las migraciones masivas.



El dilema es claro: tras años de exigir la caída del Muro de Berlín, el estremecedor de una época que si bien delataba un enfrentamiento aseguró medio siglo de paz, sus consecuencias parecen incontrolables para Occidente. El número de personas que ha exigido un visado en la embajada alemana se ha decuplicado en los últimos diez años, ya sea descendientes de alemanes o soviéticos, merced a la liberalización de las condiciones de viaje. Cada uno de estos grupos solicita más de 50 mil visas sólo en 1990.

Según informaciones suministradas por el Alto Comisariado para Refugiados de la ONU, más de 15 millones de personas se encuentran huyendo actualmente de sus tierras natales en todo el mundo y el movimiento migratorio registrado en Europa, en dirección Este-Oeste en 1989 afectó a más de 1.300.000 personas, recordándose la fin de la Segunda Guerra Mundial de los cuales, 80 mil eran solicitantes de asilo, principalmente polacos y yugoslavos. Y esto es un punto crucial ante el doble proceso que sufre Europa: la integración de su parte occidental a partir de la puesta en vigencia del Acta Unica de 1992, un proceso

ciertamente costoso pero que se mueve en planos de relativa certeza y la desintegración de su parte oriental de resultado incierto y que como primera medida ha llevado a la creación del Banco Europeo para la Reconstrucción de Europa oriental, una idea del presidente de Francia, François Mitterrand. Se prevé que más de tres millones de inmigrantes podrían llegar a la Comunidad Europea en el lapso de los próximos cinco años.

El primer indicio del redescubrimiento de una nueva dimensión inédita una vez finalizadas las hostilidades en el Golfo. Ocurre que la liberalización del Este europeo y la unificación alemana, restringieron el "hecho europeo" a su flujo norte, por lo que la atención del explosivo "frente magrebí" se ha tornado como factor esencial para una marcha más estable hacia la integración. La creciente ola de antinorteamericanismos en la región, a partir del despliegue de las fuerzas militares aliadas en las arenas sauditas han derivado en un aumento de los subsidios comunitarios destinados a los países en desarrollo, en primer lugar a Túnez y Marruecos. Estos países junto con Argelia, en el umbral de la industrialización, se hallan en una verdadera carrera contra el reloj con un

crecimiento demográfico de un tres por ciento por año. Actualmente hay dos millones de magrebíes desocupados (medio millón sólo en Túnez), esto es una quinta parte de la población económicamente activa. Dos millones de magrebíes viven y trabajan en Europa, donde el ingreso medio es diez veces más alto y no existe un incremento poblacional. Su presencia en el viejo continente dará a la vez nuevo impulso a la derecha política dispuesta a sacar provecho de los prejuicios raciales.

Bettina Craxi, secretaria general del Partido Socialista Italiano, y encargada de la secretaría de las Naciones Unidas para Asuntos de Endeudamiento, re-

veló hace pocos días que la CE destina sólo un 3% de su ayuda al desarrollo de los países de la región mediterránea, pese a que estos liquidan casi la mitad de su comercio exterior con la Comunidad. Propuso así, la gradual reducción de la deuda de los países del norte de África, según la renta nacional de cada estado. El endeudamiento externo de los países del Magreb asciende actualmente a 55 mil millones de dólares y la tasa de servicio de la deuda, por ejemplo de Túnez, se sitúa cerca del 25% de los ingresos de divisas del país. La apertura política del Este europeo es vista como factor de competencia que puede retardar los planes de estabilización aunque la "mano de obra más barata" puede jugar a favor, en momentos en que reducen las muestras de descontento: huelgas en Marruecos y renovada presión integrista en Argelia, con la vuelta al país del mítico expresidente Amín Ben Bella quien llamó al gobierno de Chadí Benyamin a romper relaciones diplomáticas con los miembros de la coalición anti-iraquí mientras una marcha de 100 mil personas reclamaba a principios del pasado mes la creación de un Estado Islámico.

Es obvio que la guerra del Golfo desató un nuevo desafío, y la profundización democrática en el marco de la expansión de mercados llama a no desentenderse de las "migraciones de la pobreza" en su dimensión europea y mediterránea.

Bases mínimas para una política distributiva igualitaria

Roberto Gargarella

En su *Critica del programa de Gotha*, Marx se enfrentó con el problema de la distribución de recursos. Allí, de un modo austero y vigoroso, Marx fustigó un conocido programa de acción política, escrito por Lasalle, y tendiente a marcar las posibles bases de unificación del Partido obrero socialdemócrata de Alemania, y la Asociación general de obreros alemanes.

Ahora bien, a pesar del talento con que fue redactada dicha crónica, en ella permanecen numerosos puntos oscuros, que no permiten delinear con certeza las posibles pautas de una política distributiva alternativa. Y, si bien las dificultades que rodean a esta cuestión son numerosas, sigue resultando importante llegar a un acuerdo básico acerca de cómo organizar una política distributiva más justa.

Dicho acuerdo, obviamente, implica ya estar

presentemente algo, y es que la economía distributiva no resuelve, al menos, suficientemente equitativamente. Para fundamentar esta afirmación y poder ofrecer, al mismo tiempo, alguna alternativa más aceptable, pondremos a consideración distintos principios distributivos, y procuraremos evaluar sus posibles ventajas y desventajas.

de un igual punto de partida y que, por tanto, algunos pueden tener muchas mayores posibilidades que otros para ascender socialmente, por ejemplo. Sin embargo, Robert Nozick, un fértil defensor del orden capitalista, supo objecar muy bien tal observación, diciendo lo siguiente: "la vida no es una carrera en la que todos competimos por un premio que alguno ha establecido; no hay una carrera unificada, en la que algunas personas juzgan la velocidad"; o sea, no hay por qué suponer que todos los individuos necesitan partir de un igual punto; existen infinitos de ideales valiosos: cada persona, partiendo de donde pinta, ve abierto frente a sí una multiplicidad de posibilidades a seguir.

Este punto nozickiano, aunque interesante, presenta a su vez flancos débiles. Básicamente,

es uno y otro caso, y el margen de libertad de los primeros, claramente menor.

Por otro lado, puede explorarse otro flanco de crítica haciendo referencia al "superdotado" que opta. Aquí es donde el marxismo radica su crítica acerca de la alienación capitalista, por ejemplo. La cuestión sería, en este caso, que el sujeto en cuestión, no sólo se enfrenta a un panorama estrecho de posibilidades, sino que, además, es altamente posible que se incline por elegir vías de acción contrarias a sus propios intereses, a partir de la coerción en la que está inmerso en su vida cotidiana.

Esta crítica, aunque mucho más polémica que la anterior, ha recibido, sin embargo, una mejor recepción que la otra, dentro del contexto del capitalismo avanzado. En efecto, es más fácil comprender los casos en los cuales se reconoce, por ejemplo, que los obreros, por la posición que ocupan dentro del proceso productivo, pueden estar inclinados a aceptar cláusulas contractuales que les perjudiquen.

Y por último, los fondos destinados para el sistema de incapacitados para el trabajo, etcétera.

Recién después de satisfechas estas primeras pautas, podría procederse a distribuir lo restante entre los distintos trabajadores.

Conforme a Marx, cada uno habrá de recibir "el equivalente exacto" de lo entregado a la sociedad, luego de las deducciones mencionadas, y agregó: "el tiempo de trabajo individual del productor asilado es la fracción que ha suministrado de la jornada social de trabajo, su participación en ella. Recibe de la sociedad un certificado que acredita la cantidad de trabajo que ha suministrado (...), y retira de los almacenes sociales a la presentación de este certificado, una canti-

1. El mérito individual en las sociedades capitalistas

Un primer principio que en las sociedades capitalistas suele defendarse, es el del esmero personal. En este caso, se dirá que en una comunidad capitalista la libertad de acción de cada uno está asegurada y que, por lo tanto, cada persona tiene igual oportunidad para crecer y desarrollar sus propios ideales. Por lo tanto, quien mayor empeño ponga, mayores ventajas podrá obtener de la canasta de los bienes comunes.

Este principio parece mostrarse, muchas veces, como el punto de reposo de la discusión, ya que la idea de "a cada cual según su esfuerzo" resulta ampliamente válida en tanto el común de la ciudadanía. El mismo Marx, según veremos, apoya en primera instancia una idea como la citada.

De todos modos, obviamente, esta concepción se enfrenta con muchos reparos que, si bien no terminan por descalificarla, sí abren sobre la misma serios flancos de duda.

En primer lugar, resulta claro que no todos los individuos comienzan sus vidas des-



DE BENEDICTIS
GALERIA DE ARTE

ARENALES 1292
42 - 6958
1060 BUENOS AIRES

dad de objetos de consumo que representan igual trabajo".⁵

De este modo, tenemos que Marx rotó en la parte la mitad del esfuerzo personal en el trabajo, pero reajustado a críticas bastante estrictas.

Ahora, se ponía especial cuidado en el tratamiento de la gente con menores posibilidades de trabajar; desfavorecida en su dotación de recursos iniciales; o con menor capacidad para optar entre distintos fines. Y ello, no sólo constituyendo partidas especiales de recursos para cubrir tales déficits, sino, fundamentalmente, partiendo de una modalidad completamente diferente de organización: esto, a partir de la propiedad colectiva de los medios de producción.

Sin embargo, el mismo Marx era consciente de que aquellas pautas de distribución socialista consagraban, en la práctica, "un derecho desigual por trabajo desigual". Esto era así, por cierto, en la medida en que se admitía que una persona estaba autorizada a quedarse con una porción de bienes mayor, por el solo hecho de haber nacido con una mayor capacidad de resistencia física que otro; o con mayor agilidad mental, etcétera.

Dicha cuestión, que ya preocupaba a Marx, es retomada hoy por cierta vertiente de pensamiento igualitaria, que encuentra en John Rawls, seguramente, a su más conocido representante. Hacemos referencia a la cuestión que actualmente se conoce como "propiedad de los talentos". Es decir, hasta qué punto una persona puede obtener ventajas de las particulares capacidades físicas e intelectuales con las que nació dotado.

Este tipo de déficits, aun propios del socialismo, llevaron a Marx a dar un paso más, en la búsqueda por definir una política distributiva equitativa.

3. Las necesidades del comunismo

Así llegamos a la pauta distributiva comunista. Es conocida al respecto, la reflexión de Marx según la cual "cuando haya desaparecido la sumisión esclavizadora de los individuos a la división del trabajo, y con ella, por lo tanto, el antagonismo entre el trabajo intelectual y el trabajo manual; cuando el trabajo se convierta no solamente en medio de vida, sino en la primera condición de existencia; cuando al desarrollarse en todos sus aspectos los individuos, se desarrolle también las fuerzas productivas y fluyan con todo su caudal los manantiales de la riqueza colectiva, sólo entonces podrá rebalsarse totalmente el estrecho horizonte del derecho burgués y la sociedad podrá escribir en la bandera: 'De cada uno, según su capacidad, a cada uno según sus necesidades'".⁶

Este punto es el más alto de la concepción marxista sobre el comunismo, y es allí el encrucijado en el que se refina en su forma.

Ahora bien, al respecto corresponden algunas ideas de John Roemer,⁷ la única forma de aproximarse a este ideal es asegurando una igualación en cuanto a la propiedad inicial de recursos. Según Roemer, una vez igualados los individuos en sus propiedades iniciales se acaba la raíz de la explotación humana, con ella, la alienación y las preferencias individuales.

Sin embargo, la postura se objeta el hecho de que, por ejemplo, si un individuo recibe, a lo largo de su vida, beneficios extraordinariamente diferentes a los que reciben los demás (ya sea por circunstancias fortuitas, naturales, o cuales fuesen), los conflictos que se pretiendan superados aparecen como absolutamente irremediables. En efecto, las nuevas desigualdades abren las puertas a nuevas posibilidades explotativas y, de allí, a la generación de nuevas preferencias heterodoxas.⁸

Llegados a este punto aparecen, entonces, dos posibilidades alternativas: o consideramos que tal superabundancia económica es alcancable a través del trabajo cooperativo; o consideramos que ello no es así.

Si nuestra perspectiva es la optimista (o sea, va a alcanzarse una sociedad socialista

hiperproductiva), entonces queda poco por discutir.

Si nuestra perspectiva, en cambio, es algo más realista, deberemos admitir que, por diferentes razones (aun por boicot de las socalizadas capitalistas avanzadas), es difícil imaginar una sociedad cooperativa e hiperproductiva al mismo tiempo (a menos que aquella cuota de cooperación sea remplazada por una importante dosis de coerción). Llegados a este punto diremos, por lo tanto, que el principio de distribución comunista se fundamenta en una convicción, al menos, muy discutible. Deberemos entonces emprender la búsqueda de pautas distributivas adecuadas para una constante angustia de recursos.

4. Las elecciones autónomas en una sociedad igualitaria

Cuando lo que priman, así, son las humanas "circunstancias de justicia" (básicamente, según vimos, a partir de la permanencia de la escasez; de recursos como dato principal), se torna prioritario establecer las normas para dividir los bienes que le corresponden a unos y a otros. Marx, sin embargo, convencido de que se avanzaba hacia un estudio económico muy superior, descalificó tales normas, y habló del derecho, por caso como de "basura verbal", o "síndrome ideológico".⁹

Si nos resignamos a olvidar este tipo de razonamientos, podemos acercarnos a una enorme diversidad de concepciones igualitarias predisponentes a darnos algún tipo de respuestas a nuestras dudas. En todas ellas, podría encontrarse, antes que nada, una segura voluntad de evitar viejos errores.

Por lo tanto, teniendo presente el modo en que las elecciones de los más afectan y condicionan las elecciones de uno, problema al cual el liberalismo tradicional o el neconservadurismo noizickiano le rostan entidad.

Pero, otro lado, escapando de las tentaciones que acuchillan al marxismo, frente al problema real de la escasez de recursos, o la "debilidad" de las estructuras productivas no capitalistas. Esto es, la tentación de defender una política autoritaria, capaz de darle al comunismo la base de superabundancia económica que necesita, remplazando por la coerción la falta de incentivos existentes.

Veamos ahora, por separado, como se ha procurado avanzar frente a tales cuestiones:

* En cuanto a la primera cuestión, el tema es como asegurar a cada individuo una fuerte autonomía en sus decisiones.

Para algunos marxistas contemporáneos, tales como John Roemer,¹⁰ la única forma de aproximarse a este ideal es asegurando una igualación en cuanto a la propiedad inicial de recursos. Según Roemer, una vez igualados los individuos en sus propiedades iniciales se acaba la raíz de la explotación humana, con ella, la alienación y las preferencias individuales.

Sin embargo, la postura se objeta el hecho de que, por ejemplo, si un individuo recibe, a lo largo de su vida, beneficios extraordinariamente diferentes a los que reciben los demás (ya sea por circunstancias fortuitas, naturales, o cuales fuesen), los conflictos que se pretiendan superados aparecen como absolutamente irremediables. En efecto, las nuevas desigualdades abren las puertas a nuevas posibilidades explotativas y, de allí, a la generación de nuevas preferencias heterodoxas.¹¹

Por otro lado, aun resuelto este problema, quedarían pendientes algunas preguntas leales: ¿Cuándo puede decidir que una decisión es libre, o no condicionada? Habla de decisiones no condicionadas; ¿no implica hablar de individuos no sociales? ¿Hasta qué punto, entonces, podrá decirse que la influencia de los demás no quita carácter "genuino" a nuestras decisiones?

Según vemos, sobre este aspecto es todavía enorme el terreno por recorrer.

* En cuanto al tema de la escasez, por otra parte, tanto marxistas como liberales igualitarios deben resolver cuestiones como la de las llamadas "preferencias caras".¹² Parece en un ejemplo lo que queremos significar: se hace cargo del problema de los incentivos a la producción, que pareció siempre letal en las economías planificadas.

mas completo desarrollo "en tanto y en cuanto sirvan para mejorar la situación de los más desfavorecidos".

* Se hace cargo del problema de los incentivos a la producción, que pareció siempre letal en las economías planificadas.

5. La importancia que merecen estas pautas en nuestra sociedad

Ahora bien, ¿qué relevancia pueden tener para nosotros todas estas discusiones llevadas adelante por pensadores que, tal vez, ni siquiera conocían la existencia de nuestro país?

En primer lugar, estas discusiones sirven para llamarlos la atención acerca del problema de la distribución de los recursos. Un problema que los grupos de poder dominantes en nuestro país han sabido resolver, y respecto del cual el pensamiento más progresista se ha ocupado bastante poco. La razón de esta relativa despreocupación, no radica sólo en el constante acoyo que, históricamente, han recibido los núcleos de reflexión progresistas; sino también en una cierta desidia de estos hacia cuestiones que ven casi como obvias.

Pensando ahora en las pautas que serían aplicables a nuestro país, de entre las señaladas, podríamos decir que casi todas lo son. En primer lugar, la idea de que es necesario un contexto que asegure a cada uno la posibilidad de realizar opciones más o menos autónomas. Esto es, en donde no existan diferencias radicales entre el status social de diferentes individuos. O sea que, un primer principio distributivo como el rawlsiano, requiere de un marco de relativa igualdad.

Más aún, podríamos decir que existe un acuerdo prácticamente unánime en el sentido de que, una política distributiva igualitaria no puede aplicarse en un ambiente de profundas diferencias sociales. Básicamente, por los obstáculos que imponen los mejores ubicados sobre las pretensiones de los menos favorecidos.

Ahora bien, aun en nuestro derecho laboral, por ejemplo, se establecen ciertas garantías mínimas para el trabajador, indiferentes por cualquier contrato entre patrón y empleado, con lo cual se está otorgando un remedio ante una situación que se reconoce como desigual, desfavorable, y difícil de superar por otros medios. Lo mismo ocurre dentro del Código Civil, o en el Penal.

En todos los casos, se valoran sólo las acciones llevadas a cabo a través de la voluntad libre, y se rechaza las casos en que la voluntad de uno ha sido distorsionada o anulada por la voluntad de otro.

Por otra parte, se rechaza la imposición y el control de una actividad de un individuo sobre otro, y se quiere ser coherente con dicho principio, deben crearse tanto remedios como situaciones de competencia existentes. Puesto que no sólo existe una situación desigual que no sólo existe una situación desigual

* Dicho esto, no nos ocuparemos de determinar las razones a partir de las cuales Rawls fundimenta tales principios. Tampoco entramos a considerar las complejismas particularidades que ellos contienen. Sólo diremos, a grandes rasgos, que con tales principios Rawls procura dar cuenta de distintas cuestiones hasta ahora difíciles de compatibilizar y resolver. Por ejemplo:

* Escapa de las dificultades derivadas de un distribucionismo "objetivista" (que reduce a un espacio mínimo a la libre elección individual).

* Escapa de las dificultades derivadas de un distribucionismo "subjetivista" (como el problema de las necesidades caras; o la diferente intensidad de las preferencias).

* Coloca como tema central de una concepción de la justicia a la igualdad de oportunidades.

* Da respuesta al problema de la desigualdad inicial de talentos, proponiendo su

insólitos aún para cualquier sociedad capitalista avanzada. Para los desocupados, la alternativa tampoco puede ser la ilusión de trabajar sin protección social, ni apuros jubilatorios, ni indemnización por despido, por una corta fracción en cada año.

* La discusión debería centrarse en las garantías e igualdad de oportunidades básicas que han de corresponderle a cada individuo, por el sólo hecho de formar parte de la sociedad. El primer paso, entonces, habría de ser el de asegurar las bases mínimas de partida,

garantizándose a cada individuo su posibilidad de decidir libremente acerca de sus preferencias. O sea, sentando las precondiciones básicas que exige cualquier política distributiva democrática. Luego, y como cuestiones derivadas, correspondería a resolver la discusión acerca del papel que ha de otorgarse al esfuerzo individual; a los talentos con los que cada uno nace dotado o a los incentivos necesarios para una mayor producción.

Mientras tanto, se corre el riesgo de que el silencio asombrado de las mayorías sea convertido en consenso hacia políticas que sólo van a perjudicarlas.

Notas Bibliográficas

1. R. Nozick, *Anarquía, estado y utopía*, México, 1988, p. 231.
2. J. Rawls, *Crítica del programa de Gotha*, Bs. As., 1973, p. 38.
3. Op. cit., p. 30.
4. Op. cit., p. 33.

5. K. Marx, *Selected Writings*, Oxford, 1977, pp. 568-569.
6. J. Roemer, *Property relations vs. Surplus value in peasant exploitation*. *Philosophy and Public Affairs*, vol. 11, núm. 3, 1982.
7. P. Van París, "De la eficiencia a la libertad", *CLA* EH núm. 43, Montevideo.
8. T. Scanlon, "Preferences and urgency", *The Journal of Philosophy*, 1975, vol. LXXII núm. 19, p. 665.
9. G. Cohen, *On the currency of egalitarian justice*, Edimburgo, 1988, p. 99, Chicago.
10. R. Dworkin, *What is equality?*, *Philosophy and Public Affairs*, núm. 10, 1981.
11. J. Rawls, *Justicia como equidad*, Madrid, 1989.

La querella de José Bleger

Hugo Vezzetti

Psicoanálisis y cultura comunista

"Yo trabajo dentro del campo de la psicología y mi interés fundamental es, cada vez más, la investigación científica".

J. Bleger

"Ayuda al psicoanalista la Revolución? Esto te diré: pregunto a un marxista que cita a Mao".

Jorge Thénion

Hace treinta años la exclusión del psicoanalista José Bleger del Partido Comunista Argentino marcó emblemáticamente el fin de una relación siempre contradictoria entre psicoanálisis y marxismo. Este aniversario es la excusa oportuna para encontrarse con el texto de Bleger que le valió la excomunión, reeditado unos años atrás por Nueva Visión

A ún está por escribirse una historia de las complejas y cambiantes relaciones que en el campo intelectual y profesional argentino se dibujaron entre marxismo y psicoanálisis. Desde los treinta y por espacio de tres décadas, los gestores de algún encuentro entre Freud y Marx proveían de núcleos psiquiátricos ligados al PCA, pero sólo con la polémica desatada por *Psicoanálisis y dialéctica materialista* (Paidós, 1958; reeditado por Nueva Visión en 1988) el Partido, a través de su Comisión de Cultura, se involucró públicamente en una condena del intento, que concluyó, dos años después con la "separación" del dirigente.

En el marco explícito en el que está situada esa empresa remite a la obra de Georges Politzer y su proyecto —fallido— de construcción de una psicología concreta. Pero la doble significación de Politzer (*Filosofía y hombre de acción*, p. 30), es decir, científico y militante comunista, intelectual y héroe trágico de la resistencia antifascista, connotan de un modo conflictivo la relación de identificación y continuidad que Bleger procura establecer. Hay algo que Bleger no puede descubrir (y que la polémica vendrá a imponer de modo inevitable) como el problema mayor de ese rescate: cuando Politzer ocupa la crítica de la psicología no es todavía marxista, y cuando lo es, después de 1929, desde el comienzo de su militancia en el PC francés y hasta su muerte a manos de la ocupación nazi en 1940, rompe totalmente con su obra anterior y escribe algunos textos encamouflados antinazis.

LETRA INTERNACIONAL

NUMERO 18 (Verano 1990)

Victoria Camps: El derecho a la información y el deber de informar.

Vacío Havel: Historia de un enemigo público.
Timothy Garton Ash: Europa del Este: el año de la verdad.

Antonio Cascales: Europa en doce puentes.

Isidro Casales: La memoria de la subjetividad.

Paul Virilio: El arte del motor.

Soledad Murillo: Una propuesta a la alteridad.

Michel Maffesoli: La interusividad posmoderna.

Ana María Leyva: El sujeto fragmentado: una visión creatora.

Carmen Mataix: La alteridad de la ciencia.

George Steiner: Tocas a su fin la cultura del libro?

Rosa María Pereda: Para una sintaxis de la moda.

Paolo Fabbrini: El engranaje y el disenso como fenómeno social y estético.

Jorge Lozano: Entre imitación e innovación.

Lola Gayarrón: La profesión: en los novatos se recuperará el placer de vivir.

Elena Benachor: Pasión por la piel.

Pedro del Rincón: La creación como actitud vital.

Ma Jian: La mujer de azul.

Jorge G. Castañeda: La redefinición de los márgenes. *¿Hacia la «americanización» de América Latina?*

Enrique González Pedreiro: Reflexiones barrocas.

José Martí: El mayor misterio del siglo XX: el fracaso de Argentina como nación.

Bernardo Schiaveti: Poemas.

Matilde Gil: Inquisición y criptojudíos de América.

José Toribio Martínez: Hispanos en Estados Unidos.

Luis Antonio de Villena: Dos poemas inéditos.

Suscripción anual: 1.600 pts.

Forma de pago: Telón bancario o giro postal.

Redacción y Administración:
Monte Esquinza, 30. 28010 Madrid

psicológica. Para Bleger no basta la crítica a la ideología implicada en el discurso freudiano, un "psicoanálisis marxista" debe penetrar en el núcleo de la práctica investigativa psicoanalítica armado con el modelo del *Aufhebung* hegeliano, la negación que conserva el núcleo de lo negado bajo la forma de una nueva síntesis.

El marco explícito en el que está situada esa empresa remite a la obra de Georges Politzer y su proyecto —fallido— de construcción de una psicología concreta. Pero la doble significación de Politzer (*Filosofía y hombre de acción*, p. 30), es decir, científico y militante comunista, intelectual y héroe trágico de la resistencia antifascista, connotan de un modo conflictivo la relación de identificación y continuidad que Bleger procura establecer. Hay algo que Bleger no puede descubrir (y que la polémica vendrá a imponer de modo inevitable) como el problema mayor de ese rescate: cuando Politzer ocupa la crítica de la psicología no es todavía marxista, y cuando lo es, después de 1929, desde el comienzo de su militancia en el PC francés y hasta su muerte a manos de la ocupación nazi en 1940, rompe totalmente con su obra anterior y escribe algunos textos encamouflados antinazis.

Bleger apuesta a triunfar allí donde Politzer había fracasado dos veces, no sólo en la empresa teórica de construir la "nueva psicología" sino en el programa político de contribuir al avance del marxismo y la acción comunista. Pero la polémica se instala en Buenos Aires en un momento en que el debate ideológico en el área comunista tiene condiciones muy diferentes a las que tuvieron la trayectoria y el destino de Politzer. Desde la segunda posguerra instalada la "guerra fría" en el psicoanálisis y el debate entre el marxismo y el psicoanálisis se convierte en un debate más o menos despegado de la ortodoxia, como de hecho habrá sucedido hasta la cuarenta. Por una parte, el freudismo había quedado colocado del lado de las expresiones ideológicas del imperialismo norteamericano; en Francia, habían calificado al psicoanálisis de "ideología reaccionaria".¹² Al mismo tiempo, son los años en que el PCA se encierra en el plano cultural, en una ortodoxia estrecha y defensiva frente al movimiento de ideas que

empieza a renovar la cultura de izquierda.³ Como resultado de esa recepción asimétrica de Polízter, eran los textos pre-marxistas los que proporcionaban el sustento teórico a la empresa de Bleger, por más que buscara apropiarse del halo legítimo de su figura revolucionaria. Mientras tanto, los escritos polizterianos propiamente comunistas abordan los argumentos más terribles contra el proyecto y si no fueron más usados por los detractores del blegerismo —salvo J. Théon— fue porque no los conocían.

El Polízter comunista afirmaba el carácter idealista del psicoanálisis mediante un análisis que encontró su inspiración en *Materialismo y empiriocriticismo*. Así como Lenin había demandado el intento de aproximar el materialismo dialéctico a la filosofía positivista de Mach y Avenarius, Polízter rechazó toda aproximación posible de Freud y Marx, como una "falsificación" de base igualmente idealista. Argumentó contra el "energetismo" que subyacía a la teoría freudiana de la libido y sostiene que, más allá de proclamarse "determinista", la práctica del psicoanálisis no es materialista ni en los términos de las ciencias naturales —porque descuida el nivel biológico de su objeto— ni en los de la sociología, por cuanto desprecia la determinación económico-social. La supuesta dialéctica integrada en la teoría del conflicto no sería más que una baladí mitológica entre "entidades metafísicas". No menos importante es el modo en que Polízter rechaza cualquier intento de establecer entre psicoanálisis y marxismo una relación "complementaria": no hay "dominios" respectivos, ni integrables ni paralelos. Lo que señala anticipadamente es un campo lúdico ideológico que hace imposible afirmar simultáneamente la validez doctrinaria del marxismo y del psicoanálisis; es preciso optar, o se es marxista o se es freudiano.⁴

La memoria de Polízter queda, entonces, sujeta a la lucha por el sentido de su obra intelectual y vitalista. ¿Quién encierra mejor su ejemplo en la Argentina? ¿Quién encierra mejor su trayectoria? La mitad de los seguidores serán continuadores sin élan, quienes venía resarcida esa obra un cumplimiento póstumo que superaría la "romanticización" de su período stalinista? Pero Théon, que al igual que Polízter se dislocó críticamente del psicoanálisis cuando abrazó el marxismo, podrá igualmente aspirar a legitimarse en la filiación polizteriana.

3. La polémica suscitada por la obra de Bleger de 1958 comienza circunscripta al campo psiquiátrico de izquierda, a partir de un intercambio de artículos con César Cabral en los *Anales Argentinos de Medicina*⁵ y se extiende, casi inmediatamente, al ámbito del Partido. La Comisión de Cultura convoca una reunión especial para discutir el libro, presidida por Emilio Troise; además de Cabral y Bleger intervienen H. Agosti, J. Litzigson, A. Reggiani, J. Théon y el propio Troise, de acuerdo con la crónica publicada por *Cuadernos de Cultura*.

No es fácil desplegar los ejes diversos que se mezclaban en el debate, a veces definiendo núcleos posibles de discusión y otras superponiendo un diálogo de sordos. Ante todo, sepultando casi toda otra consideración, domina la *lucha ideológica* concebida como afirmación de una ortodoxia asociada a la primacía de la organización política y a los valores de la disciplina militante.⁶ Proyectada sobre un plano que se define como "filosófico", la *disputatio* enfrentaba partes opuestas (forma-contenido, mecanicismo-dialéctica, "ciencia total" — "campo operacional") que remitían sin remedio al cliché mayor: el "enfrentamiento" entre materialismo e idealismo. Bleger mismo se abandona a ese ejercicio escatológico buscando legitimar su proyecto en los términos



de la vulgata leninista. La interminable discusión acerca de si las "leyes" de la dialéctica establecen, en todos los casos, que en la contradicción entre la forma (la praxis, para Bleger) y el contenido (las teorías), es este último el que prevalece, ilustra el tipo de discusión "filosófica" que era posible en esa situación. En todo caso, es fácil advertir la distancia entre ese ejercicio ritualizado y el movimiento de acelerada modernización que se iniciaba contemporáneamente en el campo intelectual, particularmente en la izquierda.

Otros ejes de debate hubieran podido, en todo caso, impulsar una polémica de mayor alcance, pero quedaron expuestos en el marco global de esa confrontación. Por ejemplo, la posición misma desde la cual sostener una crítica marxista del psicoanálisis. Mientras Bleger procuraba distinguir entre la crítica ideológica y la clínica/diagnóstica del psicoanálisis, el contragolpe ortodoxo reclamaba que pudiera separarse al freudismo de la realidad social y las condiciones ideológicas en las que había nacido. Pero entonces, si no hay autonomía posible de un saber psicoanalítico, si el "irracionalismo" freudiano rechaza la realidad del capitalismo en un período de descomposición, el único abordaje es decomposición, como un fenómeno histórico, explicable por la dinámica de la vida social. Tal había sido uno de los pivotes de la crítica de Polízter, retomado por Théon en un artículo a la muerte de Freud, veinte años atrás.⁷

Los argumentos no eran novedosos, salvo porque, encarnados en Bleger y su libro, el enemigo estalló al mismo tiempo y por el hecho de que el Partido consideraba que ese proyecto cultural y científico era una expresión de presidencia, potencialmente fracturista en el terreno de la organización. En efecto, Bleger fue "separado", por decisión de la dirección del Partido, en 1961, con un pretexto fútil.

4. Ahora bien, si se atiende a núcleos visibles en el debate, que involucraban perspectivas posibles de análisis e investigación en ese espacio interconectado, desde entonces, de la psiquiatría y el psicoanálisis, es claro que el proyecto blegeriano no incursionaba en un espacio vacío. Un primer ámbito de debate abrió el portal posible del psicoanálisis en la reforma del dispositivo. La salud mental se habría abierto desde la caída del peronismo. Algunos comunistas —Cabral entre ellos— intervino activamente en un movimiento que impulsó la reforma de las instituciones

intelectuales que ocurrían en la izquierda. Luego, en los prólogos que escribe para la edición argentina de Polízter,⁸ asume explícitamente categorías de la "razón dialéctica" —sartreana, pero para entonces es evidente que la "dialéctica materialista" ya no ocupa el lugar central que le había adjudicado en su proyecto. Más adelante, cuando se inicia el ciclo de la demolición del blegerismo por parte de quienes habían sido sus alumnos, entre 1969 y 1971, ninguno de sus críticos consideró necesario referirse a *Psicoanálisis y dialéctica materialista* para indicar que quedaba de aquel proyecto en esa obra posterior —la *Psicología de la conducta* y los trabajos sobre psicología institucional— que venían a impugnar.

Polytzerianos tardío, Bleger vivió a despecho de las nuevas ideas y permaneció más bien aislado de la connoción que recorrió la izquierda en los setenta. Fenomenólogo en medio de la moda estructuralista y defensor de la continuidad institucional de la Asociación Psicoanalítica Argentina en 1971, cuando se produjo la ruidosa ruptura por parte de los psicoanalistas de izquierda, su trayectoria, perdida y sepultada para los tiempos que corren, merece ser recuperada en una historia crítica de las ilusiones y las *impasses* de ese matrimonio imposible de Marx y Freud en la Argentina.

Perón no fue deseable posible (entre psicoterapia y psiquiatría social en la reforma institucional) el único que se frustó apenas planteado. Porque la aspiración de una "nueva psicología" que Bleger proclamaba no era nueva en la izquierda psiquiátrica argentina. Así contemporáneamente Jorge Théon impulsó la creación de una "psicología dialéctica" de base reflexológica, según las orientaciones predominantes en la URSS.⁹ De modo que, desde bastantes antes del libro de Bleger, estaba plantear una pugna entre Pavlov y Freud como inspiradores de esa renovación de la psicología a la que todos coincidían y que encontraba plena justificación en el apetito creador de la disciplina desde la muerte de Aníbal Ponce. En todo caso, Bleger vino a reabrir en ese punto un debate que parecía ya cerrado para los psiquiatras formados en la cultura comunista.

5. Como sea, la polémica no se extiende más allá de ese fin de década si excede el espacio reducido e interestituído por la red política e intelectual del PC en momentos en que el otro sector se inclinó suavemente hacia otra influencia: el "poderío" de Hugo Cabral. El debate abarcó el psicoanálisis y materialismo dialéctico. *Artes Arg. de Medicina*, IV, N°29, abril-sept. 1959; J. Bleger, "Crítica de la crítica a Psicología y Dialéctica Materialista" y C. Cabral, "Algún más sobre materialismo dialéctico y psicoanálisis", en la misma revista, IV, N° 4, oct. 1959.

6. "El dinamismo 'autestimular'" es tomado por Bleger de H. Lefèvre, *Le materialisme dialectique*, París, PUF, 1957. Recién después de su separación del PCA se referirá al período "stalinista" de Polízter, de paso, a "ellos" y a "nosotros" y a "sus ex-compañeros".

7. César Augusto Cabral, "Cuestiones psicoanalíticas y materialismo dialéctico", *Artes Arg. de Medicina*, IV, N°29, abril-sept. 1959; J. Bleger, "Crítica de la crítica a Psicología y Dialéctica Materialista" y C. Cabral, "Algún más sobre materialismo dialéctico y psicoanálisis", en la misma revista, IV, N° 4, oct. 1959.

8. "El debate 'Sigmund Freud' en la Facultad de Ciencias Médicas del Centro de Estudios de Medicina", III, 1959. Recopilado en II. Vezzosi, *Freud en Buenos Aires, 1910-1930*, Bs. As., Pintor, 1980. Y en respuesta a la tesis de las palabras de Víctorio Codoville: "¿que él algunas puede imaginar, por ejemplo, que el camarada Jorge Théon —de aquelladas mentes científicas— hubiese podido desearlo?"

9. Jorge Théon, "Psicología dialéctica", *Revista de la Universidad de Buenos Aires*, 1965. "En la historia de la psicología argentina, el 'marxismo' (que es lo que se dice) —si no estuviese limitado con la teoría científica del marxismo leninismo? Esclaro que No" (en V. Gorcharov, *El camarada Víctorio*, Moscú, 1980, pp. 247-148).

10. J. Polízter, "Psicología concreta", Bs. As., Jorge Alvarez, 1966; *Criticas de los fundamentos de la psicología*; el psicoanalista J. Alvarez, 1966 y *El fin de la Psicología concreta* citado.

PUNTO DE VISTA

Diciembre de 1990

Nº 39

Consejo de dirección: Carlos Allamano, José Aricó, María Teresa Gramuglio, Juan Carlos Portentiero, Hilda Sabato, Beatriz Sarlo, Hugo Vezzetti. Director: Beatriz Sarlo. **CONTENIDO:** Menem, Beutri, Sarlo / Genealogía de la novela. María Teresa Gramuglio / El aire (fragmento de novela). Sergio Chejfec / Réquiem para el puerto: el pensamiento urbano y las transformaciones de la ciudad. G. Silvestri y A. Gorélik / Traducir a Freud en Buenos Aires, Hugo Vezzetti / Los «Anales» en la historia literaria argentina de la década del 60. Juan Carlos Korol / La historia cultural redefinida: práctica, representaciones, apropiaciones. Roger Chartier. **SUSCRIPCIONES:** Vía superficie: 25 dólares (6 números). Vía aérea: 30 dólares. Punto de Vista recibe su correspondencia, giros y cheques a nombre de Beatriz Sarlo, Casilla de Correo 39, Sucursal 49, Buenos Aires, Argentina. Teléfono: 953-1581.

Novelas argentinas del '90

Antonio Marimón

La sociedad no deja de escribirse

Quisiera, en principio, invitar a la lectura de estas tres citas, ubicadas con deliberación de manera contigua: "«El, Pablo, niño, un niño que vivía en una casa de Belgrano y dormía en la misma habitación de su padre, El Pablo, un niño que abandonaba esa habitación, un niño de diez años atravesaba el pasillo oscuro (...)», él, Pablo, niño, un niño que abría temerosamente la puerta" (José Pablo Feinmann, *La astucia de la razón*, Alfaguara); "«el noveno y siey por ciento de los portadores de ojos de desvarío pasaba por el gabinete del doctor Kaleswski ojo de desvarío» (Alan Pauls, *El colegio secreto*); "«Considerar el sanguiño ríos régimen de Bertrand sólo como cierta sorpresa y solapada, pero también y salvajemente consolidadora (...)», desvariación directamente natural o de algún modo en alguna medida desde cierto punto de vista natural — con una naturaleza propia de los procesos compulsores — del espíritu nacional alemán — él caía en tanto orden y nacionalismo alemán conjugados, dolo como resultado aquella estremenda manifestación de orden alemán y espíritu nacional alemán que fue el régimen político nazi-alemán — fue (...) una tontería" (Sergio Chejfec, *Lenta biografía*, PuntoSur).

Sobre estos pasajes véase José Aricó, *La casa del diablo*, Bs. As., 1988; y el ensayo de Sergio Polízter, "Psicoanálisis y marxismo. Un falso contrarocepción al 'Freude-marxismo'" (1993) y "El fin del psicoanálisis" (1993), en G. Polízter, *El fin de la psicología concreta*, Bs. As., Jorge Alvarez, 1993.

11. El término "autestimular" es tomado por Bleger de H. Lefèvre, *Le materialisme dialectique*, París, PUF, 1957. Recién después de su separación del PCA se referirá al período "stalinista" de Polízter, de paso, a "ellos" y a "nosotros" y a "sus ex-compañeros".

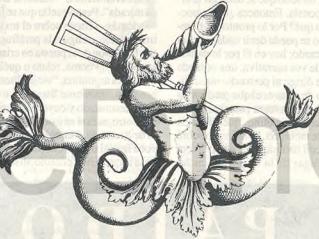
12. César Augusto Cabral, "Cuestiones psicoanalíticas y materialismo dialéctico", *Artes Arg. de Medicina*, IV, N°29, abril-sept. 1959; J. Bleger, "Crítica de la crítica a Psicología y Dialéctica Materialista" y C. Cabral, "Algún más sobre materialismo dialéctico y psicoanálisis", en la misma revista, IV, N° 4, oct. 1959.

13. "El debate 'Sigmund Freud' en la Facultad de Ciencias Médicas del Centro de Estudios de Medicina", III, 1959. Recopilado en II. Vezzosi, *Freud en Buenos Aires, 1910-1930*, Bs. As., Pintor, 1980.

14. Jorge Théon, "Psicología dialéctica", *Revista de la Universidad de Buenos Aires*, 1965. "En la historia de la psicología argentina, el 'marxismo' (que es lo que se dice) —si no estuviese limitado con la teoría científica del marxismo leninismo? Esclaro que No" (en V. Gorcharov, *El camarada Víctorio*, Moscú, 1980, pp. 247-148).

15. J. Polízter, "Psicología concreta", Bs. As., Jorge Alvarez, 1966; *Criticas de los fundamentos de la psicología*; el psicoanalista J. Alvarez, 1966 y *El fin de la Psicología concreta* citado.

El año que pasó fue pródigo en lo que a literatura se refiere, aún en el marco de una tan profunda como prolongada crisis editorial. Los textos publicados recorren, en muchos casos, senderos y influencias comunes, en tanto que otros se desarrollan en el límite de estilos y difundidos. En su conjunto permiten confirmar el diagnóstico de buena salud para la narrativa argentina actual.



16. Aquellos años, al peronismo, o mejor dicho al "peronismo revolucionario"; o sea, todos motivos del Vanguardismo político y cultural de la época. El otro carre es la enfermedad: la "neurosis obsesiva grave" y un cáncer de testículos y las tormentosas, paramónicas relaciones entre terapeutas y enfermos: situaciones que también constituyen al narrador. Así, tanto desde los síntomas ferocemente agobiados y en conflicto con lo "real", como desde la cuestión de las ideas, de las traducciones de la filosofía alemana y de la historia contemporánea, se ven ángulos que facilitan la estructura circular de la prosa — sobre la contingencia con Bernhard —, sobre todo en el modo narrativo de la repetición abrigada y rítmica de los períodos. Repetición que va elaborando y con simultaneidad difiriendo lénitamente el relato, a la vez que se interna en una fórmula brutalista —sin artificio o variante alguna, como Faulkner, como Beckett— del narrador para designar las atribuciones en los diálogos, o en las intervenciones de los distintos personajes. Así pues, quizás podría enfocarse un abordamiento de la narrativa que hoy se escribe en la Argentina en tanto proximidad o distancia con respecto a la densidad de esos modos, o de los modos alternativos, que no sólo se encuentran en los ejemplos observados sino también en otros, detalle que asimismo vale casi como un misterio o curiosidad regional. Pero, desde luego, ese abordaje sería antes que nada una lilitación. Digamos que en la novela de Feinmann, *La astucia de la razón*, hay dos vertientes principales. Una de ellas consiste en un debate intelectual, fuerte que a lo largo de la obra se despliega, repitiendo a este juego de versiones y solamente a él, bajo su retención constante. Sin embargo, leído globalmente dentro de esa persistencia, creo que *El coloquio roto* nos pone el debate que se despliega, sin duda, en derredor de las grandes corrientes de pensamiento que influyeron sobre los actos de entonces, y que mixitura a Hegel, Marx, Heidegger y, como difícilmente pudiera omitirse en la Argentina de

17. La impronta bernardiana, en cambio, es da la novela *Lenta biografía*, de Sergio Chejfec, a la manzana de una inestrucción. Ante todo, esta narración se despliega, si se quiere, como un diálogo del narrador con el pasado de su padre judio, como una sustitución y una investigación de cierto relato temporal que nunca existió con claridad y que se materializaba a través del habla de aquel parente con una particular economía, "on forma de oleadas intermitentes, parcialmente veladas y casi totalmente encubiertas". Así, creándose en diálogo y mimetismo con este valioso, el cual comprende "ese espacio oscuro de donde provino y provenía" dicha inmigrante judío, escapado del holocausto nazi, cuyos progenitores y hermanos "terminaron murriendo asesinados", toma carácter en las páginas de la trama de Chejfec. Lo singular, empero, reside en que tal voz narrativa actúa delineándose a la misma pero, en realidad, para casi no definir ningún sujeto o acontecimiento, sino lo contrario. Es un narrador que opera mediante períodos largos y en tanto su voz se detiene, antes que a actores o individuos, en impresiones morosamente enunciadas. Para ello, los recuerdos "son como vapores que se condensan", y los sentimientos "son aguafuertes"; para ella, "No somos más que un conjunto de desventuras con las que nos constituye"; "Todas las palabras y todos nosotros poseemos una relatividad duplicitaria que nos constituye y al mismo tiempo nos desbasta con lentitud; desde nos originarios hacia senos originarios". Dentro de esa impresión que se derama gato a gato, párrafo a párrafo, se nota algo suceder: la evocación de la figura paterna y los vínculos con ésta; las reuniones dominicanas, la fiesta de la Purimá, la Purimá de Buenos Aires para leer volviéndose la literatura; y finalmente, creo que si algo esencial revela el fenómeno, junto con muchos otros, es la voluntad, el deseo y las búsquedas de los escritores más interesantes en favor de un trabajo experimental, careciente de ingenierías representativas y demasiado opuesto al formalismo soñado hasta la hiperculturalidad. Pero si se trata de un relato experimental, nadie podrá negar tampoco que existe una apertura a lo que el autor de *El coloquio* tituló "el espacio obscuro de donde provino y provenía" dicha inmigrante judío, escapado del holocausto nazi. Conducido por el relato de la madre de Bernhard, en cambio, el relato se va extendiendo primero de manera tradicional y luego como un juego de sustitución de voces narrativas: la de la Perla de Lubavitch es remplazada por Li Chi, después por McCormick, después por el capitán Zoars, etcétera. Así, aunque con ese juego hay otro riesgo y más difícil de definir, que consiste en un fuerte trabajo metafórico con las descripciones. La apuesta de Guebel de realizar una narración sobre lo exótico o sobre el Oriente transita un espacio poco común pero también ya abordado, desde Laiseca a Borges, Mujica Láinez, Laiseca; por fin, una apuesta clara a la

ficción. En el trabajo con las descripciones dicho propósito se refuerza a partir de un procedimiento metafísico que busca descomponer la materia, ya fuere mínima o enorme, por intermedio en general de la luz, o de muchos, sumisos y eficaces efectos con la luz o el color, sin embargo, no para así tal fuerza poética, porque al énfasis de sensaciones lumínicas o colorísticas, por así decirlo, se agregan la suma y la confusión de sensaciones: "Ojos eran las orejas... y orificios nasales cada pupila", al punto de evocar el texto continuo lugares "de eterna evanescencia (...) pródigos en música y en formas". El dato experimental que se halla ahí y tanto en el modelo que va de Conrad a Salgari, vale decir, en reescribir, ahora, con otros desplazamientos, un clima de sensaciones que estaba en los "taros", los convocadores "descendentes" del tema oriental y el modernismo, Empero, la espléndidez tiene algunos límites: pese a que no lo anuncia hay en la novela una división en dos partes: la primera, el relato de la Perla de Lubán, y la segunda en tercera persona, corriendo en su ritmo, tono y ejecución que a mí júcio no la favorece, donde los materiales de diseño de alcanzar el vigor poético previo.

En las antípodas de dicha experiencia, y de cualquiera de las ya mencionadas, se habrá de leer mientras tanto un libro tan notable, aun contradictorio, como *El círculo interior* (Catálogos), de Miguel Espino, quien antes publicara en México —donde residió varios años— volúmenes de poemas y ensayos. Igualmente parece difícil quitarle a este trabajo, como a todos los anteriores, su impronta experimental. No obstante, lo más interesante es que Espino de ninguna manera se propuso escribir una novela, y ni siquiera podría asegurarse con total certeza que quisiera hacer un relato, sino, antes bien, como se afirma durante la segunda parte de este libro, "una vibración que se transmuta en música, formular una idea que no era una idea y que no podía ser expresada más que en un lenguaje que estuviese a mitad de camino del pensamiento y la poesía". *El círculo interior* si tiene dos partes perfectamente marcadas, tal cual vemos y es en la primera donde se encuentran sus momentos claves: un narrador sigue, como el lector de una cámara, a su personaje, y siempre seguirá a este único y solitario personaje; pero, específicamente, aquello que a dicho narrador le importa reside en un "opaco objetivo: la inspiración del cuerpo". Y vale recordar que el cuerpo participó de esta narración es violentamente material: "Los ojos entornados, la boca pastosa, el espeso sudor cubriéndolo con un manto profano"; "El (...) no era nadie más que su cuerpo y su cuerpo que era una sombra por racer"; "Ileno de sudor y de historias viejas como la muerte". Especialmente iluminado C., el día de su cumpleaños se dirige al espíritu, se emborracha, danza frente a su imagen reflejada, se masturba, vomita agua, caiga con todos sus propios excrementos, se lava el rostro con madre; para seguir tales aciertos con mucha ironía, fenomenística y puras instantes hasta levemente irónicas, las operaciones del estómago están lejos de ser sencillas: hay, claro, una narración en tercera persona, troquelada segmento por segmento y además atravesada por instancias más generales del pensamiento que cabe denominar metafísicas: "Los ojos eran agujeros por los cuales el hombre dialogaba con el cosmos". Así, en sus mejores páginas, el texto de Espino se inscribe en la poética del texto límita, allí donde abrevian y se añade a algunas de las mayores poéticas contemporáneas, proponiendo, sin proponer nada específico, un roce y circulación plural de formas y de géneros: el poema, el relato, el ensayo, la paráfrasis —en esta ocasión un poco enfática—, no cristalizándose en ninguno y llevándose a cabo con una mezcla de violencia y armonía. Si ello no se desarrolla en todo el libro, y ocurre sólo en esa estupenda *novelle* que es la parte ini-

cial, se debe, acaso, a que la demanda de continguidad con lo sagrado, el énfasis metafísico, que al comienzo se integran para potenciar la narración, luego irán ganando espacios hipérboicos hasta convertirse en una causa de entropía.

Sostiene el crítico y poeta Eduardo Milán, en mi opinión acertadamente, que "la crítica literaria consiste en poner en crisis un texto. Poner en crisis —agrega Milán—, ha de saltar sus mecanismos constitutivos" (*El Nacional*, México, 18 de enero de 1991). Sin embargo, como no recordar a la vez aquellas formidables admisiones de Artaud en *Para terminar con el juicio de Dios*: "yo Antonin Artaud, mujo, muy mientras usetedes, críticos, pasan mi límite". En una palabra, y para ser más claro, lo que desearía tener de relevé es que existen textos de una u otra manera impermeables o expulsores de los metalingüajes, duros como el diamante o el cristal de roca, y que en buena medida esa dureza suele ser, por lo general, una mensura o una especie de extraño control de calidad. Tal dureza me parece ver con más rigor que en ningún otro ejemplo previo, y que en ninguno de los relatos publicados en Buenos Aires durante 1990 —un año, para estos tiempos— crisis, relativamente rico en publicaciones—, en el pequeño libro de Carlos Riccardo titulado *Méjico City*, y que por paradoja fuera editado por Último Reino, un sello que se dedica a la difusión de poesía. Entonces ¿es un poema, un relato? O por lo pronto, ¿y este es irreducible, obliga a la paráfrasis, se resiste a la tensión de la puesta en crisis que plantea Milán, "Poema, relato o qué?" "Nueva" literatura argentina, "vieja" literatura y, sobre todo, realmente literatura u objeto textual descentrado y cuyo desconocimiento es su centro. Pero aquello que se formula son—además— frases sobre el texto, y éste es irreducible, la desdrezta, la morosa construcción de un estilo, la ficción exótica de cara a lo espléndido, y la apertura de los textos límite; el juego de poéticas no podrá ser más diverso, como, al mismo tiempo, más rico. Si a esto recordamos que hoy trabajan en la Argentina, entre varias escrituras y escritores tenazmente expectables, Piglia, Aria, Gue, Amorim, Oviedo —caso típico de escritor secreto—, Juan Carlos Martínez —autor de un libro tan formidable como poco mencionado, *La vida entera*—, Carlos Dámaso Martínez, Matilde Sánchez, Gloria Pampillo, Tunura Mercado, Libertella y muchos otros, y desde luego, que en París está Juan José Saer, bien cabe concluir que la narrativa de la región goza de salud evidente. Lo contradictorio será, entonces, en que si por una parte no faltan autores y sin duda, pese a la crisis, la sociedad no deja de escribirse, la situación global de la economía ha colocado a la industria editora de Buenos Aires en el peor momento de su historia, a la vez que la combinación de herencias represivas, encierros culturales y carencia de dinero ha diezmado, como nunca antes, un aforado mercado lector fuerte y autónomo. Una segunda contradicción creó que reside entre aquella vital pluralidad de poéticas y ciertas conductas de mezquindad y canibalismo que se observan, no sin asombro, dentro de la tribu literaria de la capital argentina. Es de suponer que ello se vincula con las dificultades y la asfixia de espacios que surgen en la crisis; pero funcionalmente, al clásico egoísmo de los escritores se unen algunas ideologías curiosas. Por ejemplo, la idea de la actividad simbólica como antagonismo vale que sea rasurada no sólo en Boulleau, sino en los narradores que siguen la tradición de la narrativa política de los '50; cosa que se une, en las nuevas generaciones, con un deseo de ocupación de lugares muy similar al pragmatismo que empleaban con esos fines los dirigentes de la llamada Coordinadora, ala joven del gobierno de Raúl Alfonsín y responsable de muchos de sus errores. El mayor peligro que uno puede apreciar no son las enciñas o rabietas, ni las batallas simbólicas ante un mercado inaccessible casi para todos, sino el que, entre escritores, se erosiona la ética de leer.

Según lo declara el propio autor, el argumento del *Ciudadanos* se centra en el análisis de las transformaciones de las élites fundamentales: "el análisis de las primeras lugares, se afirma que la mayor preyección e influencia tuvieron en los siglos siguientes. El fracaso de los más ambiciosos emprendimientos políticos del siglo XX, que, hi-

mites e interrogan el trabajo de escribir en zonas de límite, no de desnudez de articulación de ficciones; incluyendo tales rasgos y agujeros que abría algo más. Texto límite sería el que existe entre los géneros, entre las formas y los modos verbales, que los circula en desplazamiento y reagrupamiento por fragmentaciones, así tales trozos sean apenas líneas, como las líneas de un poema de Pound, o sean bloques compactos de cosa que no suan definir textos de la escisión y la experiencia literaria —que proponen la lectura como experiencia—, y que sin dejar de ser escritura, precisamente por su carácter en términos radicales el trabajo de la escritura, deslizan como alimatas algún tipo de plus en las páginas. Dicho plus, dioses pseudópicos lanzados a oídos espíitu y que son herencia del gesto desplazado de la vanguardia, a mí me interesan. Para los lectores mexicanos, cabe señalar que el título del libro de Ricardo, *Méjico City*, vale como un punto de violencia referencial que, salvo una alusión al Circuito Interior visto desde una ventana, juega como otra metáfora y como información indirecta de que su autor asimismo vivió en México, entre 1979-82.

Esto arribando al telón del presente corpus, que, como es habitual, tiene una doble de antología y otra dosis de elementos circunstanciales, puesto que no he leído todas las novelas editadas en Buenos Aires en 1990, y de las que leo, como es obvio, éstas fueron las abordadas. El debate intelectual y los síntomas con el marco de la historia reciente, la desdrezta, la morosa construcción de un estilo, la ficción exótica de cara a lo espléndido, y la apertura de los textos límite; el juego de poéticas no podrá ser más diverso, como, al mismo tiempo, más rico. Si a esto recordamos que hoy trabajan en la Argentina, entre varias escrituras y escritores tenazmente expectables, Piglia, Aria, Gue, Amorim, Oviedo —caso típico de escritor secreto—, Juan Carlos Martínez —autor de un libro tan formidable como poco mencionado, *La vida entera*—, Carlos Dámaso Martínez, Matilde Sánchez, Gloria Pampillo, Tunura Mercado, Libertella y muchos otros, y desde luego, que en París está Juan José Saer, bien cabe concluir que la narrativa de la región goza de salud evidente. Lo contradictorio será, entonces, en que si por una parte no faltan autores y sin duda, pese a la crisis, la sociedad no deja de escribirse, la situación global de la economía ha colocado a la industria editora de Buenos Aires en el peor momento de su historia, a la vez que la combinación de herencias represivas, encierros culturales y carencia de dinero ha diezmado, como nunca antes, un aforado mercado lector fuerte y autónomo. Una segunda contradicción creó que reside entre aquella vital pluralidad de poéticas y ciertas conductas de mezquindad y canibalismo que se observan, no sin asombro, dentro de la tribu literaria de la capital argentina. Es de suponer que ello se vincula con las dificultades y la asfixia de espacios que surgen en la crisis; pero funcionalmente, al clásico egoísmo de los escritores se unen algunas ideologías curiosas. Por ejemplo, la idea de la actividad simbólica como antagonismo vale que sea rasurada no sólo en Boulleau, sino en los narradores que siguen la tradición de la narrativa política de los '50; cosa que se une, en las nuevas generaciones, con un deseo de ocupación de lugares muy similar al pragmatismo que empleaban con esos fines los dirigentes de la llamada Coordinadora, ala joven del gobierno de Raúl Alfonsín y responsable de muchos de sus errores. El mayor peligro que uno puede apreciar no son las enciñas o rabietas, ni las batallas simbólicas ante un mercado inaccessible casi para todos, sino el que, entre escritores, se erosiona la ética de leer.

Según lo declara el propio autor, el argumento del *Ciudadanos* se centra en el análisis de las transformaciones de las élites fundamentales: "el análisis de las primeras lugares, se afirma que la mayor preyección e influencia tuvieron en los siglos siguientes. El fracaso de los más ambiciosos emprendimientos políticos del siglo XX, que, hi-

tos en 1789, llevaron también el nombre de 'revolución' ha desplazado la búsqueda de los historiadores en pos del error de la Revolución Francesa, que generó las tragedias contemporáneas. El trabajo de Schama cobra su impulso en el intento de resolver estos problemas. Es entonces que su autor busca singularizar una posición en la discusión contemporánea radicalizando la tesis de Tocqueville.

En este sentido, las ideas más importantes son las de continuidad entre el momento anterior a la caída de la monarquía y el efervescente período que lo sucede. De acuerdo con Tocqueville un continuo proceso de "igualación de condiciones" se habría registrado en ambos momentos y la caída del régimen no significó la interrupción de ese proceso. La tesis de Tocqueville es que el régimen republicano centralizó la autoridad de los poderes estatales y, sin embargo, no logró desligar la autoridad de los poderes locales. La tesis de Schama es que la continuidad entre el régimen anterior y el posterior se basa en la permanencia de la autoridad de los poderes locales. La tesis de Schama es que la continuidad entre el régimen anterior y el posterior se basa en la permanencia de la autoridad de los poderes locales.

La celebración del bicentenario de la caída de la Bastilla ocañó la recodificación de los acuerdos y debates que desde el mismo estallido de la revolución se vienen desarrollando buscando establecer su significado, para la historia de Francia y de la de los países europeos. La avidez de lectores y la multiplicidad de la circulación de textos que, en otras ocasiones, fácilmente desbordan los límites de los circuitos académicos universitarios. Uno de estos textos es *Ciudadanos*, una crónica de la Revolución Francesa escrita por Simon Schama, historiador de la Universidad de Cambridge. La referencia a este libro se justifica en tanto en el pueden hallarse los temas y las posiciones que más frecuentes en el pensamiento contemporáneo, cuál es la preocupación por sostener y preservar los espacios de libertad individual frente al juicio sobre la revolución fueron formulados mucho tiempo atrás (la memoria de Schama es que el régimen anterior a la caída de la Bastilla se basó en la controversia Burke-Brown, los acentos y matizaciones empleados por el autor en la construcción del relato histórico revelan la preocupación por elucidar interrogantes propios de nuestra época).

Según lo declara el propio autor, el argumento del *Ciudadanos* se centra en el análisis de las transformaciones de las élites fundamentales: "el análisis de las primeras lugares, se afirma que la mayor preyección e influencia tuvieron en los siglos siguientes. El fracaso de los más ambiciosos emprendimientos políticos del siglo XX, que, hi-

tos en 1789, llevaron también el nombre de 'revolución' ha desplazado la búsqueda de los historiadores en pos del error de la Revolución Francesa, que generó las tragedias contemporáneas. El trabajo de Schama cobra su impulso en el intento de resolver estos problemas. Es entonces que su autor busca singularizar una posición en la discusión contemporánea radicalizando la tesis de Tocqueville.

En este sentido, las ideas más importantes son las de continuidad entre el momento anterior a la caída de la monarquía y el efervescente período que lo sucede. De acuerdo con Tocqueville un continuo proceso de "igualación de condiciones" se habría registrado en ambos momentos y la caída del régimen no significó la interrupción de ese proceso. La tesis de Tocqueville es que el régimen republicano centralizó la autoridad de los poderes estatales y, sin embargo, no logró desligar la autoridad de los poderes locales. La tesis de Schama es que la continuidad entre el régimen anterior y el posterior se basa en la permanencia de la autoridad de los poderes locales.

La tesis de Schama es que la continuidad entre el régimen anterior y el posterior se basa en la permanencia de la autoridad de los poderes locales. La tesis de Schama es que la continuidad entre el régimen anterior y el posterior se basa en la permanencia de la autoridad de los poderes locales.

PAIDOS

PENSAMIENTO CONTEMPORANEO

- G. Colli: El libro de nuestra crisis
- J. Rawls: Sobre las libertades
- G. Vattimo: La sociedad transparente
- R. Rorty: El giro lingüístico

COMUNICACION

- T. van Dijk: La noticia como discurso
- K. Krippendorff: Metodología y análisis de contenido
- R. Barthes: La cámara lúcida
- J. Aumont y M. Marle: Análisis del film

STUDIO BASICA

- P. Bourdieu: La ontología política de Martin Heidegger

PSICOLOGIA PROFUNDA

- I. Berenstein y otros: Familia e inconsciente
- D.W Winnicott: Deprivación y delincuencia

GRUPOS E INSTITUCIONES

- A. Schlemenson: La perspectiva ética en el análisis organizacional

TESTIMONIOS

- J. Torres García: Historia de mi vida
- P. Grosskurth: Melanie Klein. Su vida y su obra

1. Todas las novelas citadas en este artículo fueron editadas durante el año 1990, en Buenos Aires.

Libros

Doscientos años después

Simon Schama

Ciudadanos. Crónica de la Revolución Francesa
Javier Vergara Editor, Buenos Aires, 1990

George Steiner

Ciudadanos, en Nexas, núm. 138, México, 1989

François Furet

Pensar la Revolución Francesa
Ediciones Petrel, Madrid, 1980

Hanna Arendt

Sobre la revolución
Revista de Occidente, Madrid, 1967 (reeditado por Alianza Editorial, Madrid, 1989)

La celebración del bicentenario

de la caída de la Bastilla ocañó la recodificación de los acuerdos y debates que desde el mismo estallido de la revolución se vienen desarrollando buscando establecer su significado, para la historia de Francia y de la de los países europeos. La avidez de lectores y la multiplicidad de la circulación de textos que, en otras ocasiones, fácilmente desbordan los límites de los circuitos académicos universitarios. Uno de estos textos es *Ciudadanos*, una crónica de la Revolución Francesa escrita por Simon Schama, historiador de la Universidad de Cambridge.

La referencia a este libro se basa en la tesis de Schama de que la continuidad entre el régimen anterior y el posterior se basa en la permanencia de la autoridad de los poderes locales. La tesis de Schama es que la continuidad entre el régimen anterior y el posterior se basa en la permanencia de la autoridad de los poderes locales.

La tesis de Schama es que la continuidad entre el régimen anterior y el posterior se basa en la permanencia de la autoridad de los poderes locales. La tesis de Schama es que la continuidad entre el régimen anterior y el posterior se basa en la permanencia de la autoridad de los poderes locales.

La tesis de Schama es que la continuidad entre el régimen anterior y el posterior se basa en la permanencia de la autoridad de los poderes locales. La tesis de Schama es que la continuidad entre el régimen anterior y el posterior se basa en la permanencia de la autoridad de los poderes locales.

La tesis de Schama es que la continuidad entre el régimen anterior y el posterior se basa en la permanencia de la autoridad de los poderes locales. La tesis de Schama es que la continuidad entre el régimen anterior y el posterior se basa en la permanencia de la autoridad de los poderes locales.

La tesis de Schama es que la continuidad entre el régimen anterior y el posterior se basa en la permanencia de la autoridad de los poderes locales.

La tesis de Schama es que la continuidad entre el régimen anterior y el posterior se basa en la permanencia de la autoridad de los poderes locales.

La tesis de Schama es que la continuidad entre el régimen anterior y el posterior se basa en la permanencia de la autoridad de los poderes locales.

La tesis de Schama es que la continuidad entre el régimen anterior y el posterior se basa en la permanencia de la autoridad de los poderes locales.

La tesis de Schama es que la continuidad entre el régimen anterior y el posterior se basa en la permanencia de la autoridad de los poderes locales.

La tesis de Schama es que la continuidad entre el régimen anterior y el posterior se basa en la permanencia de la autoridad de los poderes locales.

La tesis de Schama es que la continuidad entre el régimen anterior y el posterior se basa en la permanencia de la autoridad de los poderes locales.

La tesis de Schama es que la continuidad entre el régimen anterior y el posterior se basa en la permanencia de la autoridad de los poderes locales.

La tesis de Schama es que la continuidad entre el régimen anterior y el posterior se basa en la permanencia de la autoridad de los poderes locales.

La tesis de Schama es que la continuidad entre el régimen anterior y el posterior se basa en la permanencia de la autoridad de los poderes locales.

La tesis de Schama es que la continuidad entre el régimen anterior y el posterior se basa en la permanencia de la autoridad de los poderes locales.

La tesis de Schama es que la continuidad entre el régimen anterior y el posterior se basa en la permanencia de la autoridad de los poderes locales.

La tesis de Schama es que la continuidad entre el régimen anterior y el posterior se basa en la permanencia de la autoridad de los poderes locales.

La tesis de Schama es que la continuidad entre el régimen anterior y el posterior se basa en la permanencia de la autoridad de los poderes locales.

La tesis de Schama es que la continuidad entre el régimen anterior y el posterior se basa en la permanencia de la autoridad de los poderes locales.

La tesis de Schama es que la continuidad entre el régimen anterior y el posterior se basa en la permanencia de la autoridad de los poderes locales.

La tesis de Schama es que la continuidad entre el régimen anterior y el posterior se basa en la permanencia de la autoridad de los poderes locales.

La tesis de Schama es que la continuidad entre el régimen anterior y el posterior se basa en la permanencia de la autoridad de los poderes locales.

La tesis de Schama es que la continuidad entre el régimen anterior y el posterior se basa en la permanencia de la autoridad de los poderes locales.

La tesis de Schama es que la continuidad entre el régimen anterior y el posterior se basa en la permanencia de la autoridad de los poderes locales.

La tesis de Schama es que la continuidad entre el régimen anterior y el posterior se basa en la permanencia de la autoridad de los poderes locales.

La tesis de Schama es que la continuidad entre el régimen anterior y el posterior se basa en la permanencia de la autoridad de los poderes locales.

La tesis de Schama es que la continuidad entre el régimen anterior y el posterior se basa en la permanencia de la autoridad de los poderes locales.

La tesis de Schama es que la continuidad entre el régimen anterior y el posterior se basa en la permanencia de la autoridad de los poderes locales.

La tesis de Schama es que la continuidad entre el régimen anterior y el posterior se basa en la permanencia de la autoridad de los poderes locales.

La tesis de Schama es que la continuidad entre el régimen anterior y el posterior se basa en la permanencia de la autoridad de los poderes locales.

La tesis de Schama es que la continuidad entre el régimen anterior y el posterior se basa en la permanencia de la autoridad de los poderes locales.

La tesis de Schama es que la continuidad entre el régimen anterior y el posterior se basa en la permanencia de la autoridad de los poderes locales.

La tesis de Schama es que la continuidad entre el régimen anterior y el posterior se basa en la permanencia de la autoridad de los poderes locales.

La tesis de Schama es que la continuidad entre el régimen anterior y el posterior se basa en la permanencia de la autoridad de los poderes locales.

La tesis de Schama es que la continuidad entre el régimen anterior y el posterior se basa en la permanencia de la autoridad de los poderes locales.

La tesis de Schama es que la continuidad entre el régimen anterior y el posterior se basa en la permanencia de la autoridad de los poderes locales.

La tesis de Schama es que la continuidad entre el régimen anterior y el posterior se basa en la permanencia de la autoridad de los poderes locales.

La tesis de Schama es que la continuidad entre el régimen anterior y el posterior se basa en la permanencia de la autoridad de los poderes locales.

La tesis de Schama es que la continuidad entre el régimen anterior y el posterior se basa en la permanencia de la autoridad de los poderes locales.

La tesis de Schama es que la continuidad entre el régimen anterior y el posterior se basa en la permanencia de la autoridad de los poderes locales.

La tesis de Schama es que la continuidad entre el régimen anterior y el posterior se basa en la permanencia de la autoridad de los poderes locales.

La tesis de Schama es que la continuidad entre el régimen anterior y el posterior se basa en la permanencia de la autoridad de los poderes locales.

La tesis de Schama es que la continuidad entre el régimen anterior y el posterior se basa en la permanencia de la autoridad de los poderes locales.

La tesis de Schama es que la continuidad entre el régimen anterior y el posterior se basa en la permanencia de la autoridad de los poderes locales.

La tesis de Schama es que la continuidad entre el régimen anterior y el posterior se basa en la permanencia de la autoridad de los poderes locales.

La tesis de Schama es que la continuidad entre el régimen anterior y el posterior se basa en la permanencia de la autoridad de los poderes locales.

La tesis de Schama es que la continuidad entre el régimen anterior y el posterior se basa en la permanencia de la autoridad de los poderes locales.

La tesis de Schama es que la continuidad entre el régimen anterior y el posterior se basa en la permanencia de la autoridad de los poderes locales.

La tesis de Schama es que la continuidad entre el régimen anterior y el posterior se basa en la permanencia de la autoridad de los poderes locales.

La tesis de Schama es que la continuidad entre el régimen anterior y el posterior se basa en la permanencia de la autoridad de los poderes locales.

La tesis de Schama es que la continuidad entre el régimen anterior y el posterior se basa en la permanencia de la autoridad de los poderes locales.

La tesis de Schama es que la continuidad entre el régimen anterior y el posterior se basa en la permanencia de la autoridad de los poderes locales.

La tesis de Schama es que la continuidad entre el régimen anterior y el posterior se basa en la permanencia de la autoridad de los poderes locales.

La tesis de Schama es que la continuidad entre el régimen anterior y el posterior se basa en la permanencia de la autoridad de los poderes locales.

La tesis de Schama es que la continuidad entre el régimen anterior y el posterior se basa en la permanencia de la autoridad de los poderes locales.

La tesis de Schama es que la continuidad entre el régimen anterior y el posterior se basa en la permanencia de la autoridad de los poderes locales.

La tesis de Schama es que la continuidad entre el régimen anterior y el posterior se basa en la permanencia de la autoridad de los poderes locales.

La tesis de Schama es que la continuidad entre el régimen anterior y el posterior se basa en la permanencia de la autoridad de los poderes locales.

La tesis de Schama es que la continuidad entre el régimen anterior y el posterior se basa en la permanencia de la autoridad de los poderes locales.

La tesis de Schama es que la continuidad entre el régimen anterior y el posterior se basa en la permanencia de la autoridad de los poderes locales.

La tesis de Schama es que la continuidad entre el régimen anterior y el posterior se basa en la permanencia de la autoridad de los poderes locales.

La tesis de Schama es que la continuidad entre el régimen anterior y el posterior se basa en la permanencia de la autoridad de los poderes locales.

La tesis de Schama es que la continuidad entre el régimen anterior y el posterior se basa en la permanencia de la autoridad de los poderes locales.

La tesis de Schama es que la continuidad entre el régimen anterior y el posterior se basa en la permanencia de la autoridad de los poderes locales.

La tesis de Schama es que la continuidad entre el régimen anterior y el posterior se basa en la permanencia de la autoridad de los poderes locales.

La tesis de Schama es que la continuidad entre el régimen anterior y el posterior se basa en la permanencia de la autoridad de los poderes locales.

La tesis de Schama es que la continuidad entre el régimen anterior y el posterior se basa en la permanencia de la autoridad de los poderes locales.

La tesis de Schama es que la continuidad entre el régimen anterior y el posterior se basa en la permanencia de la autoridad de los poderes locales.

La tesis de Schama es que la continuidad entre el régimen anterior y el posterior se basa en la permanencia de la autoridad de los poderes locales.

La tesis de Schama es que la continuidad entre el régimen anterior y el posterior se basa en la permanencia de la autoridad de los poderes locales.

La tesis de Schama es que la continuidad entre el régimen anterior y el posterior se basa en la permanencia de la autoridad de los poderes locales.

La tesis de Schama es que la continuidad entre el régimen anterior y el posterior se basa en la permanencia de la autoridad de los poderes locales.

La tesis de Schama es que la continuidad entre el régimen anterior y el posterior se basa en la permanencia de la autoridad de los poderes locales.

La tesis de Schama es que la continuidad entre el régimen anterior y el posterior se basa en la permanencia de la autoridad de los poderes locales.

La tesis de Schama es que la continuidad entre el régimen anterior y el posterior se basa en la permanencia de la autoridad de los poderes locales.

La tesis de Schama es que la continuidad entre el régimen anterior y el posterior se basa en la permanencia de la autoridad de los poderes locales.

La tesis de Schama es que la continuidad entre el régimen anterior y el posterior se basa en la permanencia de la autoridad de los poderes locales.

La tesis de Schama es que la continuidad entre el régimen anterior y el posterior se basa en la permanencia de la autoridad de los poderes locales.

La tesis de Schama es que la continuidad entre el régimen anterior y el posterior se basa en la permanencia de la autoridad de los poderes locales.

La tesis de Schama es que la continuidad entre el régimen anterior y el posterior se basa en la permanencia de la autoridad de los poderes locales.



Suecia: ¿modelo o experiencia?

José Goñi (Editor)

Democracia, desarrollo y equidad
Editorial Nueva Sociedad,
Caracas, 1990.

Cuando se trata de imaginar solidas posibles para la crisis argentina, es recurrente la búsqueda por parte de los llamados comunicadores sociales de "modelos" que sirvan de inspiración. Casi siempre aparece Japón en primer lugar, esculpido por los "dragones" de Extremo Oriente, como Corea, Taiwán o Singapur. Allí —nos maravillan— deberíamos encontrar los ejemplos a imitar como remedio para nuestros males sociales. La operación bimbo sigue siendo la más recientemente sin detenerse a pensar si el "modelo" que se ofrece es deseable y/o posible o, en caso de aceptar la tesis sueca, sin saber hasta qué punto nos encaminaríamos hacia ella despojado al estado de toda fundición reguladora, como se lo estatalizó en su momento el Perón, además, queríamos saber lo que ocurría casi exclusivamente en el confín de Asia? No existen otras experiencias exitosas a manifiesto sido capaces de combinar mejor la productividad con la justicia y con la libertad?

El importante libro que nos manda una historia, por demás encorada, que podría servirnos de estímulo para encarar la realización de esos valores. Entre los días 29, 30 y 31 de mayo de 1989, mientras nuestras ciudades se enciendan en el "estallido social" que presupuso la entrega del gobierno a Carlos Menem, tuvo lugar en la Universidad de Córdoba, organizado por el Centro Latinoamericano del Movimiento Obrero del Partido Socialista de Suecia (AIC) y la CEPAL, un seminario con la participa-

ción de expertos del país escandinavo e invitados latinoamericanos del que tuve la fortuna de participar. *Democracia, desarrollo y equidad. La experiencia sueca*, titulado *La experiencia sueca. Reflexiones sobre las relaciones entre el capitalismo y la democracia*, resumió las ponencias alii disquisidas y algunos de los comentarios a las mismas. El desarrollo y el sistema político, el proceso de desarrollo económico, la concertación económico-social y la política social fueron los temas que tuvieron sus capitulos principales expuestos por especialistas de primer nivel, entre ellos el filósofo económico suizo Gustav Rehm, inspirador de la "política de mercado de trabajo activa" que le permitió a su país durante largas décadas combatir el desempleo con bajos tasas de inflación.

Suecia, ahora recuperado en este volumen, fue enormemente estimulante. Pero no porque Suecia pueda reemplazar medianamente a los "dragones" o a cualquier otro país que la siliquiera de nuestros in comunicadores decidida incluir en lista de "modelos". Sino que es un "modelo" que se pueda copiar como en un círculo con carbón, sino "un "código", una experiencia significativamente importante para la reflexión sobre nuestra historia más que para una imitación sobre nuestro futuro. En esta sensata dirección, el compilador sueco dice: "Estamos suficientemente convencidos —quizás por pertenecer a una generación que en su época escuchó mucho hablar de "modelos" que podrían resolver los problemas del subdesarrollo— de que no existe un modelo ni modelos que puedan generalizar en sus experiencias y conclusiones, porque se reproducen y se multiplican en otras realidades".¹

Tal es el caso sueco, como cualquier otro. Pero, sentada en los años de los '80, hegemonizada a suscitivos gobiernos de coalición. En ese largo período se pusieron las bases primera y se consolidó luego un proyecto de desarrollo que puso al país a la cabeza de los más progresistas del mundo. Uno de los líderes co, Per Albin Hansson, primer ministro entre 1932 y 1946 cuando murió a los 84 años, y sencillamente volvió a ser elegido para dirigir el gabinete de mandatarios de nuevas tecnologías, asegurando, además, la llamada "política solidaria de salarios" para disminuir desigualdades en el interior de la propia clase obrera.

Un aspecto básico de la orientación hacia los intereses de la clase trabajadora y las políticas sociales. Los suyos no han admitido ello que hoy desplomarse las grandes ilusiones que fomentaron en su momento la expansión de los "socialismos" y que hoy se han convertido en un milagro, parecerlo o llorar por respuestas para la crisis que las que provee el "capitalismo social" sueco.

Lo novelado del socialismo sueco es que, a diferencia del resto de la experiencia europea inspirada en la Segunda o la Tercera Internacionales, no se ha nacionalizado. El 90% de la producción está en manos de empresas privadas —no tanto las empresas que se nacionalizaron lo fueron cuando gobernaban los partidos de centro-derecha, en una operación de salvataje a propietarios privados en quiebra; pero el resultado de los procesos de reforma, esto es, que prueba la posibilidad del cambio gradual de la sociedad. El tema del contenido de la reforma es, por tanto, un tema decisivo para el futuro de la política Latina. Luego de mucho desconfiar de las reformas, muchos latinoamericanos han aprendido —en la experiencia extraordinariamente dura del período reciente— a valorizar lo que se ha hecho en Suecia. Una vez política acostumbrada a la idea de corte totalitaria —a veces incluso totalitaria— de todo tipo que sea cambiado (ya que de lo contrario no se conseguiría cambiar nada).

Las causas son obviamente políticas, pero no por período, sino durante la etapa en que el 92% del país socialista obtiene la mayoría, y a partir de entonces la ha mantenido hasta ahora (salvo un par de excepciones, el producto de nungún acuerdo).

Juan Carlos Portantier

Et la implementación de esta premisa, tampoco coincide con la correcta otra aserción —que algún político latinoamericano expresó en el debate— acerca de la imposibilidad virtualmente absoluta de "compararnos" con el caso escandinavo. Escuchando entonces y relevando lo que se decía en las sesiones que dijeron en aquellas sesiones os podemos advertir que los latinoamericanos en general y los argentinos en particular tenemos mucho que aprender y muchas conclusiones para sacar de una experiencia construida sobre una firma voluntad política de concordia y de acuerdo entre la clase trabajadora y con igualdad social.

Suecia es, en estos terrenos, un caso exíso en el mundo; quizás el más exitoso en este sentido que hoy desplomarse las grandes ilusiones que fomentaron en su momento la expansión de los "socialismos" y que hoy se han convertido en un milagro, parecerlo o llorar por respuestas para la crisis que las que provee el "capitalismo social" sueco.

Lo novelado del socialismo sueco es que, a diferencia del resto de la experiencia europea inspirada en la Segunda o la Tercera Internacionales, no se ha nacionalizado. El 90% de la producción está en manos de empresas privadas —no tanto las empresas que se nacionalizaron lo fueron cuando gobernaban los partidos de centro-derecha, en una operación de salvataje a propietarios privados en quiebra; pero el resultado de los procesos de reforma, esto es, que prueba la posibilidad del cambio gradual de la sociedad. El tema del contenido de la reforma es, por tanto, un tema decisivo para el futuro de la política Latina. Luego de mucho desconfiar de las reformas, muchos latinoamericanos han aprendido —en la experiencia extraordinariamente dura del período reciente— a valorizar lo que se ha hecho en Suecia. Una vez política acostumbrada a la idea de corte totalitaria —a veces incluso totalitaria— de todo tipo que sea cambiado (ya que de lo contrario no se conseguiría cambiar nada).

Las causas son obviamente políticas, pero no por período, sino durante la etapa en que el 92% del país socialista obtiene la mayoría, y a partir de entonces la ha mantenido hasta ahora (salvo un par de excepciones, el producto de nungún acuerdo).

Juan Carlos Portantier

En la implementación de esta premisa, tampoco coincide con la correcta otra aserción —que algún político latinoamericano expresó en el debate— acerca de la imposibilidad virtualmente absoluta de "compararnos" con el caso escandinavo. Escuchando entonces y relevando lo que se decía en las sesiones que dijeron en aquellas sesiones os podemos advertir que los latinoamericanos en general y los argentinos en particular tenemos mucho que aprender y muchas conclusiones para sacar de una experiencia construida sobre una firma voluntad política de concordia y de acuerdo entre la clase trabajadora y con igualdad social.

Suecia es, en estos terrenos, un caso exíso en el mundo; quizás el más exitoso en este sentido que hoy desplomarse las grandes ilusiones que fomentaron en su momento la expansión de los "socialismos" y que hoy se han convertido en un milagro, parecerlo o llorar por respuestas para la crisis que las que provee el "capitalismo social" sueco.

Lo novelado del socialismo sueco es que, a diferencia del resto de la experiencia europea inspirada en la Segunda o la Tercera Internacionales, no se ha nacionalizado. El 90% de la producción está en manos de empresas privadas —no tanto las empresas que se nacionalizaron lo fueron cuando gobernaban los partidos de centro-derecha, en una operación de salvataje a propietarios privados en quiebra; pero el resultado de los procesos de reforma, esto es, que prueba la posibilidad del cambio gradual de la sociedad. El tema del contenido de la reforma es, por tanto, un tema decisivo para el futuro de la política Latina. Luego de mucho desconfiar de las reformas, muchos latinoamericanos han aprendido —en la experiencia extraordinariamente dura del período reciente— a valorizar lo que se ha hecho en Suecia. Una vez política acostumbrada a la idea de corte totalitaria —a veces incluso totalitaria— de todo tipo que sea cambiado (ya que de lo contrario no se conseguiría cambiar nada).

Las causas son obviamente políticas, pero no por período, sino durante la etapa en que el 92% del país socialista obtiene la mayoría, y a partir de entonces la ha mantenido hasta ahora (salvo un par de excepciones, el producto de nungún acuerdo).

Juan Carlos Portantier

Intelectuales y política en "Pasado y Presente"

Oscar Terán

Como publicación representativa de la nueva izquierda argentina en la primera mitad de los años sesentas, *Pasado y Presente* compartió con aquella fracción del campo político-cultural una serie de tópicos definitorios: se encarnó como otras del mismo medio en la relectura del peronismo, que en su caso trató a través del módulo gramsciano de lo nacional-popular, colocó así como interlocutor al populismo y cedió al difundido antiliberalismo del período, accediendo a la tradición liberal de una tiranía de la que era preciso desmarcarse; desconfió de la democracia precisamente por considerarla entrampada en un formalismo denunciado una y otra vez como ocultante de las conflictivas materias abiertas entre las clases sociales; simpatizó ardientemente con las luchas del Tercer Mundo, y en función de estas simpatías se inscribió en el amplio arco del antipatriotismo y el internacionalismo en irreductible ascesis, que iba más allá de las esperanzas zapatistas revolucionario tan ineluctable como violento y exitoso. Estas firmas crecientes circulaban fluidamente dentro del optimismo histórico de la época, vacilando a su vez en el mítico general del socialismo que se especificó por el "idealismo" y voluntarismo gramsciano, del cual el proceso cubano era epitome y verificación frontal de reformismo de la izquierda tradicional y especialmente del Partido Comunista del que provenían y respecto del cual alertaron una ilusión que en el editorial posterior a la expulsión se reconoce como efectivamente ilusoria: pretender un futuro revolucionario tan ineluctable como violento y exitoso.

Algunas que convivieron arquetípicamente en su interior y que hicieron de dicha revista un ejemplo de las irresueltas tensiones entre autonomía de la cultura e inmoderada invasión de la política en los años previos a la espiral terrorista.

Bajo el sello editorial de Puntosur, Oscar Terán publicará próximamente un extenso ensayo dedicado a examinar la cultura de contestación de la nueva izquierda argentina en los años que siguieron al derrumbe del peronismo. De *Nuestros años sesentas*, título con que habrá de circular este ensayo, publicaremos como adelanto la parte dedicada a la revista *Pasado y Presente*. Terán pone aquí de manifiesto las dos

almas que convivieron

arquetípicamente en su interior y que hicieron de dicha revista un ejemplo de las irresueltas tensiones entre

autonomía de la cultura e inmoderada invasión de la política en los años previos a la espiral terrorista.

ción en la que gramscianamente lo viejo no termina de morir ni el nuevo de nacer la que determina la impensabilidad del interlocutor y justifica la denuncia contra quienes dentro del Partido Comunista cultivaban el desprecio a los lectores.²

La amplia mirada que la revista construye sobre el planteamiento teórico oficial al mismo tiempo como otra estrategia de legitimación cuando recurre a su autoinscripción en una ancha corriente histórica y social. Histórica, porque el viento que sopla en el mundo de las revoluciones, con una incesabilidad que aliena la sorpresa embraguetando el ámbito de la cultura para hacer posible lo que nadie produjo culturalmente era en definitiva político), sobre todo ello se presentaba en este período otro modelo de relaciones entre intelectuales y política, ya que si la teoría saudre del compromiso había confirmado un dominio dominante para ambos y establecido la relación (dentro de la cual quienes la profesaban no debían experimentar necesariamente la fuerza condensada de salir del campo de batalla con los níveles transformadores de la cultura y la práctica obreras. El consejo de radicación de la revista muestra sin dudas que la mayoría de sus integrantes se hallan ubicados en la figura de la "carrera del talento",³ mas el contenido de sus intervenciones revela asimismo que es en su encuentro con la política donde ese curso debe "realizarse", al conducir esa aptitud intelectual preexistente hacia otra escena donde su contacto con el sujeto social revolucionario y el público ideal al que se dirige esté compuesto por esa sumatoria de la clase obrera y de "la intelectualidad que proviene fundamentalmente de las capas medias de la población".⁴

En principio, es evidente que el gramscianismo protege a la publicación del antipatriotismo que tenaría a otros componentes de la nueva izquierda, y ya desde su primer artículo programático se observa el sistema de valores que ofician de fundamento al ubicarla como "expresión de un grupo de intelectuales marxistas".⁵ Igualmente al constituirse un linaje, la tradición en la que se reconoce está escondida por un listado de publicaciones pertenecientes más estrechamente al campo intelectual como *Nostros*, la *Revista de Filosofía, Marín Fierro, Claridad* e incluso *Sur*, para concluir destacando en el pasado reciente a *Centro*, que en su naufragio ha dejado abierto una tarca que la revista cordobesa asume como propia: "establecer un punto de pasaje entre el proletariado y los intelectuales". Además este emergente cultural se autodefine como componente de una nueva generación a la cuál une el deseo de observar por sí sola el rostro de una realidad que sus maestros han escamoteado, y así la revista replica otro rasgo de la nueva izquierda: concebirse como una generación sin maestros locales que tiene por ello que constituirse a sí misma a partir de referentes externos de consagración. Esta situación será percibida con ambigüedad en la que parece predominar sobre cierta desolación un indistimido orgullo, ya que si debe lamerse acerbamente la desgracia de vivir en un país en el que "si se quiere eludir el provincialismo creciente de nuestra cultura es preciso suscribirse a las revistas extranjeras", esta amargura se pacifica cuando *Pasado y Presente* puede reducir ese conflicto generacional a un momento de la lucha de clases, "porque si la burguesía ha perdido su hegemonía cultural y el proletariado aún no la ha conquistado, es esa misma situa-

ción en la que gramscianamente lo viejo no termina de morir ni el nuevo de nacer la que determina la impensabilidad del interlocutor y justifica la denuncia contra quienes dentro del Partido Comunista cultivaban el desprecio a los lectores.²

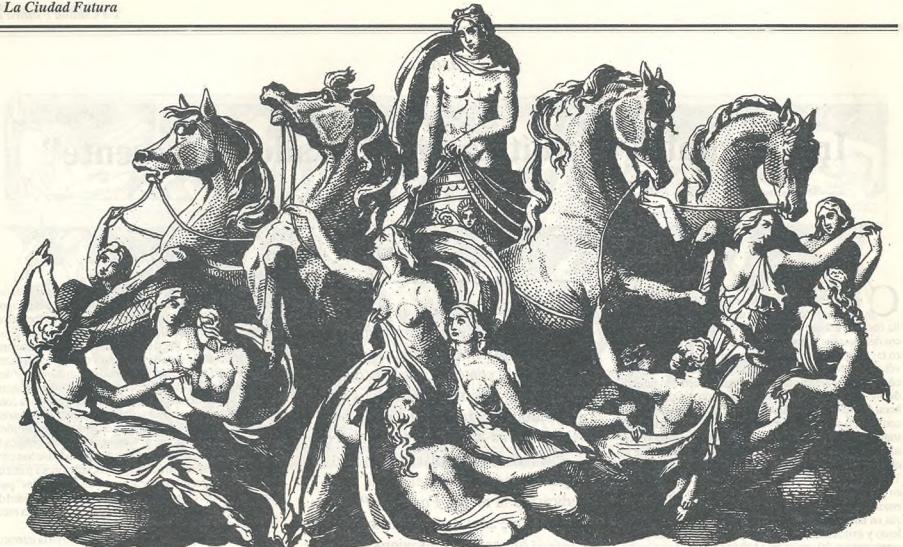
A esta construcción no es ajena la circunstancia de haber visto la luz en la Córdoba convertida en un importante centro industrial desde donde se puede mirar a la ciudad con las cuadrillas prestadas por Gramsci: un territorio en el que la fábrica funciona como "territorio nacional del autogobierno obrero".⁶ Y no es que en el registro de la táctica política la publicación no haya atravesado por la tentación del modelo cubano, la cual quedan marcas en la escritura como la referida a la invención de un sector social ubicado en el interior rural que podría ofrecer como un motor de la revolución y la publicación del influyente artículo de Regis Debray sobre el castrismo, aunque esta nota se halle a su vez precedida de una caución que es una constatación de respeto de las adhesiones más irrestricciones a aquella propuesta.⁷ Y es que si la tira intelectual que la revista plantea "se propone contribuir a modelar teóricamente [...] la economía de la fuerza de trabajo que los trabajadores edifican prácticamente en su cotidiana enfrentamiento a las fuerzas del capital", estos lineamientos convivían mal con las afirmaciones contenidas en el texto de Debray, ca-

racterizado por un foquismo extremo que colocaban el ámbito fundamental de la lucha revolucionaria en el campo y hasta le atribuía a este escenario natural efectos benéficos sobre los sujetos sociales frente al aburguesamiento generado por la ciudad. Por ello, si studiar la realidad nacional desde el punto de vista de la clase obrera implicaba hacerlo a partir del mundo industrial y más concretamente "desde la fábrica", los ideólogos gramscianos debían alcanzar una mayor expansión en los momentos en que la compatibilidad de la clase obrera cordobesa parecía verificar este diagnóstico. Es lo que se pone cabalmente de manifiesto en el número con que se cierra este período, publicado cuando las fábricas automotrices de esa ciudad se han convertido en el escenario de huelgas y ocupaciones a partir de las cuales era posible hallar argumentos "materiales" para recordar que en un país como la Argentina la centralidad de la revolución podía seguir siendo pensada sobre una esencia urbana.¹¹

Pasado y Presente se define al modo en la intersección de una circunstancia histórica, un dato genetral, una opción cultural y una apuesta política: se trata de una nueva generación adscripta al marxismo en una época de revoluciones y plenamente consciente de la necesidad de confluencia con la clase obrera. Es explícita pues la aspiración de "convertirse en los dirigentes de la sociedad y por ende de la clase que encarna el movimiento real de la negatividad histórica", pero también que esta misión nació en el interior de una práctica intelectual requiere para su cumplimiento una firme articulación con la clase trabajadora.¹² Con todo ello se presentaba en este período otro modelo de relaciones entre intelectuales y política, ya que si la teoría saudre del compromiso había confirmado un dominio dominante para ambos y establecido la relación (dentro de la cual quienes la profesaban no debían experimentar necesariamente la fuerza condensada de salir del campo de batalla con los níveles transformadores de la cultura y la práctica obreras. El consejo de radicación de la revista muestra sin dudas que la mayoría de sus integrantes se hallan ubicados en la figura de la "carrera del talento",¹³ mas el contenido de sus intervenciones revela asimismo que es en su encuentro con la política donde ese curso debe "realizarse", al conducir esa aptitud intelectual preexistente hacia otra escena donde su contacto con el sujeto social revolucionario y el público ideal al que se dirige esté compuesto por esa sumatoria de la clase obrera y de "la intelectualidad que proviene fundamentalmente de las capas medias de la población".⁴

La amplia mirada que la revista construye sobre el planteamiento teórico oficial al mismo tiempo como otra estrategia de legitimación cuando recurre a su autoinscripción en una ancha corriente histórica y social. Histórica, porque el viento que sopla en el mundo de las revoluciones, con una incesabilidad que aliena la sorpresa embraguetando el ámbito de la cultura para hacer posible lo que nadie produjo culturalmente era en definitiva político), sobre todo ello se presentaba en este período otro modelo de relaciones entre intelectuales y política, ya que si la teoría saudre del compromiso había confirmado un dominio dominante para ambos y establecido la relación (dentro de la cual quienes la profesaban no debían experimentar necesariamente la fuerza condensada de salir del campo de batalla con los níveles transformadores de la cultura y la práctica obreras. El consejo de radicación de la revista muestra sin dudas que la mayoría de sus integrantes se hallan ubicados en la figura de la "carrera del talento",¹³ mas el contenido de sus intervenciones revela asimismo que es en su encuentro con la política donde ese curso debe "realizarse", al conducir esa aptitud intelectual preexistente hacia otra escena donde su contacto con el sujeto social revolucionario y el público ideal al que se dirige esté compuesto por esa sumatoria de la clase obrera y de "la intelectualidad que proviene fundamentalmente de las capas medias de la población".⁴

Al construir esta compleja definición del lugar del intelectual, *Pasado y Presente* instalaba por eso mismo unplex de fuerzas entre práctica política y teórica que sería definido con énfasis diversos a lo largo de sus centenares de páginas. Que esta tensión es fundamental lo revela esta misma estratégica presentación programática firmada por José Aricó que parece oscilar entre la afirmación de una mayor autonomía de la teoría y una concepción donde la filosofía, la psicología y las demás disciplinas sociales deben servir como herramientas de la transformación. Pero



en rigor sucede que actividad intelectual y política son momentos insoslayables de un mismo movimiento donde ninguna de ellas puede ser devorada ni sustituida por la otra. Es así como, "convertido en intelectual, [el hombre] logra posicionar de la totalidad histórica, se transforma en un dirigente, vale decir, en un especialista más un organizador de voluntades, un político en el más moderno sentido de la palabra".¹⁸ De ese modo, rápidamente la cultura intelectual rechaza los privilegios que Hobbesian reclamaba en un artículo titulado "Por la libertad de los intelectuales" donde de "la falta de una soberana ideología, estrategia y organización" habían sido elementos decisivos para que las clases subalternas no pudieran derribar regímenes de oro modo condonando a serlo, con lo cual sin abandonar ni el rol ni el campo intelectual "el análisis histórico y sociológico de las clases subalternas dejó de ser académico y se convirtió en un hecho de inmediato y actualismo intérres político".¹⁹

Ocurre por cierto que si este tipo de publicaciones colectivas son aptas para contener posiciones heterogéneas, y si esta heterogeneidad también se halla presente en la que consideramos, puede suponerse que ella es asimismo el síntoma de esa colocación compleja entre los espacios del saber y de la política, aunque lo más relevante resulta de todos modos que en el conjunto de su producción esta tensión se mantenga como tal sin resolverse en ninguno de los polos, y que incluso existan intervenciones en las que se sostiene una legitimidad estrechamente intelectual, al margen de la ideología y la política y por ende sólo sustentada en la erudición. Esta pretensión será precisamente la que Rodolfo Ghioldi les encarára en lo que identifico como una imitación del aprieto en su intento por oficiar de "bastón de inteligencia (élite) de la ignara clasa obrera" y así buscar una unidad de las capas intelectuales independientemente de la pertenencia política que los erigease en lo que con desden denominó "jerarcas del saber".²⁰

Para reafirmar esa legitimidad, *Pasado y Presente* se valdrá de un tipo de lectura del marxismo; del modo como ubica a esta doctrina dentro de la constelación teórica contemporánea, y del papel que le adjudica al utilaje intelectual. En el primer aspecto, el tono general de sus argumentaciones no oculta que ella conoce lo que el PC ignora, y de esta manera sus integrantes se posicionan como militantes que han conjuntado en si mismos la voluntad transformadora y el saber. En este último sentido, son los portadores de un aggiornamento que los diseña como protagonistas de una "reforma" estrecha dentro de su ámbito doctrinario, puesto que acceden a los textos originales sin aceptar las versiones talmídicas de la Academia de Ciencias de la URSS, y devienen así los representantes de la modernidad dentro del marxismo. Desde el primer número la revista incluye un texto teórico de Marx ("El método de la economía política") y una nutrida sección de "Polémica" a propósito del carácter del historicismo marxista donde de hecho se

reconoce que sus faros intelectuales brillan desde el marxismo italiano con figuras como Colletti, Badaloni, Paci, Della Volpe o Alessandro Natta. Es evidente que detectan en ellos un fundamento para la lectura del marxismo, pero también que al adoptar su versión más laica se construyen como intelectuales que pueden dialogar sin temores con todas las corrientes avanzadas de la época. Ese marxismo, que es moderno por el carácter, es lo que Oscar del Barco describe como "una familia" que "nació en la que nació el socialismo europeo, marxistas italiano, francés, Lúporkin, y que definí expresamente 'el espíritu mismo de la revista'".²¹ Si esta tarea lucía más estimulante que amenazada por los riesgos de traspassar los límites doctrinarios e incurrir en las "desviaciones", que los más viejos les endilgan, ello reposa en la inusitada confianza que la publicación trasunta respecto de la casi infinita capacidad del marxismo para dialogar y aun devorar cuento de muerte y estupor arrojarse bajo el sol de la teoría.²²

Semejante confrontación reclamaba no obstante la posesión de un elaborado utillaje intelectual así como de un lector ideal capaz de compartir un conjunto de habilidades o al menos de positivas valoraciones eruditas como para que por ejemplo se le pudiese dirigir esa colaboración de Elio Verón en el sentido de que "los requisitos y rigores que demanda la obra de Marx" se refieren a "que uno sea largamente formado en Claudio Sánchez-Albornoz, en el elogio del 'viejo maestro y su crédito'".²³ Analogamente, Portantiero reclamaba "la necesidad de desarrollar una serie de investigaciones metodológicas y también monográficas tendientes a crear un modelo para el estudio del proceso histórico argentino que superase la inmediatez de la teoría clásica", y la encontra Benito Marianiello que su enfoque histórico (y de los comunistas en general) no sea más que "una suerte de prólogo necesario, justificación, de su teoría política".²⁴ Y si Francisco Delich le cuestiona en la misma dirección a Los que mandan, de José Luis de Imaz, "el carácter asociológico de ese ensayo",²⁵ el mismo aparece más ambiguo entre las consagraciones que otorga la erudición y las que concede la práctica política en otro artículo sobre Los condonados de la teoría de Frantz Fanon: este último ha producido para Delich algunas tesis que no por discutibles dejan de ser suficientes para consagrarn un intelectual, "pero si a ello se agregan las cualidades de combatiente, de militante de Frantz Fanon, si su obra se integra en el marco de la revolución argentina, sus dimensiones [...] superan de lejos los límites de su obra intelectual".²⁶ De todas maneras, ninguna intervención es tan incondicionalmente erística respecto de la autonomía del intelectual (puesto que afirma la autonomía de la práctica estética vis-à-vis la política) como la firmada por Héctor Schmueler en el primer número y referida a la narrativa argentina.²⁷ Al mediar acerca de la estética sobre la huella expresa de Della Volpe, este integrante de *Pasado y Presente* no se siente atado por ninguna ortodoxia linderia con el realismo socialista y puede entonces declarar que con ideas revolucionarias se puede hacer muy mala literatura, y que si Balzac es superior a Zola no se debe a su método interpretativo de la realidad sino a "su superioridad artística". Puesto que el sociologismo a lo Lukács deja afuera el fenómeno específicamente estético y a que la escisión entre forma y contenido es igualmente inaceptable, resulta obvio que si la colocación de clase ni las posiciones ideológicas o políticas pueden oficiar de funciones legitimadoras de la práctica intelectual, hasta el punto de que "hablar de superioridad ideológica como base de análisis artístico es como pretender calificar la importancia de un descubrimiento científico según las ideas que sobre el mundo posee el descubridor".²⁸

No puede por ende negarse la contundencia y la representatividad de este y otros textos que demuestran que efectivamente existieron también en esa revista con vocación política intervenciones que sostuvieron la irreductibilidad de la tarea intelectual, evitando la hipótesis de que si el golpe militar de 1966 el campo intelectual podría haber sido uno de los posteriores e inmoderadas invasiones de la política que terminaron en muchos casos por desbaratar la figura misma del intelectual. Tampoco puede negarse que esa tarea de construir una función intelectual apoyada fundamentalmente en el capital simbólico se revela la inclusión en estos casos completamente seducida por la política, y esas como en el momento mismo que Schmueler aborda el análisis de la tradición narrativa argentina no puede ocultar que aquellas categorías antirreducionalistas del hecho artístico tan laboriosamente trazadas en las densas y numerosas páginas anteriores de su artículo parecen servir de poco frente a estas otras novelas (*Amalia, Sin rumbo, Dar la cara*) donde aquella independencia ante la afirmada entre estética y política es cuestionada por el hecho de que en ese país "a cada acontecimiento político ha correspondido la consecuente expresión literaria", circunstancia que el autor no está decidido a lamentar porque aunque ellas no alcancen a convertirse en obras de arte realizadas, el dato más relevante que parecen contiene reside en que "ese pensamiento trasladado a la novela ha actuado en las luchas concretas de la vida política".²⁹

Las dos alas que paradigmáticamente conviven en este artículo están presentes asimismo en diversas páginas de la revista y en los mismos o diferentes colaboradores. Así, si el propio Schmueler podrá dolerse del descuido con que se había impreso el artículo de Della Volpe que "evidentemente reclama otra atención que un simple ensayo político",³⁰ el autor de un artículo anterior extraña conclusiones opuestas al negar que la gran literatura se constituya "más allá de lo ideológico político";³¹ mientras otro argumentaba que la recuperación de Marx "no es un rescate de y para intelectuales sino un movimiento que encuentra su raíz en la praxis revolucionaria".³²

Como se advierte, la notable tensión que arrozó esa

revista para que la revista se construyendo a lo largo de su trayectoria. Mientras positivamente a *Contorno* y a *Cuestiones de Filosofía* y mantienen canje con otras revistas de la nueva izquierda como *El Escarabajo de Oro, La Rosa Blanca, Monthly Review, Marcha, Literatura y Sociedad, Nueva Política*, etc.

efectivamente existieron también en esa revista con vocación política intervenciones que sostuvieron la irreductibilidad de la tarea intelectual, evitando la hipótesis de que si el golpe militar de 1966 el campo intelectual podría haber sido uno de los posteriores e inmoderadas invasiones de la política que terminaron en muchos casos por desbaratar la figura misma del intelectual. Tampoco puede negarse que esa tarea de construir una función intelectual apoyada fundamentalmente en el capital simbólico se revela la inclusión en estos casos completamente seducida por la política, y esas como en el momento mismo que Schmueler aborda el análisis de la tradición narrativa argentina no puede ocultar que aquellas categorías antirreducionalistas del hecho artístico tan laboriosamente trazadas en las densas y numerosas páginas anteriores de su artículo parecen servir de poco frente a estas otras novelas (*Amalia, Sin rumbo, Dar la cara*) donde aquella independencia ante la afirmada entre estética y política es cuestionada por el hecho de que en ese país "a cada acontecimiento político ha correspondido la consecuente expresión literaria", circunstancia que el autor no está decidido a lamentar porque aunque ellas no alcancen a convertirse en obras de arte realizadas, el dato más relevante que parecen contiene reside en que "ese pensamiento trasladado a la novela ha actuado en las luchas concretas de la vida política".²⁹

un momento en que la revista —para decirlo con Nietzsche— pronuncia palabras despedidas en una situación desesperada, cuando el editorial contra la invasión norteamericana a Santo Domingo anuncia locamente el largo enfrentamiento y cultura que el golpe del 66 comenzaría a darle irreversiblemente: "Puede pensarse que para la gran historia esta pequeña crepitación de fusiles carece de importancia. Tal vez. A menos que ésta sea la gran historia, la que se vincula con Aristóteles y Picasso. Con Galileo y Marx. Entonces el mundo depende de Santo Domingo y Vietnam".³³

Notas

¹ Esta pertenencia puede seguirse incluso a través de la red de referencias que la revista va construyendo a lo largo de su trayectoria. Mientras positivamente a *Contorno* y a *Cuestiones de Filosofía* y mantienen canje con otras revistas de la nueva izquierda como *El Escarabajo de Oro, La Rosa Blanca, Monthly Review, Marcha, Literatura y Sociedad, Nueva Política*, etc.

² J. Arioi, "Pasado y Presente", cit., p. 7.

³ PP, n. 1, 1964, *ibid.*, pp. 4 y 8.

⁴ J. Arioi, "Pasado y Presente", cit., p. 16.

⁵ Eric J. Hobsbawm, "Para el estudio de las clases subalternas", en PP, n. 2-3, pp. 166-167.

⁶ En la nota de presentación de *Contorno*, donde se anuncia la expulsión del Partido Comunista de cuatro integrantes de la revista (PP, n. 2-3, p. 236).

⁷ Oscar del Barco, "Carlos Marx y los Manuscritos económicos-filosóficos de 1844", PP, n. 1, p. 103.

⁸ Dentro de este espíritu es preciso comprender la inclusión del texto de Oscar Massen, "Jameson y el inconsciente en los fundamentos de la cultura", en PP, n. 5, abr-sept. 1963, que naturalmente disuelve completamente con otro publicado antes por Víctor Brausstein con el título de "La reflexología vuelve a Pavlov", p. 5-6.

⁹ E. Verón, "Infraestructura y superestructura en el análisis de la acción social", PP, n. 7-8, 1964-mayo, 1965, p. 168.

¹⁰ "El pensamiento salvaje", de Claude Lévi-Strauss", PP, n. 7-8, p. 231.

¹¹ Del Barco, "Metodología histórica y concepción del mundo (acerca del problema de la larga duración)", en PP, n. 2-3, pp. 168 y 173.

¹² "Las formaciones sociales y la conciencia", en PP, n. 9, 1965. El artículo de Tully Halpern, "Descolonialidad y la formación social en América Latina", en *Cuestiones de Filosofía* n. 2-3, julio-dic. 1963.

¹³ Juan Carlos Torre, "Robert I. y la crítica de la sociología", en PP, n. 2-3, julio-dic. 1964, p. 193.

¹⁴ Alvaro del Portillo, "Assadourian", Un ataque a la historia en nombre del marxismo", en PP, n. 4, enero-mayo 1964, pp. 333, 334-335; el subtítulo es mío. El libro criticado es *Del colonia a la independencia nacional*.

¹⁵ J. C. Portantiero, "Un análisis marxista de la realidad argentina", en PP, n. 2-3, julio-dic. 1964, p. 122.

¹⁶ Alvaro del Portillo y el jefe de la revolución cubana, wés-

¹⁷ J. Arioi, "Examen de conciencia", cit., p. 242.

¹⁸ J. Arioi, "Pasado y Presente", cit., p. 15.

¹⁹ PP, n. 1, p. 10. Allí mismo dirá sobre *Contorno* que "fue quizás la revista más interesante de la que he dada en llamar requiere independiente argumento".

²⁰ PP, n. 1, p. 9.

²¹ J. Arioi, "Examen de conciencia", cit., p. 242.

²² J. Arioi, "Pasado y Presente", cit., p. 15.

²³ PP, n. 1, p. 13.

²⁴ Sobre la traducción de este artículo tomado de *Les Temps Modernes* y titulado "El castrismo: la Gran Marea de América Latina", en PP, n. 2-3, julio-dic. 1964, p. 122.

²⁵ Alvaro del Portillo y el jefe de la revolución cubana, wés-

²⁶ J. Arioi, "Examen de conciencia", cit., pp. 245-253.

²⁷ Véase J. Arioi, "Algunas consideraciones preliminares sobre la condición obrera", seguido del informe preliminar sobre el conflicto EAT, que incluye una descripción de la situación productiva, la producción, el empleo, la situación económica y salarial de la Federación Industrial Argentina (FIA), en *Contorno* (PP, n. 2-3, julio-dic. 1963, p. 149).

²⁸ Héctor Schmueler, "Los condonados de la teoría de Frantz Fanon", en PP, n. 2-3, julio-dic. 1964, p. 122.

²⁹ H. Schmueler, "La cuestión del realismo y la novela testimonial argentina", PP, n. 1, p. 48.

³⁰ *Ibid.*, p. 48.

³¹ H. Schmueler, "Hacía una nueva estética", en PP, n. 5-6, p. 89.

³² El subtítulo me pertenece.

³³ No sé si es apropiado para una descripción del eructo racionalizado, PP, n. 2-3, julio-dic. 1963, p. 149.

³⁴ O. del Barco, "Carlos Marx y los Manuscritos económicos-filosóficos de 1844", PP, n. 1, p. 106.

³⁵ Editorial "Santo Domingo" firmado P y P, en PP, n. 7-8, p. 121.



Para ABRIL y MAYO,
todas las novedades:

- Fondo de Cultura Económica
 - Alianza
 - Anagrama
 - Anthropos
 - Cátedra
 - Alfonso el Magnánimo
 - Península
 - Ministerio de trabajo español
 - Siglo XXI
 - Gredos
- LOS MEJORES DESCUENTOS**

GANDHI, MAS LIBROS
POR SU DINERO

gandhi

Libros - Café - Foro Cultural

Montevideo 453 (1019) Bs. As. Argentina 46 - 1994

Otra vez la guerra

Jorge Tula

Los tiempos no son tiempos propicios para la reflexión. Todos tenemos momentos en nuestras vidas en los que el significado se pierde, y otros en los que se recupera. Y aunque la historia no acompaña necesariamente aquella afirmación, tal vez la tarea más importante para los que se ocupan de las ideas, en estos momentos en que la paz está ausente, sea pensar en el día después.

1. La guerra del golfo se produce en un momento en que se lleva a cabo una gran modificación en el sistema de relaciones internacionales: los EE.UU. tienden a convertirse preponderantemente en una gran potencia militar que ya no está en condiciones de expresar aquella hegemonía económica y política, como lo hacía hace algunas décadas, que le permitía traducir su propia fuerza militar en un control efectivo de una esfera de influencia propia y ser soporte a la vez de un alineamiento que se contrapone al que estaba bajo la égida de Moscú. A su vez la URSS está sometida a una crisis interna tan profunda que está poniendo a prueba su capacidad de seguir existiendo como tal.

Perdida la verdadera novedad era que las relaciones de fuerza de ambas superpotencias respecto del resto del mundo, es cierto que en distinta medida, habían cambiado no ventajosamente para ellas. En estas circunstancias, el dilema central de la política norteamericana es tender a una renovada militarización de la situación mundial o bien adaptarse a la complejidad del mundo tal como se presenta a partir de la caída del Muro de Berlín, para formular una política que dé cabida a las nuevas oportunidades de seguridad colectiva.

La primera hipótesis necesita alimentarse de una fuerza creíble. En esta perspectiva, a medida que iba disminuyendo la amenaza soviética, Reagan y Bush fueron transfiriendo la tensión geopolítica del Eje Este-Oeste al eje Norte-Sur, utilizando figuras simbólicas de una nueva controposición (como las de Gadafi, Noriega y Saddam Hussein) —con quienes habían tenido excepcionales relaciones de colaboración—. No era necesario que éstas constituyeran una amenaza real a la seguridad de EE.UU., sino que resultaran psicológica e ideológicamente plausibles en cuanto a su actividad amenazante como para justificar los costos económicos y humanos que demandaría estar preparados para cualquier eventualidad.

Es en este marco en que se produce la invasión de Irak a Kuwait.

2. La guerra, por cierto, convocó a intelectuales y partidos de izquierda. Como en otras circunstancias realmente complejas, se estuvo lejos de la unicidad.

Del cúmulo de problemas planteados aludiremos, en esta oportunidad, a tres de ellos: la justicia o no de la guerra, el de su inevitabilidad y el de la crítica al pacifismo, o a cierta expresión de él.

No es por cierto la primera vez que el concepto de "guerra justa" ha dado lugar a opiniones diversas y encontradas. Por la carga emotiva que tiene se ha preferido hablar de guerra "legal", como lo hace el Secretario de la ONU, o se la ha calificado de "necesaria", seguramente recordando a Maquiavelo, quien consideraba que las guerras son justas cuando son necesarias.

Para Flores Arcaíns, ahora miembro del flamante Partido Democrático de Izquierda de Italia, la guerra es el resultado de

una larga serie de errores e injusticias que los gobiernos occidentales vienen cometiendo desde hace años y que desembocó en la provisión integral del potencial bélico de Saddam Hussein.

Sin embargo, no son pocos los que creen que se podía haber retrasado la acción armada para dar tiempo a que el embargo tuviera el efecto político deseado. Es la opinión de Lafontaine, quien recuerda, además, que en el mismo sentido se expresaron algunos senadores norteamericanos.

La guerra, dice Bobbio, ha sido una elección trágica, pero quien conoce los informes de Amnesty International tiene idea de la ferocidad del régimen irak y sabe que la tragedia en ese país ha comenzado hace tiempo.

4. No fueron pocos los que trataron de distinguir su preocupación por la paz a del pacifismo "incondicional", el cual, se afirma, siempre favorece al estado agresor. Y la crisis se extiende a las culturas católica y marxistas que han hecho de la paz no sólo un valor sino también una clave interpretativa de los órdenes nacional e internacional según el objetivo.

Habermas, a su vez, sostiene que de lo que se trata en esta controversia no es precisamente el problema de la "guerra justa" sino si la situación dada ofrece razones suficientes para la aplicación de principios ligeramente desviados en el derecho internacional y para su imposición por medio de una guerra convencional. Si esto es así la guerra del Golfo pudo estar, en el mejor de los casos, justificada; y aclara que una guerra es justa con respecto a una meta absoluta, que solo se deja explícita religiosa o metafísicamente.

La idea de "guerra justa" es un error en sí, dice Dahrendorf. En realidad todas las guerras son inmorales, aunque algunas de ellas son necesarias. Y la guerra actual, afirma, es justificada.

No es esto último precisamente lo que dice otro alemán, Oskar Lafontaine, líder del partido socialdemócrata. Si se piensa con categorías clásicas de la política es posible decir que la intervención era justificada desde diversos puntos de vista y hasta puede sostenerse que se ha logrado un cierto éxito. Pero los socialdemócratas, advierten, "hemos superado esas categorías clásicas de pensamiento y nuestra máxima prioridad —que no se daantes— es la preservación de la vida". Si se acepta esto último como objetivo primordial de la política, concluye, la intervención armada contra Irak es muy cuestionable.

3. Desde el momento mismo en que se desencadenó la guerra se planteó un interrogante: ¿se podía, o no, haberla evitado? ¿Hasta qué punto se hizo todo lo posible para evitarla? En opinión de Bobbio no basta afirmar que a la guerra se la podía evitar, pues así quedaría pendiente una segunda pregunta: ¿cuáles hubieran sido las consecuencias? Más aún: ¿la guerra habría sido efectivamente eliminada o apenas postergada? Y si sucediera esto sólo último, ¿las consecuencias no serían aún peores? Pero, por último, ¿la guerra era verdaderamente evitable?

La distinción, en estas dos concepciones, entre "paz verdadera" y "paz aparente" ha dado lugar, desde el punto de vista teórico, tanto a la posibilidad de la "guerra justa" como al rechazo absoluto de la misma.

En la historia de la humanidad, afirman, se ha ido produciendo un reforzamiento de las máquinas estatales modernas —en las que se conjugan legitimación (representación, parlamentos) y represión interna— junto al desarrollo de la moderna cultura racionalista y científica. Para que esto pudiera conseguirse hubo que vencer el desafío de las culturas alternativas, siempre presentes en los diversos momentos de la historia. Pero se trata de un producto (una máquina) que funciona sólo en las relaciones internas de los estados (fin de la guerra civil permanente) y no en las relaciones internacionales. Es precisamente en estas últimas que se determinan las condiciones que originan la "cultura de la guerra".

5. Masa y poder Canetti habla de la fascinación secreta de la guerra, y cree encontrarla en la posibilidad que ella revela de fundar en el imaginario un nexo preciso entre supervivencia y poder: matar y sobrevivir, es poder, dice. El poder del que sobrevive se puede acumular provocando situaciones en las que uno sobrevive a muchos muertos; el poder personal se convierte así en político.

Si la guerra es la prosecución de la política, la política (en el sentido de ejercicio del poder político) es la prosecución de la guerra. Para el poderoso, afirma Canetti, le resulta útil que las víctimas sean del enemigo, pero también los amigos pueden servir al objetivo: en nombre de la virtud viril le puede exigir a sus súbditos lo imposible. La paradoja de esta voluntad de unicidad llega a su momento culmine y se desarrolla en la sociedad de masas, y es aquí que ese estadio extremo del poder se traduce en una distancia imposible: las masas resultan cada vez más pequeñas y la política cada vez más abultada.

Si esto es así, el concepto de "cultura de la guerra" no alude sólo al campo de las reflexiones filosóficas, jurídicas o culturales sino que también se nutre de un imaginario profundo y arraigado. Como lo están demostrando también los acontecimientos actuales, nadie ha sostenido jamás una cultura de la guerra en sentido estricto. Quien quiera que sea el que haya desencadenado la guerra siempre ha afirmado querer sólo la paz y haber estado obligado a la guerra por la amenaza o la agresión del adversario.

Si los países, por hacer la guerra, siempre se han excedido de algo que ya estaba en el interior de los hombres, este algo, se afirma, es reconocible: deriva de omnipo- tencia, proyección propia del luto, visión de lo diverso como no-hombre. La cultura de la paz es ante todo una manifestación de este proceso y de una más general crisis del modo de pensar, que lleva a postular que un cambio de mentalidad es el presupuesto de un cambio en las bases de la política. No se trata cierto de una mera apelación moral a la buena voluntad de los hombres. La base antropológica del discurso es en realidad el factor decisivo.

6. Estas dos "almas" de la cultura han estado presente, con distintos grados de tensión, en la historia de la humanidad. ¿Es acaso posible esperar un acercamiento cada vez mayor entre ellas? Deseamos contestar lo mismo que aquel personaje de Voltaire: no afirmo nada y me limito a creer que hay mucho más cosas posibles de lo que se piensa.